

LA CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD

ORIENTACIONES PASTORALES PARA LA CATEQUESIS EN ESPAÑA, HOY

ÍNDICE

Siglas

Introducción

I. LA VISIÓN DE LA IGLESIA: EL ANUNCIO DEL EVANGELIO DEL REINO

1. La misión de Jesús: el anuncio del Reinado de Dios
2. Jesús constituido Señor
3. La misión de la Iglesia: el anuncio y establecimiento del Reino de Dios

II. LA CATEQUESIS DENTRO DE LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

1. La catequesis en el proceso total de la evangelización
2. Primer anuncio del Evangelio y catequesis
3. Educación de la fe y catequesis
4. Kerigma, didajé y teología

III. CARÁCTER PROPIO DE LA CATEQUESIS

1. Concepto pleno y concepto restringido de catequesis
2. La inspiración catecumenal de la catequesis
3. Fundamentación del carácter propio de la catequesis en la Constitución "Dei Verbum"
4. El carácter propio del lenguaje catequético

IV. IDENTIDAD CRISTIANA E INICIACIÓN ECLESIAL EN LA FE

1. El cristiano, en medio de la sociedad contemporánea, se halla afectado en su propia identidad
2. El don de la identidad cristiana
3. La confesión de fe, expresión de la identidad cristiana
4. La confesión de la fe y la comunidad cristiana, don de Dios

V. EL PROCESO CATEQUÉTICO

1. La pedagogía catequética se inspira en la pedagogía divina:
2. El acto catequético
3. El proceso catequético y las distintas etapas vitales

VI. CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

1. La comunidad cristiana, realización de la Iglesia
2. Rasgos de la comunidad cristiana inmediata
3. La comunidad cristiana, punto de partida y clima en el que el creyente se inicia y madura en la fe
4. La catequesis se realiza a través de diversos ámbitos comunitarios
5. La catequesis en grupo, exigencia de la catequesis

Página 2/107

6. La comunidad: meta de la catequesis

VII. LA ACCIÓN CATEQUÉTICA EN LA IGLESIA PARTICULAR

1. La Iglesia particular o diócesis
2. La organización catequética en la Iglesia particular
3. El Obispo y la catequesis

Conclusión

ANEXO: Vocabulario

* * *

SIGLAS

(AA) *Apostolicam actuositatem*. Decreto sobre el apostolado de los seglares

(AAS) *Acta Apostolicae Sedis*

(AG) *Ad gentes*. Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia

(CD) *Christus Dominus*. Decreto sobre el oficio pastoral de los obispos

(CT) *Catechesi tradendae*. Exhortación de Juan Pablo II sobre la catequesis hoy

(DCG) *Directorium catechisticum generale*. Directorio general de pastoral catequética

(D in M) *Dives in misericordia*

(DV) *Dei Verbum*. Constitución dogmática sobre la divina revelación

(EN) *Evangelii nuntiandi*. Exhortación apostólica de Pablo VI sobre la evangelización del mundo contemporáneo

(FC) *Familiaris consortio*

(GE) *Gravissimum educationis*. Declaración sobre la educación cristiana de la juventud

(GS) *Gaudium et spes*. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual

(LG) *Lumen gentium*. Constitución dogmática sobre la Iglesia

(MPD) *Mensaje al Pueblo de Dios*. Documento del Sínodo de 1977 sobre la catequesis en

nuestro tiempo

(RH) *Redemptor hominis*

(RICA) *Ritual de iniciación cristiana de adultos*

(SC) *Sacrosanctum Concilium*. Constitución sobre la sagrada liturgia

(SÍNODO 77 Pr.) *Proposiciones del Sínodo 1977*

* * *

Página 3/107

INTRODUCCIÓN

Razón, objetivo y destinatarios

I. «La Catequesis es uno de los deberes principales de mi oficio apostólico», confesaba

Juan Pablo II, en su exhortación sobre la catequesis en nuestro tiempo (CT 4). De esta misma conciencia de responsabilidad apostólica participan todos y cada uno de los Obispos

de España, que ven en la renovación catequética que caracteriza la acción pastoral contemporánea un don precioso del Espíritu Santo a la Iglesia de hoy. Unánimemente la

catequesis es considerada entre nosotros campo en que han concurrido los esfuerzos, de

alguna manera, más generosos de la comunidad eclesial, y en el que se recogen ya frutos

que aseguran el mañana de la Iglesia en esta sociedad nuestra. Los síntomas de vitalidad

que manifiesta la actividad catequética por todas partes no significan que no existan dificultades internas y externas que, en ocasiones, ponen en peligro la orientación y el sentido de este preeminente sector de la pastoral eclesial.

II. Desde hace algunos años, la Iglesia universal ha emprendido un trabajo de discernimiento de la catequesis actual, partiendo de una base viva y contando en el pueblo

de Dios con una gran disponibilidad a la gracia de Dios y a las directrices del Magisterio (ver

CT 3). Para responder a esa necesidad de discernimiento, y con la misma confianza en la

generosidad, entrega creadora y sentido de comunión eclesial del pueblo cristiano y de sus

catequistas, damos hoy a la luz estas «Orientaciones pastorales» sobre la catequesis en la

comunidad cristiana. A través de ellas, los Obispos miembros de la Comisión Episcopal de

Enseñanza y Catequesis quisiéramos acertar a transmitir, apoyados en la realidad viva del

camino recorrido en este tiempo por la catequesis española, una reflexión estrictamente

eclesial, empapada de convicción personal y de sentido de responsabilidad que nosotros

vivimos de cerca, tanto por honda vocación ministerial como por el encargo específico que,

en este campo del apostolado, nos han confiado nuestros hermanos de la Conferencia Episcopal Española.

III. La renovación catequética viene de lejos. Una radical transformación de la catequesis era postulada por dos corrientes de pensamiento y de acción que, cada una por su lado en un primer tiempo, fueron poniéndose gradualmente en contacto, y se encontraron con simpatía durante el tiempo del Concilio Vaticano II, abriéndose unas pistas de búsqueda de síntesis no exentas de riesgo.

En la primera corriente discurren las profundas transformaciones experimentadas en el campo de la vida económica, social, política, de las ciencias humanas, de las costumbres y de la educación, determinantes todas ellas de una nueva mentalidad y concepción del hombre. En la segunda corriente se encuentran las aportaciones del vivir propio de la Iglesia. De hecho, la catequesis contemporánea ha sido como un río caudaloso al que han ido confluendo la renovación bíblica, teológica y litúrgica, la creciente participación del laicado en las responsabilidades eclesiales, las implicaciones sociales y políticas del compromiso cristiano, del movimiento comunitario, etc., junto a esas otras aportaciones no intraeclesiales ya señaladas: las nuevas corrientes pedagógicas y los logros de las ciencias humanas.

Desde luego, este florecimiento del quehacer catequético nace, según nuestra convicción, de las energías interiores del pueblo de Dios y no de una mera acomodación a las exigencias del mundo, en sus modas y expresiones transitorias (ver Rom 12,2). La vitalidad de la catequesis es, para nosotros, un signo claro del dinamismo que el Espíritu Santo infunde particularmente hoy en la iglesia, tanto a los cristianos más sencillos como a aquellos que desempeñan responsabilidades y ministerios cualificados.

Página 4/107

IV. Como es sabido, el Concilio Vaticano II no elaboró un documento que tratase explícitamente sobre la catequesis, sino que prefirió poner las bases de una renovación más total de la Iglesia. Sin embargo, en los documentos conciliares se encuentran verdaderas normas o directrices para la evangelización y la catequesis. En las enseñanzas conciliares, la catequesis aparece como instrumento o vía privilegiada para que el espíritu y el contenido del Vaticano II lleguen a su verdadero destino. Por otra parte, todo el conjunto de la obra del Concilio, en cuanto acontecimiento eclesial, queda ya como piedra miliar en el caminar de la Iglesia por la historia de nuestro tiempo.

El período inmediatamente posterior al Concilio se caracterizó por un primer momento de acogida del acontecimiento como gran catequesis viva, en un clima de optimismo ilusionado, con numerosos esfuerzos de búsqueda y de creatividad, mientras Pablo VI reiteraba, una y otra vez, su llamamiento a ver en los documentos conciliares el nuevo Catecismo de la Iglesia. Esta etapa se solapa, más o menos, desde 1968, con otra etapa de contestación eclesial y de crisis de identidad de la catequesis misma. Un tercer momento,

animado por la intención de superar las polarizaciones y por la búsqueda de una nueva y enriquecida síntesis, se ha ido alumbrando en los años últimos, en que se pretende aplicar sin reduccionismos la significación y exigencias del Concilio Vaticano II en el terreno de la catequesis.

En este período destacan diversas intervenciones oficiales que favorecen esta búsqueda y estimulan a un camino en común de toda la Iglesia. Los tres acontecimientos que más influencia han tenido para elaborar el balance y ahondar en la línea a seguir son el Congreso Internacional de Catequesis (1971) y, en un nivel de mayor responsabilidad, los Sínodos universales de 1974 y de 1977, sobre la evangelización y la catequesis, respectivamente. A estos hechos corresponden tres declaraciones de máxima autoridad para guiar la renovación de la catequesis en la Iglesia hoy: el «Directorio General de Pastoral Catequética», publicado por la Santa Sede, el 11 de abril de 1971; la exhortación apostólica de Pablo VI, «Evangelii nuntiandi» (8 diciembre 1975), y la exhortación «Catechesi tradendae», de Juan Pablo II (16 octubre 1979). A estos documentos fundamentales podría añadirse justamente, como punto de referencia para la renovación de la catequesis, el «Ritual de la iniciación cristiana de adultos», publicado por la Santa Sede, el 6 de enero de 1972, en que se nos presenta las exigencias de la iniciación y maduración del creyente.

V. A pesar de los graves acontecimientos de nuestra historia política y religiosa, y gracias a la clarividencia de grandes pastores y pedagogos que alientan la renovación en la primera mitad de siglo, la catequesis en España había ido asimilando en buena medida los progresos, principalmente metodológicos, de la catequesis europea. Finalizadas las tareas conciliares, el Episcopado procuró los medios necesarios para llevar a efecto la deseada renovación catequética postulada por el propio Concilio Vaticano II. Hitos marcadamente significativos de este desempeño fueron las Jornadas Nacionales de Catequesis celebradas en la Semana de Pascua de 1966; la inmediata decisión de proceder a la renovación de los catecismos oficiales, y el establecimiento de un plan de formación de catequistas y de profesores de religión, instrumentado por medio de una red de cursos y centros, también de iniciativa episcopal.

Durante estos años, la catequesis ha dado pruebas de ser campo realmente privilegiado de la renovación eclesial, en que han destacado con mucho las luces, aunque no hayan estado ausentes las sombras. Por todas partes en España, un gran número de sacerdotes,

religiosos y seculares se han consagrado con entusiasmo y constancia a la comunicación y educación de la fe en el ámbito de la catequesis. Y ha sido admirable el número de iniciativas brotadas en este terreno.

Página 5/107

VI. Los Obispos han seguido muy de cerca esta renovación, proporcionando clarificaciones y directrices, siempre desde un sentido de impulso y de promoción. Entre las numerosas intervenciones de la Conferencia Episcopal Española, tanto por medio de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis como de sus órganos supremos, destacan la publicación de «La Iglesia y la educación en España hoy» (2 de febrero de 1969), un muy amplio documento de los Obispos de la Comisión que desempeñó, en gran parte durante esos años, las funciones de Directorio pastoral para este campo, y la celebración de la XVIII Asamblea Plenaria (2 al 7 de julio de 1973), dedicada monográficamente al tema de «La educación en la fe del pueblo cristiano», con una reflexión pastoral que se plasmó en unas líneas de acción adoptadas por todo el Episcopado (ver *Documentos colectivos del Episcopado Español sobre formación religiosa y educación, 1969-1980*, EDICE, 1981). Pero durante este último tiempo, la abundancia y pluralidad de realizaciones en el sector de la catequesis en España, se ha visto afectada no sólo por los logros y por las crisis de la vida general de la Iglesia, sino también por las profundas transformaciones y cambios de orden político, sociocultural y económico experimentados por la sociedad española en la última década. Tal complejidad de fenómenos, entre otras razones, obliga a los Obispos a conceder una prioridad cada día más efectiva, en su dedicación ministerial, a la catequesis, y exige de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis el procurar, con la mayor objetividad posible, un análisis de la situación, con los llamamientos y propuestas de acción que corresponda formular, a fin de que se consolide y promueva lo mucho positivo alcanzado, y de que se rectifique aquello eventualmente menos acertado. Por ello, esta Comisión Episcopal, ya en dos ocasiones, al inaugurar sus mandatos trienales en 1978 y 1981, ha dedicado —apoyada en trabajos preparatorios procedentes de muchas diócesis— prolongados días de reflexión, a establecer un diagnóstico de la realidad de la catequesis y formular su plan de acción para el mejor cumplimiento de los objetivos a conseguir. Las opciones tomadas, tanto en 1978 como en 1981, suponen la propuesta de una nueva etapa en el ejercicio de la acción catequética.

VII. Al servicio de esa nueva etapa, han sido elaboradas y se publican las presentes «Orientaciones». Se inspiran éstas, por una parte, y muy principalmente, en esa trilogía de

documentos de autoridad universal que son el «Directorio general de pastoral catequética» y las exhortaciones apostólicas «Evangelii nuntiandi» y «Catechesi tradendae»; por otra parte, en la trayectoria marcada por los documentos catequéticos del Episcopado Español, por el denominado «Objetivo prioritario de acción pastoral de la Conferencia Episcopal» (que es precisamente el servicio de la fe), y por el conjunto de enseñanzas y de exigencias renovadoras que ha dejado la visita pastoral de Juan Pablo II a nuestra Iglesia. Estas «Orientaciones pastorales» tratan de proporcionar criterios para potenciar, discernir y dar coherencia a la acción catequética que se lleva a cabo en las diócesis de España. No pretenden ser un Directorio catequético, abordando de manera sistemática todos los aspectos de la acción catequética. El conjunto de cuestiones examinadas responde, más bien, a las opciones y líneas de acción que esta Comisión Episcopal se ha propuesto como tarea en los presentes años. La redacción de las «Orientaciones» ha sido precedida de una consulta muy amplia, por escrito y en encuentros, con quienes desempeñan responsabilidades catequéticas en niveles locales y diocesanos. Ellos son los principales o inmediatos destinatarios de estas páginas, aunque, a través de posteriores actividades e instrumentos de información y divulgación, la riqueza que aquí pueda estar contenida debe llegar a los catequistas de base y a las comunidades. Quisiéramos que estas «Orientaciones» resultaran un eficaz instrumento de renovación eclesial, en la línea trazada por el Concilio Vaticano II; que fueran

Página 6/107

un nuevo impulso para la ola de esperanza que el mismo Concilio hizo surgir en nuestras diócesis.

I. LA MISIÓN DE LA IGLESIA: EL ANUNCIO DEL EVANGELIO DEL REINO

1. Queremos comenzar esta reflexión nuestra con las siguientes palabras de Pablo VI en su exhortación apostólica «Evangelii nuntiandi»: «La evangelización perdería su razón de

ser si se desviara del eje religioso que la dirige: ante todo, el Reino de Dios en su sentido

plenamente teológico» (EN 32).

Deseamos que estas «Orientaciones» giren en torno a ese eje, ya que el Reino de Dios

es el centro de la predicación y de la vida de Jesús, el centro de la misión evangelizadora de

la Iglesia y el centro, por tanto, de la catequesis.

Por eso, la preocupación fundamental que va a guiarnos no es otra que tratar de responder a estos interrogantes tan bien definidos por Juan Pablo II en su exhortación apostólica «Catechesi tradendae»: «¿Cómo dar a conocer el sentido, el alcance, las exigencias fundamentales, la ley del amor, las promesas, las esperanzas de ese Reino?»

(CT 35).

1. LA MISIÓN DE JESÚS: EL ANUNCIO DEL REINADO DE DIOS

2. En una sola frase se puede resumir toda la misión de Jesús: «Tengo que anunciar la

buena noticia del Reinado de Dios..., porque para eso he sido enviado» (Lc 4,43). El anuncio del Reinado de Dios: ésta fue la misión de Jesús, la causa a la que dedicó su tiempo, sus fuerzas y todo su ser. Este fue el núcleo central de toda su predicación, la pasión que animó toda su vida, la razón de ser de toda su actividad. Jesús ha venido al mundo a anunciarnos, de parte de Dios, una gran noticia: «El tiempo se ha cumplido: el Reinado de Dios está cerca. Convertíos y creed en la buena noticia» (Mc 1,15).

3. Este anuncio del Reinado de Dios es una gran noticia para el mundo. Por eso la llama Jesús «la Buena Nueva», «el Evangelio», es decir, la buena noticia por antonomasia, la mejor noticia que la humanidad puede escuchar. Proclama la intervención transformadora de Dios en la historia, su salvación liberadora. Lo que Jesús señala, en este momento, es la inminencia de la acción de Dios, más que un lugar o unos hombres sobre los que Dios se propone reinar.

Jesús anuncia, en efecto, que Dios va a intervenir en la historia de una manera nueva, con un poder transformador tan grande como el que utilizó al crear el mundo. Para Jesús se inicia una nueva era en la historia humana: todo va a ser transformado, todo va a cambiar.

La era de la salvación ya está en marcha, la época de la total liberación ya ha llegado, la verdadera transformación del mundo ya ha comenzado.

4. Esta noticia es de una envergadura tal que va a ser muy difícil creerla, porque el mundo y el hombre parecen irremediabilmente entregados al egoísmo, a la injusticia, al mal

y a la muerte. Por eso dice Jesús: «Creed en la buena noticia». Creer en la buena noticia es, justamente, aceptar esta oferta de Dios, acoger esta transformación.

Página 7/107

5. Esta oferta de Dios pide una respuesta por parte del hombre. Por eso dice también: «Convertíos», es decir, transformaos acogiendo los valores de ese Reino, que gratuitamente

se os ofrecen: la confianza filial en el Padre, el amor a los pobres, la sencillez del niño, la no violencia, el espíritu de servicio, la humildad y mansedumbre, la rectitud del corazón, la pobreza...

6. Jesús anunció el Reinado de Dios con sus palabras y con sus obras. Su cercanía a los pobres y pecadores, los milagros que hizo en favor de los enfermos y abandonados, su

estilo de vida —viva encarnación de los valores del Reino— fueron señal luminosa, confirmación elocuente de la verdad y realidad del mensaje que predicó. La persona, las

palabras y las obras de Jesús manifestaban ya el Reinado de Dios.

7. El Reinado de Dios comienza como una semilla humilde, destinada a crecer. Su plenitud pertenece al futuro de Dios. Pero al saborear ya desde ahora, en la persona de

Jesús, la primicia del futuro del mundo, el corazón de los creyentes se llena de esperanza

en medio de esta historia nuestra, oscura, dolorosa y problemática. El Reinado de Dios proporciona a la historia humana un horizonte inamovible de esperanza.

2. JESÚS CONSTITUIDO SEÑOR

8. Pero el Reinado de Dios no solamente se nos revela por medio de la predicación de Jesús, de sus milagros y de su vida. Su muerte violenta y su resurrección son el acontecimiento en el que la revelación del Reino adquiere toda su hondura e intensidad.

Los primeros discípulos de Jesús, los apóstoles, así lo anuncian: «Os hablo de Jesús, el Nazareno, el hombre que Dios acreditó entre vosotros, realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al plan previsto y sancionado por Dios os lo entregaron y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte... y todos nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido y lo ha derramado... Por tanto, entérese bien todo Israel: Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús a quien vosotros habéis crucificado... Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesús, el Mesías, para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo» (Hch 2,22-38).

9. De este denso discurso de Pedro, en el que se contiene la fe de la Iglesia primitiva, y que podría ser el inspirador de toda la acción catequética (1), quisiéramos destacar algunos aspectos:

— A pesar de los milagros, signos y prodigios que hizo Jesús, su mensaje es rechazado por muchos. El anuncio del Reinado de Dios, que realiza la catequesis, queda siempre abierto a la libre aceptación o rechazo por parte del hombre. La presencia misteriosa del Reinado de Dios entre los hombres sólo puede percibirse desde la fe.

— 10. La muerte violenta de Jesús sucedió conforme al plan previsto por Dios. Esto confiere al anuncio del Reino un carácter dramático; implica un combate contra fuerzas muy poderosas: el pecado del mundo, el poder del Maligno. El anuncio del Reinado de Dios va acompañado de la persecución.

El designio salvador de Dios se realiza a través de la muerte de Jesús, «que se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad de nuestro Dios y Padre» (Gál 1,4).

Página 8/107

— 11. La resurrección de Jesús es el gran sí que Dios pronuncia en apoyo —supremo y definitivo— de su Enviado. El día de la resurrección es realmente el día en que actuó el Señor. Es el signo, por excelencia, del Reinado de Dios. Es el objeto del testimonio apostólico. Es la base sobre la que se apoya nuestra fe. Es el centro del mensaje que transmite la catequesis.

— 12. Jesús, Hijo de Dios, ha sido constituido Señor. Es decir, Dios le «sienta a su derecha», en su mismo trono, y le confía la dirección de su Reinado. Al ser proclamado Señor, el Reinado de Dios —que sigue siendo, en su plenitud, una dimensión futura— se realiza ya ahora en el Reinado de Cristo.

La importancia catequética de esta afirmación es obvia: el centro de la predicación de Jesús («El Reinado de Dios está cerca») y la confesión de fe de la Iglesia primitiva («Jesús es el Señor») están íntimamente vinculados en un mismo kerigma. Un aspecto llama al otro, implicándose mutuamente.

— 13. Jesús, el Señor, «ha recibido del Padre el Espíritu Santo». El kerigma

apostólico, eminentemente cristológico, se abre —en sus explicitaciones catequéticas— a una dinámica trinitaria. Esto constituye un factor determinante a la hora de estructurar el mensaje de la catequesis.

3. LA MISIÓN DE LA IGLESIA: EL ANUNCIO Y ESTABLECIMIENTO DEL REINADO DE DIOS

14. Si la misión de Jesús fue el anuncio del Reino, no puede ser otra la misión de la Iglesia: «Habiendo resucitado Jesús, después de morir en la cruz por los hombres, apareció constituido para siempre como Señor, y derramó en sus discípulos el Espíritu prometido por el Padre. Por eso, la Iglesia... recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino» (LG 5).

15. Con la venida del Espíritu Santo comienza la misión de la Iglesia: el anuncio del Reinado de Cristo y de Dios. Este es el mandato del Señor: «Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda la humanidad» (Mc 16,15). Estas breves palabras definen la razón de ser de la Iglesia. Ella existe para evangelizar. En esta tarea se encierra su identidad más profunda. «La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia» (EN 14).

16. De la misma forma que Jesús anunció el Reino con sus palabras y con sus obras, la misión evangelizadora de la Iglesia se realiza mediante la proclamación del Evangelio, el testimonio de la vida y la acción liberadora de los cristianos: «Evangelizar significa para la Iglesia llevar la buena nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad» (EN 18).

17. De la misma forma que Jesús, enviado a evangelizar a los pobres, realizó su misión desde la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación de sí mismo, la Iglesia debe evangelizar a los hombres desde el testimonio de esos valores del Reino: «Así como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación» (LG 8).

18. El tiempo de la misión evangelizadora de la Iglesia discurre entre la primera y la segunda venida del Señor, entre la inauguración del Reino establecida por Cristo y su consumación gloriosa, al final de los tiempos. «La actividad misionera tiende a la plenitud escatológica» (AG 9).

19. En esta misión de establecer el Reinado de Dios en el mundo, la Iglesia aparece como el «germen» y el «principio» de ese Reino, como su «signo visible», como el «sacramento universal de la salvación» que aporta. «Cuando la Iglesia anuncia el Reino de Dios y lo construye, ella se implanta en el corazón del mundo como signo e instrumento de ese Reino que está ya presente y que viene» (EN 59).

20. Una misión de tanta transcendencia para el mundo y la historia sólo es posible

porque el Espíritu ha sido derramado, porque la fuerza y el poder de Dios están actuando. El Espíritu es, justamente, el don que Dios ha derramado al mundo para hacer de él una nueva

creación: «Solamente él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir» (EN 75).

21. El mensaje evangelizador de la Iglesia, hoy y siempre, es el mensaje de la predicación de Jesús y de los apóstoles: «La Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce» (EN 15).

Hay en él unas constantes, inalterables al paso del tiempo, y que configuran toda la misión de la Iglesia: tales como el anuncio del Reinado de Dios, el reconocimiento actual de

Jesús como Señor, la aceptación del amor gratuito de Dios y de su juicio de misericordia, la

conversión a la justicia del Evangelio, el don del Espíritu, el Bautismo para el perdón de los

pecados, el llamamiento a constituirnos en comunidad fraterna, la invitación a ser testigos

—en medio del mundo— de la Resurrección de Jesús...

Estas constantes de la predicación apostólica afectan decisivamente a la catequesis, la

cual es un elemento fundamental en el ejercicio de la misión evangelizadora de la Iglesia.

II. LA CATEQUESIS DENTRO DE LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

22. La catequesis desempeña un papel esencial dentro de esta misión evangelizadora de la Iglesia que acabamos de esbozar. Vamos a tratar de precisarlo con cierto detenimiento. Al hacerlo tendremos como trasfondo la situación de nuestra Iglesia en España.

En el tiempo vivido por la Iglesia después del Concilio Vaticano II, la acción catequética

entre nosotros ha experimentado una vigorosa renovación que hemos de proseguir e, incluso, potenciar. Al detenernos hoy, reposadamente, a reflexionar sobre la catequesis,

dentro del ámbito de nuestra renovación eclesial, unas primeras preguntas surgen ante

nosotros: ¿qué lugar ocupa la catequesis en la edificación de nuestras Iglesias particulares?,

¿en qué medida la acción catequética, tal como la ejercemos, está afectando a la realidad

de nuestra Iglesia?

Por eso, antes de analizar la acción catequética en sí misma, queremos ofrecer algunas

consideraciones que nos ayuden a descubrir cómo está situada dentro de la acción evangelizadora de nuestras comunidades cristianas.

23. Nuestra intención profunda, al hacerlo, es tratar de determinar mejor la función peculiar que le corresponde desempeñar a la catequesis en el conjunto de la misión de la

Iglesia, ya que sólo logrará todos sus frutos en la medida en que sea fiel a su carácter propio

y se ajuste a la especificidad de su tarea.

Página 10/107

Deseamos, igualmente, que nuestra reflexión ayude a lograr una más adecuada coordinación entre la catequesis y el resto de las acciones pastorales de la Iglesia (anuncio

misionero, liturgia, servicio de la caridad...), en referencia a las cuales se sitúa, ya que todas

están al servicio de un mismo proceso evangelizador.

Finalmente, queremos colaborar a una mejor articulación, entre sí, de las diferentes acciones catequéticas —dirigidas a las diversas etapas o ambientes— en un proyecto catequizador coherente, ofrecido por una Iglesia diocesana o una comunidad cristiana concreta, de modo que aquéllas se realicen bajo una misma inspiración de fondo.

1. LA CATEQUESIS EN EL PROCESO TOTAL DE LA EVANGELIZACIÓN

24. Para poder situar mejor a la catequesis en una perspectiva de conjunto es muy conveniente comenzar analizando qué entendemos por evangelización.

El concepto de evangelización

La evangelización es un proceso rico, complejo y dinámico. «Resulta imposible comprenderla si no se trata de abarcar de golpe todos sus elementos esenciales» (EN 17):

«La evangelización es un proceso complejo con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad,

acogida de los signos, iniciativas de apostolado» (EN 24).

25. Recogiendo la intuición pastoral de Pablo VI en la exhortación «Evangelii nuntiandi», entendemos, pues, por evangelización la totalidad de ese proceso, en la integridad de todos sus elementos.

Sin embargo, no es así como normalmente se la ha venido entendiendo. En efecto, «algunos (elementos) revisten tal importancia que se tiene la tendencia a identificarlos simplemente con la evangelización. De ahí que se haya podido definir la evangelización en

términos de anuncio de Cristo a los que lo ignoran, de predicación, de catequesis...»

(EN

17). Sin embargo, con ser éstos elementos esenciales de la evangelización, «no dejan de

ser un aspecto» (EN 22).

De ahí que «ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y

dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso

mutilarla» (EN 17).

Por ejemplo, «es un equívoco oponer, como a veces se hace, la evangelización a la sacramentalización» (EN 47). Los sacramentos son un elemento interior al proceso total de la evangelización. «La Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de la evangelización» (PO 5).

26. Por eso es muy importante saber integrar todos los elementos de la acción evangelizadora: «Los elementos de la evangelización pueden parecer contrastantes, incluso

exclusivos. En realidad, son complementarios y mutuamente enriquecedores. Hay que ver

siempre cada uno de ellos integrado con los otros. El mérito del reciente Sínodo (1974) ha

sido el habernos invitado constantemente a componer estos elementos, más bien que oponerlos entre sí, para tener la plena comprensión de la actividad evangelizadora de la

Iglesia» (EN 24).

Página 11/107

27. Es el decreto «Ad gentes», del Concilio Vaticano II, el que mejor ha descrito la dinámica de todo proceso evangelizador mostrando la lógica interna con la que sus elementos se suceden: testimonio y presencia de la caridad (nn. 11 y 12), primer anuncio del

Evangelio y conversión (n. 13), catecumenado e iniciación cristiana (n. 14), formación de la comunidad cristiana y apostolado (n. 15).

En este sentido, la dinámica del proceso evangelizador aparece definida por tres fases o etapas sucesivas: acción misionera (con los no creyentes), acción catecumenal (con los

recién convertidos) y acción pastoral (con los fieles de la comunidad cristiana).

Aunque este orden, propio de la implantación de la Iglesia «en los pueblos o grupos en que todavía no está enraizada» (AG 6), no pueda seguirse siempre entre nosotros, no deja

de constituir el paradigma en que debemos inspirarnos. Podríamos decir que, más que etapas temporales que se suceden unas tras otras, son momentos dialécticos que establecen la relación dinámica que las diferentes acciones evangelizadoras guardan entre

sí.

El proceso evangelizador, por otra parte, se cierra y se abre continuamente: «El que ha

sido evangelizado, evangeliza a su vez» (EN 24). En la Iglesia todos los elementos de la

evangelización se mantienen siempre activos.

28. Según esto, la Iglesia universal, y cada Iglesia particular, desarrolla la evangelización cuando despliega la totalidad de los elementos que la componen, es decir:

— cuando, dotada de un profundo sentido misionero, trata de renovar la humanidad en medio de la cual vive, transformando con la fuerza del Evangelio los criterios, los valores, las corrientes de pensamiento, los modelos de vida que están en contraste con el Reino de Dios,

— cuando se convierte, para el territorio o ámbito concreto al que es enviada, en testimonio de los valores del Reino, de la vida nueva que trae consigo,

— cuando anuncia explícitamente el Evangelio a los no creyentes (predicación misionera), y desarrolla una adecuada educación de la fe de los creyentes (catequesis, homilía, enseñanza de la teología...),

— cuando trata de suscitar la conversión, es decir, la adhesión del corazón al Reino de Dios, al «mundo nuevo», al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio, cuando crea espacios comunitarios donde la fe pueda alimentarse, compartirse, vivirse, estructurándose —así— en comunidades cristianas vivas, que sean «luz del mundo» y «sal de la tierra»,

— cuando celebra en los signos sacramentales la presencia de Jesús, el Señor, y el don del Espíritu Santo, en medio de la comunidad,

— cuando desarrolla, finalmente, un apostolado activo en medio de los diferentes ambientes: en las grandes ciudades y en los pequeños pueblos, en el ambiente obrero y en el rural, entre las gentes cultivadas y entre las sencillas.

Al ser la Iglesia esencialmente evangelizadora, se identifica a sí misma como: misionera, encarnada en los problemas reales de los hombres, comunitaria, festiva, anunciadora del Evangelio a los que no creen, educadora de los creyentes en la fe, en constante renovación y conversión, signo del Reinado de Dios.

Página 12/107

29. Creemos que es esta concepción de la evangelización como proceso dinámico y total la que da el verdadero sentido y establece la coherencia interna de la rica gama de acciones concretas que configuran la misión de la Iglesia. La importancia práctica que tiene el actuar pastoralmente en la Iglesia apoyados en un vocabulario básico común es muy grande; queremos, con las presentes «Orientaciones», contribuir a ello.

30. Pero, ¿cómo se sitúa la catequesis dentro de esta misión evangelizadora de la Iglesia?

Juan Pablo II, en su exhortación «Catechesi tradendae» (CT), nos da importantes

indicaciones para responder a esta pregunta:

«La catequesis es uno de los momentos —¡y cuán señalado!— en el proceso total de la evangelización» (CT 18).

«La catequesis no puede dissociarse del conjunto de actividades pastorales y misionales de la Iglesia» (CT 18).

«La catequesis se articula en cierto número de elementos de la misión pastoral de la Iglesia, sin confundirse con ellos, que tienen un aspecto catequético, preparan a la catequesis o emanan de ella» (CT 18).

En orden a situar la catequesis dentro de la evangelización, quisiéramos destacar los siguientes aspectos:

31. La catequesis tiene un carácter propio (CT 18), es un momento señalado (CT 18), un «período de enseñanza y de madurez» (CT 20).

Aunque toda acción de la Iglesia tiene un aspecto catequético (CT 18;49), en cuanto contribuye —de alguna manera— a educar en la fe, no todo en la evangelización es catequesis. La catequesis es sólo un elemento dentro del proceso total de la evangelización

que se articula con los demás elementos, pero no se confunde con ellos.

32. Dentro del proceso dinámico que es la evangelización, no hay que confundir la actividad misionera, dirigida a los no creyentes, con la actividad pastoral dirigida a los creyentes. En este sentido, la distinción que establece «Catechesi tradendae» entre actividades pastorales y misionales, no hace sino corroborar la afirmación conciliar:

«La acción misionera entre los no creyentes difiere de la acción pastoral que hay que desarrollar con los fieles» (AG 6).

33. La catequesis se sitúa, propiamente, en medio de estas dos fases de la evangelización: sigue a la acción misionera y prepara los cimientos de la comunidad cristiana para que la acción pastoral que hay que desarrollar en ella pueda obtener todos sus frutos.

Hay acciones, en efecto, que preparan y anteceden a la catequesis (el primer anuncio del Evangelio, el testimonio cristiano...) y hay acciones que emanan de la catequesis (la

predicación, la celebración de los sacramentos, la vida de la comunidad cristiana...).

A quienes, por medio de la acción misionera, se han convertido al Evangelio, la catequesis les capacita para una participación adulta en la comunidad cristiana.

34. En consecuencia, en orden a situar la catequesis dentro del proceso evangelizador, podríamos describirla como: la etapa (o período intensivo) del proceso evangelizador en la que se capacita básicamente a los cristianos, para entender, celebrar y

vivir el Evangelio del Reino, al que han dado su adhesión, y para participar activamente en

la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio y difusión del Evangelio. Esta formación cristiana —integral y fundamental— tiene como meta la confesión de fe.

Su necesidad y su carácter prioritario

35. La catequesis es una tarea necesaria y primordial dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia. Sin ella la acción catequética misionera no tendría continuidad

ni llegaría a desplegar su fecundidad. Sin ella la actividad pastoral de la comunidad cristiana

no tendría raíces y sería superficial y confusa. Sin ella, prácticamente, no habría Iglesia y,

hablando en general, no habría cristianos.

En este sentido se expresa Juan Pablo II, en un texto denso en su contenido y muy esperanzador en sus perspectivas: «Cuanto más sea capaz la Iglesia, a escala local o universal, de dar la prioridad a la catequesis —por encima de otras iniciativas cuyos resultados pueden ser más espectaculares—, tanto más la Iglesia encontrará en la catequesis una consolidación de su vida interna, como comunidad de creyentes, y de su

actividad externa como misionera. En este final del siglo XX, Dios y los acontecimientos, que

son otras tantas llamadas de su parte, invitan a la Iglesia a renovar su confianza en la acción

catequética como una tarea absolutamente primordial de su misión. Es invitada a consagrar

a la catequesis sus mejores recursos en hombres y energías, sin ahorrar esfuerzos, fatigas y

medios materiales, para organizarla mejor y formar personal capacitado. En ello no hay

mero cálculo humano, sino una actitud de fe» (CT 15).

Este texto habla por sí solo. Permítasenos, sin embargo, subrayar algunos aspectos que, entre nosotros, tienen especial significación:

36. La razón de la necesidad y prioridad de la catequesis no está en la espectacularidad de los resultados. La tarea catequética es humilde, paciente, tenaz.

Exige

esfuerzo, fatiga, enorme dispendio de energías.

La razón de la prioridad está, más bien, en su necesidad para la realización e identidad

misma de la Iglesia y de su actividad evangelizadora y, también, para la existencia y vida

cristiana. «La catequesis está íntimamente unida a toda la vida de la Iglesia... Su crecimiento interior y su correspondencia con el designio de Dios dependen

esencialmente

de ella» (CT 13).

37. Esta prioridad no puede limitarse a la dedicación a la catequesis de niños. En el servicio a cualesquiera de las etapas de la vida del hombre, la Iglesia deberá conceder una

atención prioritaria a la acción catequética. Particularmente, en nuestras circunstancias, la

catequesis de adultos constituye una necesidad de primer orden.

38. En nuestra Iglesia urge la voluntad pastoral de hacer una opción decidida por la catequesis, con una particular acentuación en el servicio catequizador de adultos.

Reconociendo teóricamente la primordial importancia de la catequesis, estamos lejos de

haber traducido ese reconocimiento en la realidad pastoral. Hemos de dedicar los mejores

recursos en hombres, energías y medios materiales a esta tarea. Por otra parte, no es excesivo el afirmar que la existencia de auténticas catequesis para adultos es todavía

una

gran laguna en la pastoral de la Iglesia en España.

Página 14/107

2. PRIMER ANUNCIO DEL EVANGELIO Y CATEQUESIS

39. En el apartado anterior hemos tratado de situar a la catequesis dentro del proceso total de la evangelización. Deseamos ahora analizar con más detalle la relación de la catequesis con la dimensión misionera de ese proceso evangelizador.

El primer anuncio del Evangelio

40. El primer anuncio del Evangelio está en el corazón de la acción misionera de la

Iglesia. Ésta, que se realiza mediante el testimonio de los cristianos en medio de todos los

ambientes y estructuras de la sociedad, no es completa si no lleva consigo un anuncio explícito de la buena noticia del Reinado de Dios, un anuncio claro e inequívoco del Señor

Jesús: “La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, tarde o temprano,

proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios” (EN 22).

Este primer anuncio tiene como finalidad:

— suscitar inicialmente la fe (DCG 17),

— suscitar la conversión (Ver CT 19),

— suscitar la adhesión global al Evangelio del Reino (Ver EN 23; CT 19).

El primer anuncio trata, pues, de lograr —mediante el influjo del Espíritu— esa adhesión

inicial, radical, global al Reino de Dios, es decir, al «mundo nuevo», a la nueva manera de

ser y de vivir que inaugura el Evangelio.

41. Esta conversión inicial implica:

— La aceptación de Dios vivo, que quiere comunicarse a sí mismo a los hombres, realizando su designio de amor. Dios, a través de la Palabra y del Espíritu, abre el corazón de los no creyentes para que se vuelvan libremente al Señor Jesús, y se unan con sinceridad a Él, que, por ser «camino, verdad y vida», satisface todas las exigencias, más aún, las colma (ver AG 13).

— El sentirse arrancado del pecado e introducido en el misterio del amor de Dios, que llama a una comunicación personal con Él mismo en Jesucristo (ver AG 13).

— La voluntad de «seguir a Jesús», entrando en la dinámica del Reinado de Dios y aceptando el camino, lleno de gozo, pero también de rupturas, que lleva a abrazar el estilo de vida propio del cristiano (ver AG 13).

— El deseo de incorporarse a una comunidad cristiana, en la que alimentar, celebrar y vivir la fe gozosamente descubierta, y en la que experimentar la fraternidad cristiana y la solidaridad con la humanidad (ver AG 15).

Esta conversión es, ciertamente, inicial y habrá de ser consolidada y profundizada a lo largo de la vida —en una conversión continua— por medio de otras acciones pastorales,

distintas del primer anuncio.

42. La conversión al Evangelio del Reino es una decisión libre, respuesta a la iniciativa gratuita de Dios que llama, personalmente, al hombre. El hecho de haber nacido en una

Página 15/107

familia o en un país de honda tradición cristiana no dispensa al creyente de hacer una opción libre por el Evangelio.

La fe es una dimensión de la existencia cristiana que hay que mantener viva, en constante tensión, en renovado gozo, en perpetuo descubrimiento. Es una realidad que hay

que cultivar constantemente, que puede crecer, pero también perderse.

43. Es obvio que en unos momentos de grandes mutaciones culturales como las que nos tocan vivir, el anuncio del Evangelio en nuestra sociedad española ha de encararse, por

encima de ciertas inercias, con estos interrogantes radicales: «¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la

conciencia del hombre? ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar

verdaderamente al hombre de hoy? ¿Con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz?» (EN 4).

La catequesis educa la adhesión dada al primer anuncio

44. La catequesis, «distinta del anuncio primero del Evangelio» (CT 19), recoge y hace madurar los frutos de la conversión inicial: «Gracias a la catequesis, el kerigma evangélico

—primer anuncio lleno de ardor que un día transformó al hombre y lo llevó a la decisión de

entregarse a Jesucristo por la fe— se profundiza poco a poco, se desarrolla en sus corolarios implícitos, explicado mediante un discurso que va dirigido también a la razón,

orientado hacia la práctica cristiana, en la Iglesia y en el mundo» (CT 25).

Al relacionarla con el primer anuncio, el carácter propio de la catequesis se va delimitando más claramente:

45. La catequesis sigue al primer anuncio. Sólo se despliega parte sobre la base de ese descubrimiento gozoso: el hombre que ha descubierto la buena noticia del Reino —tesoro

escondido en un campo—, quiere conocer los misterios de ese Reino, quiere vivir sus valores,

celebrar con otros cristianos —en comunidad— la presencia salvadora del Señor Jesús y el

don del Espíritu, y prepararse para anunciarlo a otros hombres que viven en la oscuridad. La

catequesis está al servicio de estos objetivos.

Esto sólo es posible hacerlo con el que se ha visto cautivado por la novedad del Evangelio. Por eso hemos de afirmar claramente: es imposible la renovación catequética si

no es sobre la base de una evangelización misionera profunda.

46. La catequesis —lo decíamos antes— es ese período intensivo y suficientemente prolongado en el que se capacita básicamente a los que han dado su adhesión al Evangelio,

para entender, celebrar y vivir la buena nueva del Reino. La catequesis es como el noviciado

de los cristianos (ver AG 14), es decir, el período de la maduración de la conversión inicial,

la etapa en la que los convertidos se inician en todos los aspectos de la vida de la comunidad para poder integrarse en ella de una forma adulta, como sujetos activos de la

misma: «Todo bautizado, por el hecho mismo de su bautismo, tiene el derecho de recibir de

la Iglesia una enseñanza y una formación que le permitan iniciar una vida verdaderamente

cristiana» (CT 14).

A partir de una catequización lograda, la evangelización de la Iglesia podrá desarrollar —sobre bases sólidas— todo el abanico de sus múltiples funciones, toda la riqueza contenida en la diversidad de sus elementos.

Página 16/107

47. Por su importancia en la coyuntura actual de nuestra Iglesia, queremos subrayar que una de las tareas de la catequesis, al servicio de la evangelización, es la de suscitar el

sentido misionero. «El que ha sido evangelizado, evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la

verdad, la piedra de toque de la evangelización» (EN 25).

Entre nosotros, un gran número de cristianos no participa activamente de la

evangelización, lo cual muestra que no están suficientemente catequizados. Pero, por otra parte, no son objeto de catequización porque se considera que recibieron una formación suficiente. Es urgente tomar conciencia de este aspecto de la situación de nuestra Iglesia y de la anomalía que comporta.

Catequesis de talante misionero y catequesis en su sentido más propio

48. A la luz de lo que estamos diciendo sobre esta relación de continuidad entre el primer anuncio del Evangelio y la catequesis, surge espontáneamente una pregunta fundamental: ¿no están necesitando, la mayoría de nuestros cristianos, el anuncio misionero

del Evangelio, antes que una catequesis propiamente dicha?

Creemos que la respuesta a esta pregunta es afirmativa. La apoyan, también, estos textos:

«Toda una gran muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados, en gran medida no han renegado de su bautismo, pero están totalmente al margen del mismo y no lo viven»

(EN 56).

«La "catequesis" debe a menudo preocuparse no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino

de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, a abrir el corazón, de convertir, de

preparar una adhesión global a Jesucristo» (CT 19).

«La catequesis supone, de suyo, la adhesión global al Evangelio, propuesto por la Iglesia. Pero frecuentemente se dirige a hombres que, aunque pertenezcan a la Iglesia,

nunca dieron, de hecho, una verdadera adhesión personal al mensaje de la revelación»

(DCG 18).

49. La realidad a que apuntan estos textos pide que la tarea evangelizadora entre nosotros adquiera un talante profundamente misionero y, por consiguiente, este talante

misionero habrá de afectar también profundamente a la catequesis. De ahí que:

— Unas veces, la catequesis deberá acentuar la función misionera y tratará de suscitar,

muy en primer término, la conversión al Evangelio. No es su función propia, ya que la catequesis debería seguir a la actividad misionera. Pero la situación concreta de muchos cristianos está pidiendo una fuerte carga de primera evangelización en la actividad catequética propiamente dicha. El hecho de que «Catechesi tradendae», en el lugar citado más arriba, ponga entre comillas este tipo de catequesis, muestra el carácter polivalente de esta necesaria acción pastoral.

— Otras veces, sin embargo, la catequesis deberá asumir su función más propia y se propondrá como objetivo el capacitar a los convertidos para una vida cristiana adulta en la comunidad. No es inútil decir que esta catequesis en su sentido más propio habrá de tener también en cuenta que «la conversión es un elemento siempre presente en el dinamismo de la fe» (DCG 18).

50. Las repercusiones prácticas de este doble tipo de catequesis son obvias:

Página 17/107

La catequesis acentuadamente misionera es más ágil, se puede realizar reiteradamente, aprovechando múltiples ocasiones y oportunidades. Puede —y debería—

ser llevada a cabo por todos los cristianos, ya que el anuncio misionero es algo inherente a

la fe. No necesita una preparación necesariamente especial, pudiendo realizarse, incluso, en la espontaneidad de un diálogo interpersonal en los ámbitos de la amistad y de la convivencia cotidiana.

La catequesis en su sentido más propio es más densa, está mucho más estructurada, necesita un tiempo prolongado —normalmente varios años—, implica una transmisión orgánica del mensaje cristiano y exige una seria preparación en los catequistas. No todos los cristianos están llamados a realizar esta misión.

La evangelización misionera en España

51. Es importante subrayar la necesidad de actualizar la conciencia misionera en nuestra Iglesia. Y esto no sólo para continuar enviando misioneros (sacerdotes, religiosos, seglares) a las tierras llamadas «de misión» —responsabilidad que habrá de mantenerse siempre presente—, sino para desarrollar también entre nosotros un eficaz trabajo evangelizador.

En efecto, esa catequesis de acento misionero que realizamos con aquellos cristianos que, aunque vinculados a la Iglesia, están necesitados de conversión inicial o, al menos, de descubrir el sentido vivo de esa vinculación, no debe ni puede hacernos olvidar la necesidad

de organizar una evangelización misionera estricta: aquélla que debe salir a anunciar el

Evangelio a los que, en nuestro propio país, se encuentran desvinculados totalmente de la

Iglesia. Más aún, la verdad y sinceridad de nuestra voluntad misionera se probará precisamente en esta acción evangelizadora con esos no creyentes tan cercanos a nosotros mismos.

52. Esta evangelización misionera debería dirigirse, de manera especial, a esos grandes ámbitos humanos en los que la Iglesia está particularmente ausente: el mundo obrero, el mundo de la emigración, amplios sectores de nuestra juventud, el mundo de la cultura y de la universidad, grandes sectores rurales... y, por encima de todo, el mundo de los más pobres, de los más marginados.

53. El objeto de esta acción misionera es el de reimplantar la Iglesia en esos ámbitos. No es tanto una acción misionera para ellos o sobre ellos lo que se precisa, sino desde ellos. Sólo mediante la creación de comunidades cristianas vivas, que broten de esos mismos ambientes, es posible una acción misionera eficaz en ellos. Es claro que esta importantísima tarea está encomendada muy particularmente a los seglares (ver AA 13).

Es fácil imaginar lo que supondría, para la propia renovación general de la catequesis española, una vigorosa acción catequética dentro de esos grupos apostólicos seglares a los

que corresponde llevar a cabo una acción misionera en un mundo alejado de la Iglesia (ver CT 70).

54. Podríamos sugerir tres rasgos fundamentales que deberían acompañar siempre a esta acción misionera, tan necesaria entre nosotros:

— El anuncio directo de Jesucristo y del Reino de Dios, yendo más allá de la sola comunicación de unos valores evangélicos o del llamamiento a un compromiso cristiano.

— El anuncio de carácter gratuito del Evangelio y del amor incondicional de Dios que, en su misericordia, se adelanta a ofrecer al hombre el perdón del pecado. Una cierta dosis de pelagianismo, es decir, el creer que a Dios sólo se le puede conquistar con el esfuerzo humano de nuestras obras, es muy acusado entre nosotros, por lo que es necesario acentuar esta gratuidad de la salvación que Dios nos ofrece.

— La audacia misionera («parresía» en el lenguaje del NT), adelantándose a ofrecer la buena noticia, oportuna o inoportunamente y arriesgándose a confesar nuestra fe en situaciones comprometidas. La falsa prudencia de estar siempre a la espera de que el hombre muestre interés por el Evangelio no corresponde a las consignas misioneras de Jesús.

55. Los obispos españoles estamos especialmente obligados a potenciar esta evangelización misionera en nuestro país (2), ya que resuenan constantemente en nosotros

estas palabras del Concilio Vaticano II: «Los obispos deben dedicarse a su labor apostólica

como testigos de Cristo delante de los hombres, interesándose no sólo por los que ya siguen al Príncipe de los pastores, sino consagrándose totalmente a los que, de alguna

manera, perdieron el camino de la verdad o desconocen el Evangelio» (CD 11).

3. EDUCACIÓN DE LA FE Y CATEQUESIS

56. Hemos tratado de situar a la catequesis en relación con la evangelización misionera

de la Iglesia, sobre todo con ese elemento fundamental de la misma que es el primer anuncio del Evangelio.

Ahora quisiéramos relacionarla con los aspectos pastorales de la evangelización, interiores a la comunidad cristiana. Y más en concreto con esa amplia tarea eclesial que es

la educación de la fe.

La educación de la fe

57. Ciertamente, todo lo que hace la Iglesia contribuye, de alguna manera, a educar la fe de los cristianos. La Iglesia educa en la fe no sólo por su predicación y catequesis, sino

también por sus celebraciones litúrgicas, por la acción caritativa y el testimonio de sus miembros e, incluso, por su misma configuración. Todo su ser y su vivir tiene una dimensión educativa.

58. Nosotros queremos, sin embargo, referirnos ahora solamente a aquellas acciones e

instituciones eclesiales que pretenden más directamente esa educación.

Encuadrada fundamentalmente dentro del ministerio de la Palabra, la educación de la fe

se realiza por medio de múltiples formas y en ámbitos y cauces muy diversos: por ejemplo,

mediante la predicación a la comunidad cristiana, la homilía, la enseñanza religiosa escolar,

la educación cristiana en la familia, la educación escolar de inspiración cristiana, la formación dentro de los movimientos apostólicos, el anuncio del mensaje a través de los

medios de comunicación, la enseñanza de la teología, los ejercicios espirituales, retiros,

cursillos y jornadas de reflexión...

Todas estas modalidades de educación de la fe tienen, ciertamente, un aspecto catequético, pero no son, propiamente, catequesis tal como la venimos definiendo.

La catequesis sistemática

59. La catequesis sólo es una forma peculiar de educar la fe. Tiene una función propia dentro de la amplia tarea de la educación de la fe. No debemos atribuirle, ni ella debe apropiarse, más campos y responsabilidades que el suyo propio. Debemos evitar que la

catequesis, pretendiendo que lo sea todo, termine por perder su identidad dentro de la acción pastoral. En la tradición de la Iglesia, la catequesis ha tenido ordinariamente un estatuto bien definido.

60. ¿En qué consiste, entonces, su función específica?

La fe cristiana es una fe eclesial. La Iglesia, «en quien resuena viva la voz del Evangelio» (DV 8), proporciona a la catequesis su objeto, es decir, el misterio de Cristo tal

como es creído y profesado por el pueblo de Dios, su medio vital, es decir, las comunidades

cristianas que, vinculadas en la comunión, la constituyen, y su meta, que consiste en hacer

del catecúmeno un miembro activo de la vida y misión de la Iglesia.

Esta incorporación a la Iglesia implica una iniciación en aquellas mediaciones

(lenguaje,

doctrina, culto, formas de vida...), a través de las cuales la Iglesia expresa y vive su fe.

61. Lo propio de la catequesis es esa iniciación global y sistemática en las diversas expresiones de la fe de la Iglesia. Es ese servicio a la unidad de la confesión de fe. Es ese

período intensivo y suficientemente prolongado de formación cristiana integral y fundamental: la catequesis es «una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas

de la vida cristiana» (CT 21).

Tal período, que podrá, y en bastantes casos, por las circunstancias concretas, deberá repetirse en las grandes etapas de la vida, tiene su principio y su término y es, por consiguiente, transitorio en la vida del cristiano. Este no puede verse sometido a una constante iniciación catequética. Sí debe estar, sin embargo, en un proceso permanente de

educación de la fe, a través de las múltiples formas de acción pastoral que antes hemos

apuntado. «Evangelii nuntiandi» distingue, en este sentido, la catequesis del «ulterior ahondamiento en la fe» (EN 45).

62. La institución catequética de una Iglesia particular ofrecerá, por consiguiente, a los cristianos la posibilidad de una catequesis sistemática en cualquiera de las etapas fundamentales de la vida: la primera etapa formativa (niños, adolescentes, jóvenes), la edad

adulto, la tercera edad. Convendrá, incluso determinar —dentro de cada una de estas grandes etapas vitales— cuáles son los momentos más idóneos para esta oferta de catequesis sistemática por parte de la Iglesia.

Son estos períodos de «catequesis orgánica y bien ordenada... lo que principalmente distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios» (CT

21). Por eso, «la auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la

Revelación» (CT 22).

63. De ahí que la principal misión de la pastoral catequética en una Iglesia diocesana sea la de planificar, animar, coordinar, dotar de instrumentos apropiados, preparar catequistas capacitados y evaluar estos procesos de catequización que se han de ofrecer a

todos los cristianos. Corresponde a los Obispos la responsabilidad última en el

discernimiento de la identidad catequética de tales procesos: su contenido y pedagogía, los instrumentos utilizados, el planteamiento general de fondo y el grado de coherencia con los objetivos generales de la pastoral diocesana.

Página 20/107

64. El hecho de concebir a la catequesis como una forma peculiar de educar en la fe, sin confundirla con la totalidad de dicha educación —que tiene un carácter permanente—,

no deja de tener importantes consecuencias pastorales:

Por varias razones, que ahora no podemos desarrollar, creemos que, a veces la catequesis ha asumido últimamente entre nosotros funciones que, en rigor, no le corresponden. Al no tener en cuenta su carácter propio —y la necesaria transitoriedad de su

acción— se tiende muchas veces a organizar la vida estable de la comunidad cristiana en

torno a la catequesis, convirtiendo aquélla en un grupo catecumenal de duración indefinida.

Tal actitud contribuye a una pérdida del dinamismo misionero del cristiano.

Prestaríamos un flaco servicio a la Iglesia española si concibiéramos la acción catequética

como una organización paralela de comunidades catecumenales, cerradas en sí mismas, y

no permitiéramos a la catequesis que desarrolle su capacidad de dinamizar a tantas organizaciones apostólicas laicales existentes entre nosotros, fecundándolas en su acción

evangelizadora.

65. La misión propia de la catequesis es la de fundamentar la acción pastoral de la comunidad cristiana. Se hace presente en esa pastoral, ya organizada, para prestar allí tal

servicio. Es en el interior de una pastoral general de niños, jóvenes o adultos, donde la catequesis —en su momento y con las debidas condiciones— realiza la función que le es

propia. Lo repetimos: la catequesis es una acción eclesial de fundamentación. Es necesaria

y primordial porque está en la base, en la construcción de los cimientos de la comunidad

cristiana. La catequesis es la escuela básica de la iniciación en la fe. Ningún cristiano puede

sentirse dispensado de formarse en ella (3).

La catequesis ocasional

66. Es obvio que esta acentuación en la necesidad de la catequesis sistemática para todas las edades, no pretende hacer olvidar la importancia de las catequesis ocasionales,

relacionadas con la vida personal, familiar, social y eclesial.

Pensamos, por ejemplo, en la importancia de la catequesis dirigida a los adultos o a los

jóvenes con motivo de la celebración de los sacramentos (el bautismo de los hijos, la preparación al matrimonio...). Hay que cuidar mucho estas catequesis ocasionales, imprimiéndoles las más de las veces un fuerte sentido misionero, ya que, bien hechas, pueden constituir una oportunidad para introducir a no pocos en un proceso de catequización más propiamente sistemática.

Pensamos, también, en determinados acontecimientos de la vida social o eclesial: un concilio o un sínodo, un cambio político, una crisis económica, una intensificación de la

violencia..., que deben ser iluminados desde la luz de la fe. Esta reflexión cristiana ocasional se desarrollará tanto dentro de un proceso estable de catequización como fuera de él. Esta catequesis ocasional, tan necesaria en nuestras comunidades, participa de la noción de catequesis, porque —normalmente— tiene ella también una cierta sistematicidad, aunque se refiera sólo a un tema concreto (v.g. la familia, el trabajo, el bautismo, la violencia, el paro...).

67. Entendemos que los organismos diocesanos de catequesis deben colaborar con otros organismos (de liturgia, de apostolado social, de pastoral familiar...) en esta tarea, pero

Página 21/107

que no es algo que deba asignársele como exclusivamente propio a la institución catequética.

Por eso, sin minimizar la importancia de la catequesis ocasional, insistimos en que lo peculiar de la institución catequética diocesana es ofrecer a los cristianos proyectos serios

de catequesis sistemática, haciendo así nuestra la preocupación de Juan Pablo II cuando

dice: «Sin olvidar la importancia de múltiples ocasiones de catequesis, relacionada con la

vida personal, familiar, social y eclesial que es necesario aprovechar, insisto en la necesidad

de una enseñanza cristiana orgánica y sistemática, dado que desde distintos sitios se intenta minimizar su importancia» (CT 21).

4. KERIGMA, DIDAJÉ Y TEOLOGÍA

68. En orden a clarificar mejor el lugar que ocupa la catequesis dentro del proceso evangelizador tal vez sea conveniente relacionar el primer anuncio, la catequesis y la teología con ciertas categorías análogas del Nuevo Testamento y de la Iglesia antigua, como son «kerigma», «didajé», «didascalia», «gnosis»..., y otras. No pretendemos, evidentemente, detenernos en un estudio de estas categorías en el Nuevo Testamento,

labor que corresponde a los biblistas e historiadores, pero sí queremos hacer ver cómo el

ministerio del Evangelio, ya desde el principio, se vio obligado a diversificar sus funciones.

Kerigma

69. En el NT, el kerigma aparece como anuncio primero del Evangelio, dirigido a los no creyentes, judíos o paganos. Su función es la de proclamar y dar a conocer el Evangelio,

tratando de suscitar la adhesión inicial al mismo. Su contenido, tal como aparece sobre todo

en diversos pasajes de los «Hechos de los Apóstoles» y de las cartas de Pablo, está constituido por la narración de los hechos salvíficos fundamentales (alusión al ministerio

público de Jesús, su muerte, resurrección y exaltación, y el don del Espíritu), por el significado salvífico de esos hechos, y por el llamamiento a la conversión y al bautismo.

Esta función kerigmática del ministerio de la Palabra es la que desarrolla hoy la Iglesia mediante el anuncio misionero del Evangelio (primer anuncio).

Didajé

70. Pero la Iglesia apostólica no se contentó con anunciar el kerigma. Se vio obligada a

desarrollarlo en una didajé, es decir, en una enseñanza o explicitación del mismo. El Sermón del Monte y los demás discursos sobre el Reino, en el Evangelio de Mateo,

constituyen un buen ejemplo. En general, se puede decir que los Evangelios sinópticos pertenecen al género «didajé», y son la expresión escrita de una enseñanza catequética

oral, transmitida a las comunidades cristianas.

Este desarrollo del kerigma en una didajé fue necesario para la formación de los primeros cristianos, principalmente por dos razones:

— La exigencia del propio kerigma pedía ser explicitado en su significación salvífica, haciendo ver los vínculos del Evangelio respecto al Antiguo Testamento, al mismo tiempo que su originalidad respecto a la Ley.

Página 22/107

— La universalidad del Evangelio exigía encarnar el anuncio kerigmático en la diversidad cultural y religiosa en que vivían inmersas las diferentes comunidades.

La función de la didajé estaba al servicio de la unidad de confesión de fe de esas comunidades cristianas. La Iglesia apostólica tipificó lo esencial de la didajé en unas fórmulas acuñadas o confesiones de fe que salvaguardasen dicha unidad.

71. Entre nosotros esta función de la didajé se realiza, principalmente, por medio de la catequesis que es la iniciación completa y elemental al misterio cristiano, necesaria para los

que han dado su adhesión al Evangelio.

Hoy, como entonces, función principal de la catequesis es ese servicio a la unidad de confesión de fe. La formación integral y básica que proporciona la catequesis desemboca en

la profesión de una misma fe cristiana, en la confesión de «un solo Señor, una sola fe, un

solo bautismo y un solo Dios y Padre» (Ef 4,5).

De ahí que, hoy y siempre, la catequesis sea una iniciación de los cristianos en las mediaciones fundamentales (lenguaje, doctrina, culto, formas de vida...) con las que la Iglesia expresa y vive su fe. La catequesis introduce al convertido en el sentir actual que la

Iglesia tiene del misterio cristiano: haciendo entrega (*traditio*) de los documentos de la fe y

comunicando el sentido que hoy tienen en la conciencia viva de la Iglesia.

Teología

72. En el Nuevo Testamento se descubren, también, formas de didajé que van más allá

de «la enseñanza elemental acerca de Cristo» (Heb 6,1) y que apuntan a una enseñanza

más completa y profunda, que no se contenta con los fundamentos o «los primeros rudimentos en los oráculos divinos». Se dirige a los cristianos necesitados de un

«alimento

sólido, propio de adultos» más que de la leche espiritual, propia del recién nacido a la fe (ver

Heb 5,12-14). El Evangelio de Juan puede corresponder, por ejemplo, a esta forma de enseñanza superior.

73. Entre nosotros, este nivel de maduración en la fe se realiza por medio de la teología. Su función —dentro del ministerio de la Palabra— es desarrollar la inteligencia de

la fe. La teología se sitúa bajo el signo de la «fides quaerens intellectum», es decir, de la fe

que busca entender.

Mientras que la catequesis, a través de la iniciación, enseñanza y educación en los fundamentos de la fe, tiene por objetivo la adhesión madura a la persona de Cristo

(«obsequium

fidei»), lo que pretende la teología es hacer crecer en la inteligencia como tal de la fe

(«intellectus fidei»).

De ahí la necesidad que tiene el discurso teológico de dialogar con las formas filosóficas del pensamiento, con los humanismos que conforman nuestra cultura y con las ciencias del hombre. Esa función exploratoria, ese «quaerens», es esencial para la función teológica. De ahí, también, el legítimo y necesario pluralismo teológico en la Iglesia.

74. Las conclusiones de la investigación teológica —función necesaria en la Iglesia—, en la medida en que se van decantando y logran reformular la fe en sintonía con el universo cultural del hombre actual, van siendo incorporados por el Magisterio a la catequesis, poniéndose —así— al servicio de la unidad de confesión de fe. Esta dimensión del trabajo teológico de fijar unas expresiones y elaborar una síntesis de fe que, en continuidad con la tradición, sirvan para alimentar la fe de los cristianos, es vital para la catequesis.

Página 23/107

75. Primer anuncio, catequesis y teología constituyen, así, tres funciones peculiares dentro del ministerio de la Palabra.

La catequesis, para mantenerse fiel a su carácter propio dentro del proceso total de la evangelización, ha de ser un servicio a la unidad de la confesión de fe. No cumpliría esta función si en lugar de transmitir a los catecúmenos «aquellas certezas, sencillas pero sólidas, que les ayuden a buscar cada vez más el conocimiento del Señor» (CT 60), la catequesis se convirtiese en una enseñanza teológica, más propia para los cristianos que han consolidado su fe.

76. La acción catequética de una Iglesia diocesana, hoy, no puede quedar a merced del pluralismo teológico, contemplando cómo se establecen procesos formativos o itinerarios catecumenales basados en inspiraciones teológicas que no favorecen la convergencia en la necesaria unidad de la profesión de fe.

La catequesis ha de favorecer primordialmente «la unidad en la enseñanza de la fe» (CT 51). Por ello, el magisterio ordinario episcopal debe, en cada momento histórico concreto, juzgar lo que es teología común de la Iglesia, que favorece esa unidad en la doctrina y que los mismos Obispos promueven mediante los catecismos oficiales y otros elementos catequéticos.

La acción catequética es necesaria y primordial para la identidad eclesial y, en consecuencia, la unidad de la acción catequética es fundamental para la unidad de la Iglesia. Sólo sobre la base de la unidad en la confesión de la fe, la enseñanza teológica podrá desarrollar la riqueza de su legítimo pluralismo.

III. CARÁCTER PROPIO DE LA CATEQUESIS

77. Hemos tratado de situar a la acción catequética dentro del proceso total de la evangelización. Quisiéramos profundizar en el carácter propio de la catequesis, considerada en sí misma, analizando sus objetivos y los principios que deben animarla. Nuestro propósito es facilitar a los grupos catequéticos, principalmente a los responsables de los mismos, unos criterios fundamentales que les ayuden a profundizar en el carácter propio de la acción catequética.

Encontramos hoy, en uno u otro campo, con relativa frecuencia, acciones e instituciones destinadas a la catequización en las que no se percibe con la debida claridad lo específico de la finalidad que, en principio, persiguen. Se trata, en realidad, de un problema de identidad, ya que lo que parece no tenerse claro es en qué consiste el ser cristiano y cuál es la verdadera naturaleza de la acción evangelizadora. Por esto, es necesario que nos preguntemos: ¿qué es catequizar auténticamente?, y que nos esforcemos en responder a este interrogante. Para ello, vamos a detenernos en la concepción de la catequesis propuesta por la exhortación apostólica «Catechesi tradendae», en la inspiración catecumenal que debe tener todo proceso de catequización y en las implicaciones que, para él, se derivan de la constitución «Dei Verbum», del Concilio Vaticano II.

Página 24/107

1. **CONCEPTO PLENO Y CONCEPTO RESTRINGIDO DE CATEQUESIS**

78. «Catechesi tradendae», en efecto, nos invita a renovar la concepción de la catequesis en una línea eminentemente pastoral, ofreciéndonos para ello pistas muy importantes:

«La catequesis tiene necesidad de renovarse en un cierto alargamiento en su concepto mismo» (CT 17).

«En la concepción que se acaba de exponer, la catequesis se ajusta al punto de vista totalmente pastoral desde el cual ha querido considerarla el Sínodo. Este sentido amplio de

la catequesis no contradice, sino que incluye, desbordándolo, su sentido más restringido (4),

es decir, la simple enseñanza de las fórmulas que expresan la fe, sentido al que, por lo común, se atienden las exposiciones didácticas» (CT 25).

«Con una inserción apropiada, la catequesis conseguirá esa diversidad y complementariedad de contactos que le permite desarrollar toda la riqueza de su concepto,

mediante la triple dimensión de palabra, memoria y testimonio —doctrina, celebración y

compromiso en la vida— que el mensaje del Sínodo ha puesto en evidencia» (CT 47).

79. Hay, por consiguiente, un concepto amplio o pleno y un concepto más restringido de catequesis.

La catequesis, en el sentido restringido, es la enseñanza elemental de la fe, es decir, la

transmisión del mensaje cristiano, en sus elementos fundamentales, en orden a una fe viva,

explícita y operativa: «La catequesis tiende a que la fe, ilustrada por la doctrina, se haga

viva, explícita y activa en los hombres» (CD 14).

La catequesis en sentido pleno es la iniciación cristiana integral, es decir, una iniciación

no sólo en la doctrina, sino también en la vida y culto de la Iglesia, así como en su misión en

el mundo: «La catequesis ilumina y robustece la fe, anima la vida con el espíritu de Cristo,

lleva a una consciente y activa participación del misterio litúrgico y alienta a una acción apostólica» (GE 4).

80. En las actuales circunstancias de la Iglesia y del mundo, el sentido restringido de

catequesis no basta. La catequesis en sentido pleno incluye su sentido restringido, pero lo desborda. No es un debilitamiento de la dimensión cognoscitiva de la catequesis, sino un enriquecimiento de esa dimensión, vitalizándola con una educación en la vida evangélica, con una iniciación en la oración, en la liturgia y en la responsabilidad pastoral y misionera de la Iglesia.

81. «La renovación del concepto de la catequesis, tal como es planteada por la Iglesia actual, especialmente en el Sínodo Universal de 1977, implica, por consiguiente, además de una transmisión doctrinal («exposición didáctica»), un proceso de formación cristiana integral: «La catequesis no consiste únicamente en enseñar la doctrina, sino en iniciar a toda la vida cristiana» (CT 33).

Es esta ampliación de sus tareas lo que nos ha obligado antes a situar mejor a la catequesis en su lugar y tiempo propios, dentro del proceso evangelizador, si no queremos

confundirla con las otras acciones pastorales. La catequesis no es la liturgia ordinaria de la

comunidad cristiana, pero supone una iniciación en ella. No es tampoco el compromiso ordinario del cristiano, pero es una iniciación en el mismo.

Página 25/107

82. Esta renovación del concepto de la catequesis que nos pide la Iglesia, de hondas repercusiones pastorales, se inspira, sobre todo, en el Catecumenado bautismal y se fundamenta en la concepción de la Revelación, tal como ha sido descrita en la constitución

«*Dei Verbum*», del Concilio Vaticano II.

2. LA INSPIRACIÓN CATECUMENAL DE LA CATEQUESIS

83. Esta voluntad de la Iglesia de no dejar que se restrinja el concepto de la catequesis se traduce en una invitación a dar a la catequesis una inspiración catecumenal:

«El modelo de toda catequesis es el Catecumenado bautismal» (Mensaje del Sínodo, 8).

«Poco a poco se toma conciencia de la necesidad de que, hoy, el proceso de catequización tenga una inspiración catecumenal» (Sínodo 77, Pr. 30).

«Las condiciones actuales hacen cada día más urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para gran número de jóvenes y adultos» (EN 44).

Dotar a la catequesis de una inspiración catecumenal es hacer de ella un proceso de iniciación cristiana integral.

84. ¿En qué consiste esta formación cristiana integral que propicia el Catecumenado bautismal?

Para responder a esta pregunta nos remitimos al pensamiento del decreto «*Ad gentes*»,

sobre la actividad misionera de la Iglesia, en el que aborda el Concilio los temas del anuncio del Evangelio, de la iniciación cristiana y de la formación de la comunidad cristiana, es decir,

las tres grandes etapas del proceso evangelizador:

«El Catecumenado no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado, convenientemente prolongado, de la vida cristiana, en la que los

discípulos se unen con Cristo, su Maestro. Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente:

— en el misterio de la salvación,

— en el ejercicio de las costumbres evangélicas,

— en los ritos sagrados, que han de celebrarse en los tiempos sucesivos,
— y sean introducidos en la vida de fe, de liturgia y de caridad del pueblo de Dios»
(AG 14).

Dimensiones o tareas de la catequesis

Según esto, una catequesis inspirada en el modelo catecumenal es una iniciación en la realidad desbordante del misterio de Cristo, iniciación que implica una gran riqueza de dimensiones:

85. a) Una iniciación orgánica en el conocimiento del misterio de Cristo y del designio salvador de Dios, con toda su profunda significación vital para la vida del hombre: «La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación que

Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo... Esta revelación no está aislada de la vida,

ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina,

ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio» (CT 22).

Página 26/107

Se trata del conocimiento de la fe: integra nociones, valores, experiencias, acontecimientos..., en una relación personal y sapiencial. Este conocimiento es el elemento

fundamental y director de todo proceso catecumenal.

86. Entre nosotros, la educación de la dimensión noética o cognoscitiva de la fe deja, a menudo, bastante que desear. La pobreza doctrinal de muchas catequesis con jóvenes y

adultos es considerable.

Una cierta tendencia a acentuar casi exclusivamente lo vivencial brota, muchas veces, de una alergia anti-intelectualista —hoy en día muy arraigada—, que desprecia o no tiene en

cuenta lo que es un auténtico saber,

Hemos de superar esta concepción de lo que es el conocimiento de fe. En efecto, la comprensión del mensaje cristiano que proporciona la catequesis es tan necesaria para que

el catecúmeno pueda vivir con hondura su fe cristiana, como para que pueda «dar razón de

su esperanza» ante el mundo. La dimensión cognoscitiva asegura la verdad y la profundidad

de la dimensión vivencial.

87. b) Una iniciación en la vida evangélica, en ese estilo de vida nuevo, «que no es más

que la vida en el mundo, pero una vida según las bienaventuranzas» (CT 29). Esta educación en las actitudes específicamente cristianas deberá mostrar «las consecuencias

sociales de las exigencias evangélicas» (CT 29).

88. Es imprescindible potenciar entre nosotros esta iniciación en la vida evangélica. Por

supuesto, ésta no sería auténtica sin una presentación explícita de sus consecuencias sociales, aunque haya también que advertir que no pocas veces inducimos prematuramente

a los catecúmenos a un compromiso en la sociedad que no brota de unas actitudes hondamente arraigadas. Con tal proceder se recorta, además, considerablemente lo que

debe ser una iniciación completa en la moral evangélica, con todos los aspectos que ésta

comporta.

La educación de la dimensión axiológica de la fe, por medio de una auténtica enseñanza moral y de una adecuada pedagogía de los valores, está lejos de ser un logro en

nuestra acción catequética. Ese «cambio progresivo de sentimientos y costumbres» (AG

13), esa «iniciación en el ejercicio de las costumbres evangélicas» (AG 14) implica una lenta

transformación de las actitudes y valores del catecúmeno. Esta es seguramente la principal

razón de que todo proceso catequético haya de ser un período «suficientemente prolongado» de formación y noviciado de la vida cristiana.

89. c) Una iniciación en la experiencia religiosa genuina, en la oración y en la vida litúrgica, que eduque para una activa, consciente y auténtica participación en la celebración

sacramental, no sólo aclarando el significado de los ritos, sino educando el espíritu para la

acción de gracias, para la penitencia, para la plegaria confiada, para la captación del significado de los símbolos, todo lo cual es necesario para que exista una verdadera vida

litúrgica: «La catequesis se intelectualiza si no cobra vida en la práctica sacramental» (CT

23), ya que «recibe de los sacramentos vividos una dimensión vital que le impide quedarse

en meramente doctrinal» (CT 37).

90. No podemos menos de alabar los esfuerzos realizados entre nosotros para tratar de

conseguir que un proceso catequético se convierta en verdadera escuela de oración. En

este sentido, la «traditio orationis dominicae» (entrega del Padre nuestro) es una dimensión

de la catequesis que ha de estar permanentemente presente a lo largo de todo el proceso.

Iniciar al catecúmeno en la plegaria de los salmos, desarrollar en él la dimensión

Página 27/107

contemplativa de la experiencia cristiana..., es imprescindible para la catequesis. Todo esto

debe hacerse desde las actitudes religiosas que configuran el «Padre nuestro», modelo de

toda oración cristiana.

Hemos de cuidar muy especialmente la iniciación a la celebración litúrgica, educando con todo cuidado las actitudes generales básicas presentes en toda celebración. Nos referimos no sólo a las actitudes espirituales; la expresión corporal tiene también gran importancia. En este sentido, las celebraciones eucarísticas de muchos de nuestros grupos

catecumenales, junto a indudables valores de participación e interiorización espiritual, se

realizan por medio de una expresividad corporal que no es adecuadamente respetuosa del

clima religioso que debe caracterizar la auténtica celebración de los misterios cristianos.

Una catequesis que forme auténticamente hace que la vida del catequizando se vea jalonada poco a poco por las principales fiestas del año litúrgico y que aquél se capacite

gozosamente para insertarse de corazón en los diversos tipos de celebración, en toda la gama que permiten las normas litúrgicas de la Iglesia, de suerte que ese período intensivo de formación cristiana básica que es la catequesis capacite realmente al catecúmeno a participar después activamente en la vida litúrgica ordinaria de la comunidad cristiana y a desarrollar su vida personal de oración.

91. d) Una iniciación en el compromiso apostólico y misionero de la Iglesia: «La catequesis está abierta, igualmente, al dinamismo misionero. Si se hace bien, los cristianos

tendrán interés en dar testimonio de su fe, de transmitirla a sus hijos, de hacerla conocer a

otros, de servir de todos los modos a la comunidad humana» (CT 24).

92. Se trata aquí de educar un aspecto esencial de la fe cristiana: «el bautizado tiene el

deber de confesar su fe delante de los hombres» (LG 11).

Hemos de capacitar, por tanto, al catecúmeno para una presencia cristiana en la sociedad (participación en la vida profesional, cultural, sindical, política...), que debe estar

siempre inspirada en el Evangelio.

En este sentido, la catequesis cuidará también de suscitar militantes, en las organizaciones apostólicas laicales, ya que «consideramos urgente actualizar y potenciar las

insuficientes realidades apostólicas existentes en los diversos ámbitos»

(«Orientaciones

pastorales del Episcopado español sobre apostolado seglar», n. 3).

Es necesario, además, que el catecúmeno tome conciencia de la posibilidad de participar activamente en tareas intraeclesiales (como catequista, animador litúrgico, en el

servicio de acogida, formador de jóvenes, animador de comunidades, en obras asistenciales...). Para ello —en el momento más oportuno— se expondrán a su consideración los diferentes ministerios —jerárquicos y laicales— que construyen la comunidad eclesial. Es hoy muy importante poner todos los medios para suscitar vocaciones

sacerdotales (5) y de entrega a Dios en las diversas formas de vida consagrada.

Esta educación del compromiso pastoral y misionero habrá de acomodarse con todo cuidado a la edad del destinatario. No podemos pedir lo mismo a un niño o a un adolescente

que a un joven o a un adulto. El realismo impone también tener muy en cuenta las posibilidades y las circunstancias personales de cada catecúmeno.

93. Estas son las cuatro dimensiones fundamentales que debe educar la catequesis y que una programación adecuada deberá tener en cuenta. No son aspectos yuxtapuestos, ya

que se implican mutuamente. Lo importante es que estén todos presentes, de una u otra

forma, a lo largo del proceso catequético.

Página 28/107

El «Ritual de la iniciación cristiana de adultos» (RICA), al que desarrolla detalladamente

todo el proceso del Catecumenado —que el Concilio Vaticano II mandó restablecer en la

Iglesia para los adultos que van a ser bautizados (ver SC 64) señala, igualmente, estos

cuatro caminos para una adecuada formación catecumenal (ver n. 19). El clima o ambiente comunitario en el que debe realizarse esta formación es, asimismo, una pauta inspiradora para nuestra acción catequética.

El «Directorio general de pastoral catequética», por su parte, señala igualmente que el catecumenado «es escuela preparatoria de la vida cristiana, introducción a la vida religiosa, litúrgica, caritativa y apostólica del pueblo de Dios» (DCG 130).

Es obvio que donde más claramente se ve realizado este modelo catecumenal es en la catequesis de adultos, «forma principal de catequesis a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan» (DCG 20). Pero con ser esto cierto, creemos que la inspiración catecumenal debe estar en la base de todo proceso de catequización.

94. El modelo de catecumenado bautismal no sólo indica a la catequesis las dimensiones que debe cultivar, sino que le señala, también, las disposiciones necesarias en los catequizandos, la meta del proceso catequético y el carácter fundamentador y temporal del mismo.

Disposiciones interiores de los catequizandos

95. El «Ritual de la iniciación cristiana de adultos» muestra que el catecumenado propiamente dicho debe ir precedido de una etapa dedicada a la primera evangelización, a la que llama «precatecumenado» (ver nn. 7-13). Es una etapa que «tiene gran importancia y no se debe omitir ordinariamente». Debe esperarse, en efecto, a que los candidatos «tengan el tiempo necesario para concebir la fe inicial y para dar los primeros indicios de su conversión» (n. 50).

Entre nosotros, la catequesis sólo se realizará bien sobre la base de esa fe y conversión iniciales, es decir, sobre la base del descubrimiento gozoso del Evangelio de Jesús. Esto supone como ya quedó indicado más arriba la aceptación del amor de Dios en nuestra vida, la voluntad de seguir a Jesús, el deseo inicial de cambiar nuestros valores y criterios mundanos para adoptar los del Evangelio, la decisión de incorporarse a una comunidad en la que compartir y vivir la fe.

Se trata, ciertamente, de una conversión inicial (AG 13), que luego habrá de ir madurando. Pero esa decisión libre y personal por el Evangelio es muy importante y la catequesis la tendrá que favorecer positivamente. Por eso es muy conveniente que, en un primer tiempo, el proceso catequético se dedique a consolidar esa conversión. Esta es la razón por la que, muchas veces, la catequesis de jóvenes y adultos ha de adquirir un talante misionero, como ya quedó apuntado más arriba. Es obvio que esta dimensión ha de ser tenida en cuenta no sólo en la catequización de jóvenes y adultos, sino también —de alguna manera— con aquellos niños que llegan a la catequesis sin haber podido realizar el necesario despertar religioso en sus familias (ver CT 19).

Meta del proceso catequético

96. El Catecumenado bautismal señala, además, a la catequesis la meta del proceso: la profesión de fe. «La catequesis tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe» (MPD 8).

Esta aportación sinodal nos parece riquísima. Nos hace ver que el proceso catequético es, esencialmente, un acto eclesial que, partiendo de la fe de la Iglesia, transmite esa fe a

los catecúmenos: «A lo largo de su preparación, los catecúmenos reciben el Evangelio (Sagrada Escritura) y su expresión eclesial, que es el Símbolo de la fe» (MPD 8).

Cuando el catequizando es capaz de confesar la fe con toda su vida en la Iglesia, con su «memoria, inteligencia y corazón» (EN 44), el proceso catequético ha culminado.

La

Iglesia, a través de la predicación, de la homilía y de otras formas, continuará alimentando y

educando esa fe profesada, pero la catequesis ha terminado su misión.

La catequesis es esa forma peculiar del ministerio de la palabra que hace madurar la conversión inicial del cristiano hasta hacer de ella una viva, explícita y operante confesión de

fe (ver CD 14). Procesos catequéticos diversos, de jóvenes y adultos, podrán con toda razón

concluirse o expresarse en la Vigilia Pascual de las comunidades cristianas con la profesión

de fe y la renovación de los compromisos bautismales.

Carácter fundamentante de todo proceso catequético

97. El catecumenado bautismal trata de fundamentar la fe del recién convertido. Sobre esa base, el catecúmeno, al incorporarse plenamente —por el bautismo— en la Iglesia,

podrá participar activamente en la vida y en las tareas de la comunidad cristiana.

Esta finalidad de sentar las bases de la fe y de consolidarlas es, también, un rasgo inherente a todo proceso catequético orgánico desarrollado entre nosotros. La catequesis,

en efecto, es un proceso de fundamentación —propia mente dicho— en la fe cuando falte o

de reactualización y consolidación de la misma, siempre que sea necesario hacerlo.

98. En nuestro contexto pastoral, en efecto, nos encontramos hoy en día con muchos adultos necesitados de una fundamentación básica de su fe:

«Entre estos adultos que tienen necesidad de la catequesis, nuestra preocupación pastoral y misionera se dirige:

— a los que, nacidos y educados en regiones todavía no cristianizadas, no han podido profundizar la doctrina cristiana que un día las circunstancias de la vida les hicieron encontrar,

— a los que en su infancia recibieron una catequesis proporcionada a esa edad, pero luego se alejaron de toda práctica religiosa y se encuentran en la edad madura con conocimientos religiosos más bien infantiles,

— a los que se resienten de una catequesis, recibida sin duda a su debido tiempo, pero

mal orientada o mal asimilada,

— a los que, aun habiendo nacido en países cristianos, incluso dentro de un cuadro sociológicamente cristiano, nunca fueron educados en su fe y, en cuanto adultos, son verdaderos catecúmenos» (CT 44).

En nuestra Iglesia, muchos adultos se ven incluidos en una u otra de estas situaciones. Es muy frecuente, también, entre nosotros, el caso del adulto en el que, junto

a rasgos de auténtica fe cristiana, aparecen —amalgamados con ella— creencias, valores, pautas de conducta, criterios de juicio... contrarios e incluso hostiles a esa misma fe. Esta situación —bastante generalizada entre nosotros— está pidiendo un auténtico proceso de fundamentación cristiana.

99. Cuando la catequesis de niños y jóvenes se desarrolla adecuadamente, el proceso de fundamentación se realiza en la primera etapa de la vida: «Desde la primera infancia hasta el umbral de la madurez, la catequesis se convierte en una escuela permanente de la fe y sigue de este modo las grandes etapas de la vida como faro que ilumina la ruta del niño, del adolescente y del joven» (CT 39).

En este caso, la catequesis de adultos —siempre necesaria— tiene la finalidad de actualizar y consolidar esa fundamentación para que la fe adquiriera «su forma plenamente desarrollada» (CT 43). La catequesis, en efecto, «sería vana si se detuviera precisamente en el umbral de la edad madura, puesto que, si bien, ciertamente de otra forma, se revela no menos necesaria para los adultos» (CT 43).

En muchos cristianos adultos se da, hoy en día, la demanda de un proceso de catequización de este tipo, suscitada por la necesidad de estructurar su fe en esta etapa postconciliar o por el hecho de militar en movimientos apostólicos o por haberse incorporado a una comunidad eclesial de base o por haber asumido responsabilidades pastorales en la Iglesia... En todos estos casos, la Iglesia debe ofrecerles la posibilidad de una catequesis orgánica, con vistas a la consolidación de su fe (ver DCG 92 y 96).

100. En resumen, la necesidad de una vigorosa organización catequética de adultos entre nosotros se justifica por la necesidad de «suplir las insuficiencias o deficiencias de la catequesis de catequesis (anterior), o de completar adecuadamente, a un nivel más elevado, la que recibieron en la infancia, o —incluso— de enriquecerse en este campo hasta el punto de poder ayudar más seriamente a los demás» (CT 45).

En otras palabras, la catequesis de adultos —como la de niños y jóvenes— tratará siempre de fundamentar la fe cristiana, ya sea porque —en rigor— falte esa fundamentación, o porque sea inadecuada para la edad adulta, o porque sea necesario reactualizarla. En cualquiera de estos casos, la fundamentación de la fe puede concernir bien a la totalidad de sus dimensiones o bien sólo a alguno de sus elementos (la adhesión, el conocimiento, los criterios o pautas de conducta...).

Carácter temporal del proceso catequético

101. El Catecumenado bautismal subraya, finalmente, el carácter temporal de todo proceso catequético, aspecto éste que es inherente, por lo demás, a cualquier proceso de iniciación.

La catequesis es un proceso —que empieza y termina— de iniciación cristiana integral.

Si, por una parte, ha de ampliar sus tareas para que la formación cristiana sea completa, por otra parte, ha de limitarse en el tiempo por ser sólo iniciación. Este carácter iniciático en la

totalidad de la vida de la comunidad cristiana es lo que confiere a la catequesis su peculiaridad original dentro del proceso de la evangelización. Tiene en él, en efecto, «algo

específico propio» (CT 18) que debemos descubrir y potenciar.

Creemos importante insistir en este punto porque observamos —como ya lo hemos indicado— una cierta tendencia a hacer de los grupos cristianos en los que se realiza la

catequesis, grupos catecumenales de duración indefinida. Nos parece muy importante el

Página 31/107

distinguir bien al grupo catequético (o catecumenal) de la comunidad cristiana estable. Esto

plantea el gran problema pastoral de la organización de la vida comunitaria en la Iglesia,

problema que desborda a la sola responsabilidad de la institución catequética.

Los límites en la inspiración catecumenal de la catequesis

Pero, a pesar de los muchos aspectos en los que —como hemos visto— el modelo del catecumenado bautismal ha de inspirar a la catequesis, hay otros en los que debe detenerse

dicha inspiración:

102. El Catecumenado bautismal, en efecto, se dirige propiamente a los no bautizados,

a los que nunca en su vida han entrado en contacto con el Evangelio de Jesús. Entre nosotros, la catequesis se realiza —las más de las veces— con cristianos bautizados, y

hemos de tener presente, por tanto, «la peculiar condición» que tienen y que «difiere de la

condición de los catecúmenos» (RICA 295).

103. El Catecumenado bautismal se realiza sólo una vez, como el Bautismo. En nuestro contexto, sin embargo, la Iglesia debe ofrecer a un cristiano la oportunidad de seguir

un proceso catequético en cualquier etapa de su vida. Es un derecho que tiene el cristiano

en la Iglesia, en virtud de su bautismo (ver CT 14).

104. En el Catecumenado bautismal, la celebración de los sacramentos de iniciación —Bautismo, Confirmación y Eucaristía— marcan el final del proceso catecumenal. En nuestra acción catequética, los sacramentos se sitúan en el interior del proceso catequético

—como hitos importantes del mismo—, pero no necesariamente como meta final. Por consiguiente, en la catequesis de niños, la «primera comunión» no tiene por qué ser el final

del proceso. Ni el sacramento de la Confirmación debe ser el final de la catequesis de adolescentes o jóvenes. En la catequesis de adultos, la celebración Eucarística acompañará —normalmente— al proceso de catequización.

En otras palabras, dada la venerable tradición eclesial de dar el bautismo a los niños, la

iniciación cristiana entre nosotros hay que concebirla no tanto concentrada en un espacio

limitado de tiempo, como sucede en el catecumenado de adultos, cuanto extendida a lo largo de las diferentes etapas del crecimiento del bautizado. La Iglesia, en efecto, no pretende que la fundamentación personal de la fe del que es bautizado en su primera infancia sea menos profunda que la que se pide para el catecúmeno adulto. Aún más; es posible afirmar que la fundamentación personal de la fe realizada a lo largo de las etapas vitales, sobre todo cuando se puede apoyar explícitamente en un entorno familiar, cultural y comunitario cristianos, resulta más honda e impregna entrañablemente todas las dimensiones existenciales de la vida del hombre creyente. Este proceso lento de educación cristiana hacia la madurez aparece, así, estructurado por el Bautismo, por la educación en la fe realizada en el seno de la familia, por la enseñanza religiosa escolar, por períodos intensivos de formación estrictamente catequética realizados en la comunidad cristiana, por la celebración —en el momento más oportuno— del sacramento de la Confirmación y por la participación constante en la celebración de la Eucaristía.

Los sacramentos de la iniciación cristiana se sitúan, pues —entre nosotros—, como elementos esenciales, interiores a un proceso formativo en el que intervienen acciones educativas diversas, más que como meta final del mismo.

Página 32/107

105. Por todas estas razones, al referirnos a esos períodos de formación estrictamente catequética, preferimos hablar —aquí y ahora— de «catequesis de inspiración catecumenal» más que de «Catecumenado» en sentido estricto, expresión que conviene reservar para la institución oficial del catecumenado en los «países de misión» o en aquellas Iglesias en las que el bautismo de adultos es muy frecuente.

3. FUNDAMENTACIÓN DEL CARÁCTER PROPIO DE LA CATEQUESIS EN LA CONSTITUCIÓN «DEI VERBUM»

106. El carácter propio de la catequesis, además de inspirarse en el catecumenado bautismal, encuentra sus principios orientadores en la concepción que tiene la Iglesia de la Revelación, de la Tradición y de la fe. Esta concepción proporciona a la catequesis su verdadero fundamento.

En este sentido, la constitución «Dei Verbum», del Concilio Vaticano II, constituye una sólida base sobre la que apoyar la manera de entender el carácter propio de la catequesis.

Apoyándonos en dicha constitución conciliar, queremos exponer ahora aquellos criterios o leyes catequéticas más importantes que nos ayuden a discernir la autenticidad de nuestra acción catequizadora.

Ofrecemos tales principios a los responsables de tantos y tantos grupos catequéticos existentes en nuestras diócesis, con el propósito de facilitarles una evaluación de su trabajo, la cual —cuando se trate de comunidades catecumenales de jóvenes o adultos— muy bien pudiera realizarse en el propio grupo.

a) LA REVELACIÓN COMO ACCIÓN GRATUITA DE DIOS

107. «Quiso Dios, en su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el

misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, los hombres tienen acceso al

Padre, en el Espíritu Santo, y se hacen partícipes de la naturaleza divina» (DV 2).

La constitución «Dei Verbum», en lugar de comenzar por referirse a la Sagrada Escritura y a la Tradición como «fuentes» de la revelación, prefirió tomar como clave fundamental de la interpretación, el mostrar la Revelación como acto de Dios mismo que se

revela al hombre. Esta orientación conciliar es extraordinariamente fecunda para la catequesis.

La Palabra de Dios («Dei Verbum») antes que cuerpo de doctrina es acción gratuita de Dios. Y esta acción es algo más que una comunicación de palabras o de verdades sobre

Dios y su obra: es la autocomunicación de Dios mismo a los hombres, es una donación

personal de sí mismo que se expresa en palabras y obras.

1.ª La catequesis actualiza la acción de Dios en el grupo catecumenal (6)

108. La catequesis es ministerio (servicio) de esa Palabra, actualización de esta Revelación, es decir, cauce a través del cual Dios mismo actúa en el corazón del catecúmeno, como llamada, promesa, perdón, corrección, sentido de la existencia, apoyo,

presencia, justificación, donación... «La catequesis desempeña la función de disponer a los

hombres a acoger la acción del Espíritu Santo» (DCG 22).

Página 33/107

109. Este dato fundamental confiere a la pedagogía catequética una de sus características originales, dotando a todo el proceso de catequización de un clima religioso y

de oración, favorecedor del encuentro entre Dios y el catecúmeno.

Esta acción de Dios es personal en cada catecúmeno (es un «llamamiento que dirige a cada uno», CT 35), respetuosa del ritmo, peculiaridad e intensidad con que éste va respondiendo a la acción divina. Fiel a este principio, la catequesis se convierte en un proceso «sinfónico» en el que, dentro de la educación en una misma fe común eclesial,

cada uno encuentra el cauce de una respuesta personal y original.

2.ª La catequesis descubre al catecúmeno que la fe es un don de Dios

110. Es imprescindible que el catecúmeno descubra el carácter gratuito de la Palabra de Dios y de la fe, para que las reciba como don. «La catequesis debe tomar como punto de

partida el don del amor divino en nosotros» (DCG 10).

Nuestro cristianismo, según apuntamos anteriormente, aparece, a veces, marcado por un voluntarismo moral, como si el amor de Dios tuviese que ser el resultado de la conquista

de nuestro esfuerzo. La catequesis mostrará que el amor de Dios se adelanta a la respuesta

del hombre, saliendo a nuestro encuentro: «El hombre no se justifica por las obras de la ley,

sino sólo por la fe en Jesucristo» (Gál 2,16). Es la aceptación de que Dios ha hecho de él un

hombre nuevo, el verdadero motor que mueve al catecúmeno en el «seguimiento de Jesús»,

abrazando los valores del Reino: «la fe se actualiza en el amor» (Gál 5,6).

111. «Un ejercicio correcto de esta dimensión de la catequesis te exigirá basarse en una pedagogía educadora de la gratuidad, por desgracia, menos desarrollada entre nosotros.

Será necesario, muchas veces, preparar el terreno —mediante una precatequesis

adecuada— para ayudar al catecúmeno a valorar lo gratuito en medio de un contexto cultural en el que apreciamos las cosas sólo por lo que cuestan. En este sentido, puede ser importante llegar a descubrir el poder de la aceptación incondicional en las relaciones humanas, como energía dinamizadora de la persona. El hombre actual necesita, hoy más que nunca, poder ser apreciado exactamente por lo que es, más que por lo que hace o lo que tiene.

La catequesis hará ver las grandes implicaciones que tiene para la psicología religiosa del creyente la gratuidad del amor de Dios. Una educación cristiana fundada en la pura ascesis podría fomentar la conciencia de rechazo constante por parte de Dios, lo que se traduciría a una sorda hostilidad contra sí mismo y contra los demás. La catequesis ayudará a descubrir cómo la fe nos da la íntima convicción de que Dios tiene la iniciativa en el amor y nos ofrece —en Jesús— por gracia la reconciliación con Él, con nosotros mismos y con los demás.

Esto genera la aceptación serena del propio destino, una aceptación profunda del propio ser, una íntima reconciliación con la humanidad a pesar de reconocerla marcada por la división, el interés egoísta y la injusticia.

Es indudable que la referida actitud de aceptación incondicional del catequista respecto de cada catecúmeno constituirá un signo importante de esta gratuidad del amor de Dios.

Página 34/107

b) EL CARÁCTER HISTÓRICO DE LA REVELACIÓN

112. «Este plan de Revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas. Las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan. A su vez, las palabras proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas» (DV 2).

Dios se revela entrando en la historia de los hombres: haciéndose presente en la historia del pueblo de Israel, encarnándose en Jesús de Nazaret, y prolongando su presencia en el mundo por medio de los cristianos, que constituyen su Iglesia, el nuevo Israel.

Las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación, iluminadas por la palabra de los profetas, de Jesús y la Iglesia, manifiestan el carácter histórico de la Revelación divina:

«La economía de la salvación se realiza en el tiempo: pues empezó en el pasado, se desarrolló y alcanzó su cumbre en Cristo, despliega su poder en el presente y espera su consumación en el futuro» (DCG 44).

3.ª La catequesis educa al creyente para insertar la fe en la vida cotidiana y en los acontecimientos humanos

113. Este carácter histórico de la Revelación proporciona a la pedagogía catequética otra de sus características peculiares, convirtiéndola en una pedagogía que impele a leer los

acontecimientos y la experiencia humana a la luz de la fe y de la historia de la salvación.

En este sentido, «la catequesis debe preocuparse por orientar la atención de los hombres hacia sus experiencias de mayor importancia, tanto personales como sociales»

(DCG 74).

114. Entre nosotros, esta referencia a la experiencia humana es algo ya adquirido en estos años de renovación catequética. Se ha percibido, en efecto, que esta dimensión experiencial no es algo exterior al mensaje cristiano, sino, justamente, una dimensión interna

del mismo en cuanto mensaje de salvación.

Así como Dios asume determinados acontecimientos de la historia de Israel para revelarse en ellos y, más plenamente en la encarnación del Verbo asume la humanidad de

Jesús para hacer de ella la plenitud de su Revelación, de la misma forma la acción catequética no está aislada de la vida, ni yuxtapuesta artificialmente a ella: «se refiere al

sentido último de la existencia y la ilumina, ya para juzgarla, ya para inspirarla a la luz del

Evangelio» (CT 22).

115. Tres son las funciones principales que puede desempeñar la experiencia humana en el acto catequético:

— unas veces se presenta «como objeto que la catequesis debe interpretar o iluminar»

(DCG 74). La catequesis ha de dar sentido a las experiencias —sobre todo a las más hondas y radicales— y a los acontecimientos humanos,

— otras veces servirá «para explorar y asimilar las verdades contenidas en la Revelación» (DCG 74). En este sentido, nos ayuda a penetrar mejor en el mensaje del Evangelio,

Página 35/107

— otras veces, en fin, estimulará «el justo deseo de transformar la propia conducta» (DCG 74). La catequesis ayudará así no sólo a interpretar los acontecimientos, sino a transformar —con la fuerza del Evangelio— los criterios de juicio, los valores determinantes y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios (ver EN 19).

4.ª La catequesis enseña a descubrir los signos de la presencia de Dios en la Iglesia y en el mundo

116. Es todavía frecuente entre nosotros emplear en la catequesis un lenguaje positivista que, al «objetivar» o «cosificar» el misterio de Dios, diluye el lenguaje simbólico

en el que se nos ha comunicado la Revelación divina.

En efecto, Dios se nos ha revelado en la historia y, por tanto, a través de signos. Los acontecimientos históricos de la salvación son siempre signos de una presencia que está

más allá de ellos mismos, la del «Dios invisible» y la de «la verdad íntima de Dios y de la

salvación del hombre» (ver DV 2), que se nos ha manifestado en Cristo, imagen del Padre.

117. De ahí que la catequesis se ha de dirigir al hombre en «su dignidad fundamental, la de buscador de Dios» (CT 57), ayudándole a ver lo invisible y a adherirse de tal manera al

absoluto de Dios que pueda dar testimonio de Él, sobre todo, en una civilización materialista

que lo niega.

118. La catequesis introduce al catecúmeno en la totalidad del misterio de Cristo y, por tanto, en el misterio de la Iglesia que es, esencialmente, signo de una realidad que la desborda: «Cuando la Iglesia anuncia el Reino y lo construye, se implanta en el corazón del mundo como signo e instrumento de ese Reino que está ya presente y que viene» (EN 59).

La catequesis enseñará, por consiguiente, a leer este misterio de la Iglesia en los múltiples signos en los que se expresa: hechos, personas, doctrinas, testimonios de vida, ritos, instituciones...

119. Además, por el hecho de que Dios se nos quiere manifestar secreta y constantemente en la historia total de los hombres, corresponde a la catequesis ayudar al catecúmeno a «discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios» (GS 11).

120. Todavía podemos distinguir otra vertiente significativa en la Revelación de Dios que se hace en la historia. Nos referimos a la dimensión de futuro escatológico que tiene todo suceso histórico salvífico. La salvación que se nos ofrece en el hoy remite, por su naturaleza, a un futuro y, por tanto, no se agota en el acontecimiento mismo: éste es siempre signo de algo que está por venir, es decir, el Reinado pleno de Dios. Como dice S.

Pablo: «Ahora vemos, como en un espejo, confusamente. Entonces veremos "cara a cara"»

(1 Cor 13, 12); ahora "caminamos en la fe y no en la visión"» (2 Cor 5,7). En este sentido, «la sagrada Tradición y la sagrada Escritura son como un espejo en el que la Iglesia

peregrina en la tierra contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta que le sea concedido

el verlo cara a cara, tal como es» (DV 7).

121. Esta pedagogía de los signos, fundamento del método inductivo, «es conforme con la economía de la Revelación, y con la característica propia del conocimiento de fe, que

es conocimiento por medio de signos» (DCG 72).

Página 36/107

122. La Revelación, como acción gratuita e histórica de Dios, confiere, así, a la catequesis —bajo el punto de vista pedagógico—, su carácter propio: ser una pedagogía del

don, de la inserción activa en la historia y del signo.

c) JESUCRISTO, PLENITUD DE LA REVELACIÓN

123. «La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha Revelación resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la Revelación» (DV 2).

Es importante descubrir, aquí también, que la plenitud de la Revelación operada en Cristo no se realiza sólo por la doctrina que Él transmite, sino con «su total presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros y, sobre todo, con su muerte y

resurrección..., y con el envío del Espíritu de la verdad» (DV 4).

El hecho de que Jesucristo sea la plenitud de la Revelación confiere a la catequesis su carácter eminentemente «Cristo-céntrico». Creemos que éste es uno de los mayores logros

de la catequesis en estos últimos años.

Nosotros queremos recordar aquí, simplemente, los dos sentidos que «Catechesi

tradendae» otorga al cristocentrismo de la catequesis, «dos significados de la palabra que ni se oponen ni se excluyen, sino que, más bien, se relacionan y se complementan» (CT 5).

5.ª La catequesis es la iniciación en el seguimiento de Jesús

124. «Hay que subrayar, en primer lugar, que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, "Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad"... Jesús es "el Camino, la Verdad y la Vida", y la vida cristiana

consiste en seguir a Cristo, en la "sequela Christi"» (CT 5).

La catequesis es, ni más ni menos, ese período intensivo en el que los que han sido subyugados por la buena noticia de Jesús, buscan conocerlo en profundidad y entrar en su discipulado.

Esta iniciación en el seguimiento de Jesús implica adherirse a su persona, descubrir en profundidad su mensaje, adoptar su estilo de vida, celebrar su presencia en los sacramentos, reunirse —en su nombre— en una comunidad de discípulos, prepararse para participar en su envío misionero y esperar su venida gloriosa. Supone, en otras palabras, una catequización integral.

El seguimiento de Jesús es algo más profundo que una mera imitación de su vida que, en rigor, pudiera ser hecha por un no creyente a instancias de una mera ascesis moral. Es,

ante todo, dejarse cautivar por Alguien que está vivo y, como fruto de esa vinculación personal, tratar de actualizar en nuestra vida los valores y actitudes que Él vivió. Es, en otras

palabras, la introducción progresiva en la misma experiencia de S. Pablo: «ya no vivo yo: es

Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

6.ª La catequesis transmite el mensaje auténtico del Evangelio

125. «En la catequesis, el cristocentrismo significa también que, a través de ella, se transmite no la propia doctrina o la de otro maestro, sino la enseñanza de Jesucristo, la

Verdad que Él comunica o, más exactamente, la Verdad que Él es» (CT 6).

Página 37/107

Este aspecto es particularmente importante entre nosotros y afecta profundamente a la identidad cristiana en la que la catequesis debe educar.

126. La catequesis ha de transmitir el mensaje de Jesús en toda su pureza, de suerte que la formación cristiana integral que ha de proporcionar se inspire realmente en los criterios y actitudes del Evangelio, por encima de cualquier otra mediación necesaria. Este problema se plantea, en efecto, al recurrir a la mediación de las ciencias del hombre —psicología, sociología...— en la presentación del mensaje cristiano.

Ciertamente,

uno de los grandes logros de la renovación catequética contemporánea ha sido la incorporación de estas ciencias en su quehacer. Influyen no sólo en un mejor conocimiento

del destinatario de la catequesis y de la problemática humana, sino en una renovación metodológica más honda y en una comprensión más profunda del mismo mensaje cristiano.

Constituyen, por tanto, una aportación esencial para la catequesis.

Sin embargo, existe el peligro de hacer de ellas el criterio inspirador último en la maduración de la personalidad cristiana o en el compromiso de transformación de la

sociedad. En estos casos se instrumentaliza el Evangelio, se le pone al servicio de determinadas doctrinas psicológicas o sociológicas y se termina por parcializarlo (ver CT 52).

La catequesis, al transmitir en su integridad el Evangelio, no puede eludir el escándalo de la cruz a él inherente, y ha de superar la tentación de ofrecer doctrinas aparentemente más eficaces o humanamente más atractivas y que suponen, en el fondo, una desconfianza en la fuerza salvadora del Evangelio.

127. «El principio del cristocentrismo obliga a la catequesis a transmitir lo que de específicamente cristiano tiene el anuncio de Dios, de la salvación, de la moral evangélica, de la opción por los pobres, de la esperanza... Nuestra preocupación central no puede ser otra que la que Jesús tuvo en su vida: el anuncio religioso del Reinado de Dios y del camino

—difícil, pero gozoso— para realizarlo entre los hombres, el camino del Siervo.

d) LA FE ES LA ACOGIDA DEL HOMBRE A LA REVELACIÓN

128. «A Dios revelador debe prestársele la "obediencia de la fe" (Rom 16,26), por la que el hombre libremente se confía todo a Dios y "le ofrece el homenaje total del entendimiento y de la voluntad" (VAT I)» (DV 5).

En esta concepción de la fe, «Dei Verbum» es totalmente coherente con su concepción de la Revelación. Si ésta, antes que cuerpo de doctrina es comunicación personal del mismo

Dios, la fe no podrá ser sólo adhesión a la verdad revelada, sino también, y fundamentalmente, entrega confiada de todo el hombre a Dios. Vaticano II recoge y desborda el concepto de fe del Vaticano I. Esta profundización fundamenta el deseo de la

Iglesia de renovar la catequesis en su mismo concepto.

7.^a La catequesis educa para que la totalidad del hombre responda a Dios

129. Según esto, la catequesis, educadora de esa fe, ha de cuidar —por igual— esas dos dimensiones: conversión y conocimiento, entrega confiada y homenaje del entendimiento y voluntad, experiencia vital y verdad revelada, «fides qua» (actitud con la

que se cree) y «fides quae» (mensaje en el que se cree).

Página 38/107

«La fe, cuya maduración debe promover la catequesis, puede ser considerada de dos maneras:

— como la plena adhesión del hombre a Dios, otorgada bajo el influjo de la gracia ("fides qua"), o

— como contenido de la revelación y del mensaje cristiano ("fides quae").

Estos dos aspectos no pueden separarse por su naturaleza, y la maduración normal de

la fe supone su coherente progresión» (DCG 36).

130. La catequesis ha de reconciliar desde el interior los dos aspectos, tratando de superar la dicotomía (ver CT 22) que muchas veces nos afecta. No puede contentarse con

presentar la verdad revelada si ésta no informa —en igual grado— la actitud del corazón. Ni

puede limitarse, tampoco, a fomentar el amor a Dios y el compromiso con los hombres si

esta actitud no va acompañada de un conocimiento serio del mensaje cristiano. «Si es verdad que ser cristiano significa decir "sí" a Jesucristo, recordemos que este "sí"

tiene dos niveles:

— consiste en entregarse a la Palabra de Dios y apoyarse en ella, pero significa también

— esforzarse por conocer cada vez mejor el sentido profundo de esa Palabra» (CT 20).

131. Se trata, por tanto, de que «el hombre entero» (CT 20) se vea impregnado por la palabra de Dios, ya que la catequesis «apunta a alcanzar el fondo del hombre» (CT 52).

Como indica el Concilio Vaticano II, «es la persona del hombre la que hay que salvar..., el

hombre concreto y total, con cuerpo y alma, con corazón y conciencia, con inteligencia y

voluntad» (GS 3).

8.ª La catequesis se propone una fundamentación integral de la fe

132. La catequesis ha de promover, por tanto, una fundamentación integral de la fe, educando todas las dimensiones de ésta (conversión a Dios, conocimiento del mensaje,

moral evangélica, vida comunitaria, compromiso evangelizador...), siendo esta riqueza del

«acto catequético» la que le confiere su «carácter específico» dentro del proceso total de la

evangelización, ya que le toca cumplir en él, al mismo tiempo, «tareas de iniciación, educación e instrucción» (DCG 31):

— de iniciación en el misterio de Dios, en la oración, en la celebración y en la vida comunitaria,

— de educación en los valores del Reino y en el compromiso misionero,

— de instrucción en el mensaje cristiano y en su sentido salvífico para el hombre y para

el mundo.

133. Esta multiplicidad de tareas exige a la catequesis una pedagogía peculiar, distinta a la de otras formas de presentar la Palabra de Dios, como pueden ser el anuncio misionero,

la homilía, la enseñanza de la teología y la enseñanza religiosa escolar. Implica, también, la

necesidad de superar el concepto restringido de catequesis como enseñanza elemental de

la fe, para otorgarle un concepto pleno como formación cristiana integral.

Página 39/107

e) LA TRADICIÓN COMO TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN

134. «Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones» (DV 7). «La Iglesia, en su doctrina, en su vida, y en su culto perpetúa todo lo

que ella es, todo lo que cree. Esta Tradición, que deriva de los apóstoles, progresa en la

Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo» (DV 8).

Cristo, revelación total de Dios, entregó a los apóstoles el Evangelio, «fuente» de toda verdad salvadora y de un nuevo estilo de vida para que lo conservasen y lo

transmitiesen

íntegro a todas las generaciones, comunicándoles así «los dones divinos».

Con los «Hechos de los apóstoles» (ver AG 4) se constituye y comienza en la Iglesia la

Tradición, que tiene su origen en una disposición de Dios y se despliega bajo la asistencia del Espíritu Santo.

La Tradición está hecha de palabras —orales y escritas—, de formas de vida comunitaria y litúrgica, de un estilo específico de vivir, de instituciones y tradiciones eclesiales...

La Tradición, que deriva de los apóstoles, progresa en el pueblo de Dios en virtud de la contemplación y el estudio; por la encarnación de la predicación evangélica en pueblos culturalmente diversos; y a través de las múltiples acciones de los cristianos para dar respuesta a las necesidades de los distintos grupos humanos.

Los legítimos sucesores de los apóstoles, con toda su actividad pastoral y, especialmente, con el ejercicio de su magisterio vivo, constituyen un elemento fundamental

de la Tradición, de cuya autenticidad son los garantes cualificados.

9.ª La catequesis es esencialmente un acto de tradición

135. La catequesis es, esencialmente, un acto de la tradición viva de la Iglesia que, por medio de la iniciación en «su doctrina, vida y culto» (DV 8), transmite al catecúmeno todo lo

que ella cree, todo lo que es. La «traditio Evangelii in symbolo» (tradición del Evangelio en el símbolo) y la «traditio orationis dominicae» (tradición del Padre nuestro) son —en el catecumenado bautismal y en nuestra catequesis— la expresión de lo que es, en esencia,

un proceso catecumenal: la transmisión de la fe eclesial.

136. Es importante que, entre nosotros, la acción catequética se vea fecundada por la concepción conciliar de la tradición.

El catecúmeno, por medio de la catequesis, ha de ser iniciado para que se incorpore vitalmente en la Tradición de la Iglesia. No se trata de que adquiera solamente un conocimiento de las expresiones históricas objetivas de esa Tradición (pensamiento de los

Santos Padres, testimonios de los Santos, manifestaciones de arte cristiano y otras expresiones culturales de la vida de la Iglesia), sino de que se introduzca y participe en la

corriente viva de la existencia cristiana que, desde la época apostólica hasta nuestros días,

ha profundizado y actualizado, cada vez más, el Evangelio de Jesús.

Página 40/107

10.ª La catequesis educa el sentido eclesial

137. Corresponde muy especialmente a la catequesis el cometido de fundamentar el sentido eclesial de la fe del catecúmeno.

Es la Iglesia, como ya quedó indicado, la que proporciona a la catequesis su objeto, es decir, el Evangelio de Jesucristo tal como es creído y profesado por el pueblo de Dios.

Le

proporciona, también, su medio vital: las comunidades cristianas en las que la Iglesia se

realiza. Le proporciona, en fin, su meta: hacer del catecúmeno un miembro activo de la vida

y misión de la Iglesia.

138. Creemos que éste es un punto clave para la verdadera renovación de la catequesis. No se nos oculta que es un punto problemático, «particularmente importante en

nuestros días» {EN, 61). Todos hemos de reconocer sinceramente que el sentido eclesial

aparece —con frecuencia— deteriorado entre nosotros, en situación enferma. Y es imposible una verdadera renovación de "la catequesis sin un sentido eclesial sano, como es

muy difícil recuperar el auténtico sentido de la Iglesia sin la catequesis.

Nos encontramos, así, ante ese desafío. El no aceptarlo lealmente traería el peligro de hacer:

— o una catequesis atomizada, encerrada en grupos cristianos autosuficientes,

— o una catequesis que, pretendiendo ser bíblica, quede desarraigada de una tradición

viva,

— o una catequesis de «temas aislados», que no introduce en la totalidad del misterio cristiano que profesa la Iglesia,

— o una catequesis mediatizada de tal forma por las ideologías que termine por parcializar el Evangelio.

139. La auténtica catequesis cristiana no tiene sentido si se sitúa al margen de la comunión de fe con la Iglesia:

«Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial.

Cuando el más humilde catequista... reúne su pequeña comunidad, aun cuando se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia... Esto supone que lo hace no por una misión que

él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su

nombre» (EN 60).

4. EL CARÁCTER PROPIO DEL LENGUAJE CATEQUÉTICO

140. En orden a delimitar mejor el carácter propio de la catequesis, quisiéramos abordar ahora algunos puntos especialmente significativos para la renovación catequética

entre nosotros. Entre ellos, el tema del lenguaje, por su problemática, ocupa la máxima actualidad.

«La catequesis tiene necesidad de renovarse continuamente... en la búsqueda de un lenguaje adaptado» (CT 17).

«La catequesis no puede aceptar ningún lenguaje que, bajo el pretexto que sea, aun supuestamente científico, tenga como resultado desvirtuar el contenido del Credo» (CT 59).

Página 41/107

El lenguaje, en sus múltiples manifestaciones, es el cauce imprescindible de comunicación. Esta es posible gracias al lenguaje. Pero, a la vez, puede ser vehículo de

mixtificación y manipulación.

Situados ante la tarea catequética, ésta tiene el deber imperioso de encontrar el lenguaje idóneo que le permita realizarse y desarrollarse como acto de comunicación y, más

en concreto, como acto de comunicación de la fe eclesial.

En nuestro caso, hemos de considerar el tema desde dos vertientes que, lejos de excluirse u oponerse, deben regirse por el principio de la integración mutua:

— la de la peculiaridad del lenguaje propio de la fe, en el que los creyentes se reconocen a sí mismos como tales, se expresan y se comunican,

— la de la adaptación del lenguaje al destinatario.

a) El lenguaje propio de la fe

141. La necesidad de que la catequesis introduzca al creyente en el lenguaje propio de la fe está admirablemente expresada en esta reflexión del Mensaje del Sínodo:

«El primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo... Las Escrituras permiten a los cristianos hablar un lenguaje común. Es normal que, a lo largo de la formación, se aprendan de memoria ciertas sentencias bíblicas, en especial del Nuevo

Testamento, o determinadas fórmulas litúrgicas, que son expresión privilegiada del sentido de dichas sentencias bíblicas, así como también otras plegarias comunes. El creyente asimila también aquellas expresiones de fe acuñadas por la reflexión viva de los cristianos durante siglos y que son recogidas en los Símbolos y en los principales documentos de la Iglesia... La catequesis es así «transmisión de los documentos de la fe» (MPD 9).

Necesidad de un lenguaje acuñado

142. La catequesis tiene necesidad de un lenguaje fijo, acuñado, formulado. Sin duda, la adhesión de la fe no termina en las fórmulas mismas de la fe. Hay una distinción y tensión

insuprimibles entre la realidad revelada y cualquier lenguaje en que ésta pueda hablarnos.

Pero la Revelación no es una pura x transcendente del todo, que pueda aislarse del lenguaje en que originalmente se expresó e interpretarse desde cualquier lenguaje a mano,

sin asegurarse de su coherencia con el lenguaje de los orígenes y con el de su genuina

actualización en la tradición abierta y mantenida por ellos.

En el Nuevo Testamento pueden aislarse ya e identificarse relatos, doxologías, confesiones de fe acuñadas en fórmulas fijas. La predicación, la enseñanza, la liturgia de las

comunidades en la edad apostólica —tiempo original y constituyente respecto a cualquier

otro eclesial posterior— se realizan referidas a un lenguaje fijo, normativo, transmitido al

principio oralmente.

El Evangelio se transmite unido a su lenguaje

143. La fe cristiana no ha ido surgiendo de la sola inspiración algo espontánea de grupos entusiastas. Sin la mediación de los relatos evangélicos y de las fórmulas cristológicas apenas sabríamos nada de Jesús y no podríamos entrar en relación personal

con Él. Por eso es importante subrayar la referencia esencial de la fe cristiana a los

Página 42/107
acontecimientos salvadores, en tanto nos son transmitidos en un lenguaje determinado dentro de la tradición original mantenida por ellos.

Esa imprescindible referencia queda desviada o rota cuando la catequesis entiende y trata el lenguaje de la fe, exclusiva o predominantemente, como medio para objetivar las

vivencias y compromisos de la fe o, también, cuando aísla o libera los acontecimientos salvadores de su lenguaje, como cargado de prejuicios y creencias ya no vigentes, y los

«objetiva» para hacerlos inmediatamente accesibles al catequizando de hoy.

Ser cristiano es, entre otras cosas, insertarse —todo lo libre y personalmente que se quiera— en la fe del pueblo de Dios que se transmite de generación en generación.

Pero la

comunidad de fe implica esencialmente comunidad en el lenguaje, al menos en un mínimo

de lenguaje que guarde la comunidad en la fe.

Los «documentos de la fe» en la catequesis

144. Es de capital importancia, sin embargo, descubrir bien el puesto que ocupan y el papel que desempeñan los «documentos de la fe» en el interior del proceso catequético.

Haríamos mucho daño a la catequesis si se entiende lo que estamos diciendo en el sentido de reducirla a la transmisión de unos contenidos nocionales o a hacer de ella un proceso exclusivamente deductivo. La catequesis no se reduce a una mera enseñanza de fórmulas. Se trata de una tradición viva de esos documentos, que han de ser recibidos y vitalizados desde la comprensión que tiene el hombre de sí mismo. Proyectan su luz sobre la experiencia humana, a la que dan sentido e interpelan: «No hay que oponer una catequesis que arranque de la vida a una catequesis tradicional, doctrinal y sistemática. La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática de la Revelación... mediante un "traditio" viva y activa, de generación en generación. Esta Revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio» (CT 22).

Es la dimensión dinámica de una Tradición vital que progresa lo que aquí está en juego.

Los documentos de Tradición viva de los cristianos tienen un puesto fundamental en el proceso catequético, pero éste no consiste en la mera asimilación memorística de aquéllos.

b) La adaptación del lenguaje al hombre de hoy

145. Dios continúa hablando (DV 8) al pueblo cristiano.

En esta actualidad de la comunicación de Dios se encierra todo el problema hermenéutico. El lenguaje propio de la fe hoy se dirige al hombre de hoy, que, por fuerza, ha

de salir a su encuentro desde el lenguaje de su propio mundo, de su propia experiencia. Lo

transmitido en la tradición verbal o escrita nunca se recibe de un modo pasivo y mecánico.

Lo recibe un sujeto activo que necesita comprender desde su propio horizonte cultural cuanto le viene dado.

Pero no se hace justicia a las exigencias hermenéuticas sustituyendo sin más un lenguaje por otro. La difícil tarea de la catequesis consiste justamente en hacer hablar hoy al

lenguaje de una tradición. Sólo en el interior de esta tradición lingüística y en relación vital

con ella puede actualizarse el lenguaje de la tradición.

Página 43/107

Esta relación vital con los «documentos de la fe» es esencial para el progreso de la Tradición y para que el pueblo de Dios pueda reformular la fe de una manera más significativa para él:

«Es propio de todo el pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de

nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la verdad revelada

pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada» (GS 44).

La creatividad lingüística en la catequesis

146. Este admirable texto del Concilio es un llamamiento a desarrollar toda la mejor creatividad del pueblo de Dios en la comprensión, vivencia y formulación de la fe. La

catequesis es un lugar privilegiado en el que esta dinámica de la Tradición puede ejercerse.

Considerar al grupo catecumenal sólo como asimilador, sin hacer de él un vehículo creativo

para expresar la fe de la Iglesia, sería no haber entendido nada de lo que es la Tradición cristiana.

«Los Pastores de la Iglesia no sólo proclaman y explican directamente al pueblo de Dios

el depósito de la fe a ellos confiado, sino que discernen con autoridad las expresiones y

explicaciones que los fieles buscan y proponen, de tal manera que Prelados y fieles colaboran estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida» (DCG 13).

147. Por eso, nuestra intención, al insistir en una catequesis como «transmisión de los documentos de la fe», se dirige a que la acción catequética sea un cauce de renovación en

la expresión de la fe de la Iglesia. Lejos de oponer una catequesis que arranque de la experiencia a una catequesis sistemática —dicotomía en que muchas veces se ve sumido el

movimiento catequético entre nosotros—, de lo que se trata es de integrar, lo más plenamente posible, la experiencia humana en la comprensión, vivencia y reformulación de

los grandes documentos en los que la Iglesia expresa su fe. «La experiencia puede favorecer la inteligibilidad del mensaje cristiano..., ya que sirve para explorar y asimilar las

verdades contenidas en el depósito de la Revelación» (DCG 74).

«Los catequizandos, sobre todo cuando son adultos, pueden contribuir activamente al desarrollo de la catequesis. Por eso, pregúnteseles cómo han entendido el mensaje cristiano

y de qué manera podrían expresarlo con sus propias palabras. Compárese luego el resultado de esa búsqueda y reténgase sólo lo que es conforme a la fe» (DCG 75).

Toca al Magisterio, custodio de la Tradición viva, el crear cauces y el discernir los resultados de esa creatividad lingüística, en la que los teólogos tienen una función peculiar.

Materiales catequéticos y lenguaje de la fe

148. Dentro de la gran variedad de materiales catequéticos que circulan entre nosotros,

son particularmente adecuados —en la línea de lo que estamos diciendo— aquellos que,

dentro de una pedagogía inductiva, hacen que el grupo catequético se confronte directamente con los grandes textos de la fe (pasajes evangélicos, salmos, formulaciones

conciliares...). La experiencia muestra la riqueza que implica esta confrontación. Este dejarse interpelar por la «cosa» misma de la fe, presente en el texto, es un manantial seguro

de vivencia cristiana, de inteligencia del mensaje, de celebración gozosa y de compromiso misionero.

Página 44/107

149. Es muy importante que este lenguaje básico de la fe de la Iglesia, con el que el grupo va a confrontar su propia experiencia cristiana, recoja todas las formas del lenguaje

de la Biblia y de la Tradición, sin reducirlas a una sola forma: el relato de los acontecimientos salvadores, la confesión de fe, la doxología, el himno, la bendición, la

acción de gracias, la súplica, la promesa, el mandamiento y la exhortación, las fórmulas de alianza, las proposiciones asertivas que describen o definen conceptos y realidades de la fe... Este «material» habría de seleccionarse y articularse desde el conocimiento de la función de cada forma, de su complementariedad e interdependencia mutua dentro del lenguaje cristiano.

150. Pero unos materiales catequéticos no pueden contentarse con seleccionar y articular sin más los llamados «documentos de fe». Habrán de hacerlos accesibles, en una síntesis, al hombre de hoy. La preocupación predominante de esta síntesis habrá de ser que

su lenguaje deje hablar a la «cosa» misma de la fe. Todo material catequético, en efecto,

desde las claves hermenéuticas del Vaticano II y con la determinación que exige su lenguaje

a unos acontecimientos y a una tradición lingüística muy definida, protegerá la plenitud del

misterio de Dios y su cumplimiento escatológico.

El lenguaje audiovisual

151. En nuestros días, el lenguaje audiovisual ha adquirido un puesto muy relevante en

el ámbito de la cultura. Aunque hoy este fenómeno tiene características propias, hay que

reconocer que no constituye algo absolutamente nuevo. En la historia de la catequesis, la

imagen tuvo siempre —de un modo u otro— un lugar destacado, mediante manifestaciones

pictóricas, escultóricas, musicales, que siguen formando parte hoy del patrimonio no sólo

cultural, sino religioso de la Iglesia. En la actualidad, nos encontramos con formas nuevas

de este lenguaje que la catequesis debe hacer suyas.

Los efectos que lo audiovisual provoca en el hombre y la sociedad contemporáneos (en

el plano de valores, comportamientos, estilos de vida, opiniones, etc.) motivan que nuestra

cultura haya sido calificada como «civilización de la imagen» (ver EN 42). La Iglesia, en su

labor catequizadora, no puede ignorar este fenómeno.

Es urgente la traducción actual del mensaje cristiano de salvación al lenguaje audiovisual de los hombres de nuestro tiempo {ver CT, 40; ver también nn. 17,46 y 59}.

El lenguaje audiovisual —en el contexto catequético— es eminentemente grupal: se trata de un «lenguaje total» que, por su misma naturaleza, implica la expresividad del grupo

en sus manifestaciones integrales, sin que se reduzca, por tanto, a la pura y simple comunicación racional. Este carácter grupal y total está en consonancia con la condición

comunitaria de la Iglesia y también con el ser del hombre al que la fe ha de interpelar en la

totalidad de las dimensiones de su personalidad.

El lenguaje audiovisual tiene su fundamento teológico en la pedagogía de Dios que, por

una parte, se nos reveló en Jesús, imagen suya (ver 2 Cor 4,4; Col 1,15) y, por otra parte,

nos dio a conocer en Jesús su Palabra definitiva hecha carne (ver Jn 1,14).

Página 45/107

IV. IDENTIDAD CRISTIANA E INICIACIÓN ECLESIAL EN LA FE

INTRODUCCIÓN

152. La catequesis, hoy como siempre, trata de asegurar la identidad del cristiano. En los tiempos que vivimos, tiempos de incertidumbres, la catequesis procura, especialmente,

afirmar en los creyentes su propia identidad y ayudarles a vivir su fe en un mundo difícil:

«Vivimos en un mundo difícil, donde la angustia de ver que las mejores realizaciones del hombre se le escapan y se vuelven contra él, crea un clima de incertidumbre. Es en este

mundo donde la catequesis debe ayudar a los cristianos a ser, para su gozo y para el servicio de todos, luz y sal. Ello exige que la catequesis les dé firmeza en su propia identidad y que se sobreponga sin cesar a las vacilaciones, incertidumbres y desazones del

ambiente» (CT 56).

Abordaremos ahora algunas cuestiones relativas a la identidad cristiana:

— En primer lugar, los fenómenos más característicos de la cultura contemporánea que

están afectando a la identidad de los cristianos.

— A continuación, recordaremos el fundamento radical de la identidad cristiana, el don de Dios.

— En un tercer momento, se resumen los principales elementos de la profesión de fe, en la que el cristiano expresa la razón de su esperanza y la raíz de su existir.

— Por último, se pone de relieve que el cristiano vive y afirma su identidad en una comunidad, la Iglesia.

1. EL CRISTIANO, EN MEDIO DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA, SE HALLA AFECTADO EN SU PROPIA IDENTIDAD

153. La exhortación apostólica «Catechesi tradendae» trata expresamente el tema de la identidad del cristiano contemplándolo en el contexto de «la situación del hombre en el

mundo contemporáneo» (ver cap. VIII),

Dentro de esas mismas coordenadas, deseamos enmarcar aquí las cuestiones referentes a la identidad cristiana. Estamos convencidos de que muchos de los actuales

fenómenos sociales, tendencias de pensamiento, realizaciones humanas, escalas de valores y pautas de conducta que, hablando en general, presenta la cultura de hoy afectan a

la identidad de los creyentes en Cristo, enturbiándola en sus contornos.

Nuestra catequesis ha de hacerse cargo de esta realidad y procurar que los catequizandos se consoliden en la vocación recibida en el Bautismo para que puedan afrontar con la mayor lucidez posible las circunstancias concretas y los retos de la cultura

contemporánea.

154. No pretendemos hacer aquí un análisis exhaustivo de estos fenómenos culturales.

Pero sí queremos destacar aquellos que parecen incidir de modo más determinante en la

existencia de los cristianos. Para situar mejor nuestras reflexiones, queremos afirmar desde

el principio que nuestra crítica de la cultura actual no ignora sus muchos factores positivos

en toda su significación e importancia.

En esa línea, habría que señalar, por ejemplo, el extraordinario poder que el hombre moderno ha conseguido sobre el mundo material; el mayor dominio sobre el tiempo, manifestado en los progresos de las técnicas prospectivas y los métodos de planificación; la

Página 46/107

preocupación efectiva por los problemas del desarrollo de los pueblos y los esfuerzos en

favor de la paz; la búsqueda constante del sentido de la vida, particularmente entre los jóvenes; y, sobre todo, una conciencia cada vez más viva de la libertad personal y de la

dignidad del hombre.

No obstante, el mundo de hoy ofrece fenómenos culturales ambiguos que el cristiano debe discernir, a la luz de la fe, procurando ser muy lúcido para detectar aquellos aspectos

de la cultura actual que pueden poner en peligro su identidad.

155. Pensamos, en primer lugar, que los cambios profundos y acelerados de nuestro tiempo gravitan en gran medida sobre los modos de pensar y los comportamientos de la

humanidad presente. La experiencia del rápido giro de la historia está acentuando un fenómeno que tiene sus raíces en la modernidad: la pérdida de las referencias del hombre al

pasado y al futuro.

El hombre contemporáneo tiende a perder la memoria del pasado, a menospreciarla y a

sentirse, por ello, desarraigado de toda tradición heredada.

Su reacción ante el futuro es ambigua. Se siente seguro ante él, porque piensa que puede planificarlo y configurarlo desde la ciencia y la técnica. Pero este futuro calculable y

planificable no es, en realidad, su verdadero futuro: el futuro en cuanto destino del hombre

libre, el futuro de la libertad humana. Ante este verdadero futuro —el que concierne al hombre en cuanto hombre—, seguimos angustiados con la misma angustia de siempre,

incluso agudizada porque las poderosas invenciones humanas lo hacen, cada vez, más

incierto e imprevisible.

Por ello, el hombre de hoy se instala en el momento presente, acepta su provisionalidad, se conforma con atender a las necesidades más acuciantes a corto plazo y

a los fines más inmediatos, y busca cómo sacar el mayor partido posible del goce momentáneo.

Sin arraigo en el pasado y temeroso por el futuro, el hombre contemporáneo teme comprometerse y arriesgarse, no aprecia la fidelidad como valor fundamental de la vida y

rehúye las responsabilidades.

El cristiano, para el cual es esencial el vincularse a unos acontecimientos del pasado y a

una Persona; vivir de una tradición, y comprometerse con fidelidad y entrega totales a un

futuro, queda claramente amenazado en su identidad por estas tendencias de la cultura

contemporánea.

156. El hombre de nuestro tiempo ha adquirido un poder valioso y admirable sobre el

mundo de las cosas y sobre la organización de la vida social. Pero, muy frecuentemente, termina por ser esclavo y víctima de las obras de sus manos y de las estructuras que se da a sí mismo. Le importa, ante todo, el «tener más» en detrimento del «ser más». Es patente cómo afecta este fenómeno a la identidad del cristiano para quien, según la lógica de la creación y de la encarnación, todas las cosas, instituciones y estructuras, están ordenadas al hombre. Además, el valorar meramente la eficacia en el campo de los medios hace muy difícil la comprensión y la aceptación de los valores de la gratuidad, de la contemplación y del respeto a la persona, que son esenciales a la fe cristiana. 157. En conexión con las características de la actual cultura que acabamos de exponer, encontramos muy amenazada la libertad del hombre, o sea, la auténtica idea y experiencia de la libertad. Esta se concibe hoy con frecuencia no como la capacidad responsable para la

Página 47/107

creación de un mundo más humano, sino como la pura y vacía liberación de cualquier atadura, como la auto-afirmación del propio yo egoísta, sin solidaridad con los demás hombres, sin empeño alguno con cualquier causa que trascienda el interés inmediato.

158. El hombre de hoy cree muchas veces que no son posibles ni tienen sentido las decisiones humanas irrevocables ante el futuro. Algunos juzgan que tales decisiones impiden o hacen difícil una vida humana auténtica, al cerrar el paso al juego libre de otras

futuras posibles decisiones y cancelar una reanudación constante de la existencia.

Aunque,

para la mayor parte, el no aceptar decisiones irrevocables se debe al hecho de que consideran que toda situación ha de ser valorada conforme a los intereses del momento. De

aquí nace el continuo sometimiento a crítica de los valores y objetivos de la vida humana y

el análisis inacabable de los mismos, porque se piensa que no hay nada definitivo, desde lo

que pueda vivir el hombre.

A esto se añade la convicción de que es el individuo quien únicamente va dando, en cada instante, sentido a su propia vida, a su acción y a las cosas. Expresiones como «esto

no me dice nada» o «lo importante es lo que yo pienso de la realidad» son síntomas de que

se estima, con frecuencia, que el destino personal se forja únicamente a partir de iniciativas

y proyectos que brotan, en cada caso, de los sentimientos e impulsos del «individuo».

También aquí es patente cómo estas características de la cultura contemporánea ponen

en riesgo y afectan a la identidad de los cristianos, para quienes es fundamental su vinculación definitiva e irrevocable con Cristo, con sus hermanos y con la causa del hombre,

así como el pensar y vivir —todo lo libre que se quiera— desde la palabra de Dios, desde su

juicio y su gracia: esta vinculación implica el reconocimiento de unos valores absolutos, que

de ella se desprenden.

2. EL DON DE LA IDENTIDAD CRISTIANA

159. La Iglesia, fiel a su misión, no puede dejar de transmitir su mensaje —heredado de la predicación apostólica— al mundo contemporáneo, aunque algunos de los rasgos de la cultura de éste entren en colisión con lo más fundamental de la fe cristiana. Por ello, teniendo en cuenta que los creyentes son hombres de su tiempo, la Iglesia se esfuerza por descubrir el modo de comunicar hoy sus convicciones acerca del hombre nuevo, que es el cristiano, ejerciendo un discernimiento para darle a su palabra y acción una presencia actual y viva desde la originalidad de su fe y desde los elementos válidos de la cultura contemporánea. Esta es la tarea más urgente y primordial de la Iglesia en este momento, de la que depende también la renovación de la catequesis. Esta tarea no sólo es una contribución de la Iglesia a asegurar la identidad del cristiano, sino, asimismo, una contribución extremadamente valiosa a salvar la identidad del hombre actual, tan gravemente amenazada. La Iglesia, en efecto, está persuadida de que, al afianzar a los creyentes en su verdadera identidad, los capacita también para que, ante el mundo, testimonien su vocación, ayudando así a que los demás hombres, sus hermanos, descubran el sentido de su existencia, ya que la «suerte» de todo hombre, es decir, «la elección, la llamada, el nacimiento, la muerte, la salvación o perdición, están estrecha e indisolublemente unidas a Cristo» (RH 14).

La Iglesia tiene que sentirse urgida a decir hoy a los cristianos que su identidad no es únicamente el resultado de una opción personal ni de una serie de decisiones discontinuas

Página 48/107

tomadas a lo largo de la vida, sino el fruto, sobre todo, del don de Dios que configura al hombre de un modo nuevo.

160. La identidad cristiana tiene su origen en la gracia del Bautismo, que echa los cimientos de una nueva existencia. Es de suma importancia recordar este dato de nuestra profesión de fe, porque las difusas apreciaciones culturales sobre la libertad del hombre, a las que acabamos de aludir, se reflejan hoy también en el ámbito eclesial. En nuestras comunidades, en efecto, se pueden observar indecisiones sintomáticas en relación con los sacramentos de iniciación. Algunas veces, por ejemplo, el sacramento de la Confirmación se concibe como una especie de «re-bautismo», reduciéndolo a una pura y simple ratificación «personal» de la fe bautismal (7). Este fenómeno es signo de que, en esos casos, no se ha percibido correctamente que la identidad cristiana se origina de una vez por siempre en el Bautismo.

En un contexto similar, habría que considerar las dudas, surgidas aquí y allá, acerca de la legitimidad del Bautismo de los niños. Bajo estas vacilaciones, está latente un malentendido sobre la iniciativa gratuita de ese Bautismo y su relación con el papel que le

corresponde a la libertad humana en el proceso de la salvación, lo cual explica que se dé

hoy una cierta depreciación de esa praxis secularmente vigente en la Iglesia.

El Bautismo celebrado en la Iglesia es un nuevo nacimiento, una nueva creación en Cristo (ver Ef 2,10). No nacemos cristianos. Es Dios quien hace a los hombres cristianos

dándoles, por la fe y el Bautismo, la gracia de un nuevo origen. El bautizado queda insertado

en el plan salvador de Dios en Cristo; al nacer de nuevo del agua y del Espíritu (ver Jn 3,5),

queda orientado a seguir un itinerario vital que, de suyo, es opuesto a cualquier proceso de

retorno o «vuelta atrás». La trayectoria existencial iniciada en el Bautismo, no puede volver a

originarse una y otra vez, aunque puede y debe restaurarse y recrearse a través de una

constante conversión.

El fundamento de esa irrevocabilidad de la vida cristiana es Cristo, Jesús murió y resucitó una vez por todos los hombres (ver Hb 9,28). Los que, en el Bautismo, fueron «iluminados» y participaron del Espíritu Santo una vez por todas (ver Hb 6,4) entran en comunión con el destino definitivo de Jesús.

Y, por fin, la razón última de la irreversibilidad de la existencia cristiana es el gran amor con que Dios nos amó adelantándose a toda iniciativa nuestra (ver Ef 2,4; 1 Jn 4,19): sus

dones y su llamada son verdaderamente irrevocables (ver Rom 11,29).

161. Este mensaje puede inquietar hoy día a muchos por pensar que implica un condicionamiento del ejercicio de la libertad personal. ¿Cómo ha de poder un hombre jugarse a una sola carta toda su existencia, sometiéndola a las exigencias que derivan de un

único acontecimiento, por muy significativo y salvador que ese acontecimiento le resulte?

No hay duda de que el meollo de la fe cristiana, es decir, que la salvación está vinculada —en último término— a una iniciativa gratuita y definitiva de Dios, constituye un

verdadero escándalo muy particularmente para el mundo contemporáneo. Este escándalo

sólo puede ser aceptado y superado por la fe. Ahora bien, es necesario no añadir a este

«escándalo de la Cruz» (ver Gál 5,11; 1 Cor 1,23), «escándalos humanos», ajenos al mensaje de Cristo. Por ejemplo, en nuestro caso, el dar una idea falsa de la gratuidad del

Bautismo, como si la intervención salvadora de Dios anulase la libertad del hombre.

El adulto creyente, al ser bautizado, recibe libremente por una opción personal el don de

Dios. Para que el hombre sea acogido en la comunión de la vida divina, ha de prestar a Dios

la obediencia de la fe (ver DV 5), ofreciéndole el obsequio de todo su ser, corazón y

conciencia, mente y voluntad (ver GS 3). La acción gratuita de Dios no sólo no anula el ejercicio de la libertad, sino que la supone y exige. El Bautismo implica, pues, la opción libre

del creyente por la que acepta el don de Dios y se compromete a seguir a Jesucristo.

El

Bautismo se hace cargo de esa opción; la consagra y la exige como punto de partida de un

de un

nuevo estilo de vivir que, en el futuro, fructificará en las buenas obras a las que Dios Padre nos predestinó. El creyente, por la misma dinámica interna del Bautismo, está llamado a perfeccionarse y transformarse de manera cada vez más irradiante (ver 2 Cor 3,18) y se irá afianzando, con una libertad cada vez más purificada y madura, en la vocación y elección recibidas (ver 2 Pe 1,10) (8).

162. Tenemos la firme persuasión de que el hombre contemporáneo podrá salir de la profunda crisis humana en que se encuentra si acepta el enraizarse en algo definitivo, capaz de liberar su libertad. De este modo, podrá ponerse en camino para desligarse de las esclavitudes a que le sujetan la fascinación fugaz del momento presente y una concepción, ilusoria y vacía, de la libertad.

163. En suma, una catequesis que no recalque en toda su fuerza el carácter gratuito de la iniciativa de Dios, la libertad de la respuesta del hombre, la vinculación definitiva del bautizado a Cristo y a su seguimiento no es una catequesis que respete, afiance y desarrolle la verdadera interpretación de la identidad cristiana.

3. LA CONFESIÓN DE FE, EXPRESIÓN DE LA IDENTIDAD CRISTIANA

164. La catequesis, para educar al catecúmeno en el sentido de la nueva existencia, recibida en el Bautismo, lo inicia en la profesión de la fe cristiana, en la que se expresa la razón de su esperanza y la raíz de su existir.

Cuando la acción catequética entrega el Símbolo de la fe —que es la señal de reconocimiento de los cristianos y expresión de sus «señas» de identidad—, entrega a los creyentes certezas sencillas, pero sólidas, que son fundamentales para que puedan vivir cristianamente con la claridad necesaria y puedan confiar su vida entera a Dios con libertad.

La vida de fe no es un continuo salto en la oscuridad ni es una búsqueda sin término, ni es tampoco una adhesión fideísta a unas «creencias».

165. Sin duda, el acto de fe, manifestado en la palabra inicial de su profesión: «Creo...», implica creer de una manera absoluta, incondicionada, definitiva. Se funda en un testimonio; pero ese testimonio es peculiar, único: es el testimonio de Dios. El cristiano cree

de manera que el mismo fondo de su ser se compromete en la entrega libre al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. La fe es amén de Dios (ver 2 Cor 1,20). Esta actitud dice relación a realidades misteriosas, porque, en último término, es la adhesión al Dios vivo que habita en una luz inaccesible (ver 1 Tim 6,16). Sólo a Dios —el Ser personal y trascendente,

fuentes de todo lo que existe y vive— se puede rendir tal homenaje. Ningún hombre puede

prestar tal adhesión a alguien que no sea Dios, sin abdicar de su dignidad. En este contexto,

el acto de fe se nos muestra también como un acontecimiento de libertad suprema: no sólo

no ahoga, sino que potencia la libertad humana. Cuando la catequesis inicia al catequizando en la confesión lúcida y libre de su fe, lo sitúa sobre la roca inamovible de la Palabra de

Dios, que ni se engaña ni puede engañar (ver CT 60).

166. Pero el creyente no puede reducirse a adherirse a Dios (*fides qua*) de una manera vaga e imprecisa. Una fe que renunciara a expresarse distinta y exactamente se vería condenada a permanecer indecisa e incluso inconsistente. El hombre ha de expresar y formular las convicciones que vertebran su existencia. La obediencia de la fe de que habla

San Pablo (ver Rom 16,26) no es posible sin una verdadera adhesión intelectual al objeto de

Página 50/107

la fe (*fides quae*). La inteligencia y formulación de la fe preserva la realidad del misterio salvador de Dios en Cristo.

Ahora bien, la fe no es un arcano propio de cada uno: ha de ser el vínculo vivo y cálido de la comunión fraterna, porque es propio de la fe cristiana ser recibida y vivida en la Iglesia.

Por ello, la obediencia de todo corazón al Dios que se revela ha de traducirse en fórmulas

comunicables, en una «regla de doctrina» (ver Rom 6,17), que es lugar de convergencia de

la unidad de los cristianos en el amor a su Señor.

167. Es la Iglesia la que nos entrega la fe que hemos de creer. Ella sigue predicándonos, a través de los siglos, lo que recibió de los Apóstoles.

El núcleo de la predicación apostólica lo expresa así San Pablo: «Os recuerdo ahora, hermanos, el Evangelio que os proclamé y que vosotros aceptasteis, y en el que estáis fundados, y que os está salvando, si es que conserváis el Evangelio que os proclamé; de lo

contrario, se ha malogrado vuestra adhesión a la fe, porque lo primero que yo os transmití,

tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le

apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto; después se le

apareció a Santiago, después a todos los Apóstoles; por último, como a un aborto, se me

apareció también a mí... Pues bien; tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es

lo que habéis creído» (1 Cor 15,1-8.11).

168. La Iglesia sigue proclamando hoy esta sustancia viva del Evangelio, que le ha sido

entregada. «Una expresión privilegiada de la herencia viva que ellos (los pastores de la

Iglesia) han recibido en custodia, se encuentra en el Credo o, más concretamente, en los

Símbolos que, en momentos cruciales, recogieron en síntesis felices de la fe de la Iglesia»

(CT 28). Una fórmula señalada de estos Símbolos es el llamado «Símbolo Apostólico», desarrollo sencillo de la profesión de fe bautismal, donde se funda la identidad del cristiano

(9).

169. Al transmitirnos la Iglesia el anuncio apostólico, a través de sus profesiones de fe,

marca en ese anuncio los acentos y desarrolla en él los elementos que exigen las circunstancias históricas en las que, en cada momento, ella evangeliza, conservando siempre «un contenido esencial, una sustancia viva, que no se puede modificar ni pasar por

alto sin desnaturalizar gravemente la evangelización misma» (EN 25).

Al servicio de la exposición o explicación de la fe cristiana, permítasenos recordar aquí

algunos de estos acentos y elementos que, desde nuestra responsabilidad episcopal, nos

parecen necesarios hoy para salvaguardar la identidad de la catequesis.

Jesús de Nazaret es el Cristo, el Hijo de Dios vivo

170. Cristo, fundamento de la identidad del bautizado, ocupa el centro de la confesión de fe.

El cristiano expresa su identidad confesando, con sus palabras y con su vida, que Jesús

de Nazaret, el Hijo de Dios vivo, es el don del amor de Dios para la salvación del mundo.

Ser cristiano vale tanto como aceptar la Persona de Cristo, como Hijo de Dios y Salvador. Todo cuanto la fe hace conocer y vivir, se orienta a Jesús como a su centro.

En

Jesús se ha hecho visible el Dios invisible y Él es el acceso ineludible, a través del cual el

Página 51/107

hombre se acoge al amor del Padre. Ser cristiano vale tanto como aceptar la Persona de

Cristo y decidirse a seguirlo.

La experiencia religiosa de Jesús, sus relaciones únicas e irreproducibles con Dios, se han convertido en fuente de toda experiencia religiosa. El cristiano se comprende y vive

como hijo de Dios en la medida en que sigue las huellas de Jesús y se identifica con Él.

Jesús, el Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, al hacerse hombre, se hizo verdaderamente uno de los nuestros y, en cierto sentido, se ha unido en estrecha comunión

con todos y cada uno de los hombres (ver GS 22). Jesús de Nazaret es el paradigma de

todo hombre, el Hombre Nuevo proyectado por Dios. La trayectoria de su vida es pauta de

conducta y causa de salvación.

Jesús es el principio de la grandeza del ser personal del hombre; quien posibilita vivir la

existencia con dignidad y ponerla a disposición de todos; quien avala las realizaciones del

hombre y sus aportaciones al servicio de la humanidad; quien habilita para enfrentarse con

el futuro, empeñándose en construir la «utopía» de un mundo nuevo.

171. La teología y catequesis recientes han subrayado de modo especial la verdadera humanidad de Jesús, el Hijo de Dios. Es mérito suyo haber tratado de comprender la personalidad, el mensaje, la acción, la muerte de Jesús desde su entorno histórico.

Esta

aportación es decisiva e irrenunciable para un entendimiento auténtico de la Persona de

Jesús y su puesto único en la revelación de Dios. Sin embargo, al subrayar la condición

humana e histórica de Jesús, se oscurece, en ocasiones, su ser de Hijo de Dios, «de la misma naturaleza que el Padre». Se elude la confesión clara de la pre-existencia de Jesús como Hijo eterno de Dios o la de su concepción virginal, signo de la acción del Espíritu en el comienzo de la humanidad nueva. Dios se ha dado al hombre de una manera total y última, no a través de un puro hombre, sino a través de su Hijo único. Esto no es el fruto de una especulación ligada a una metafísica del pasado: la Iglesia, desde sus orígenes, ha leído esta fe en la naturaleza específica de la salvación traída por Jesús de Nazaret.

Jesús fue crucificado, murió por nuestros pecados y fue sepultado

172. Los hombres condenaron a muerte a Jesús. Sus pretensiones de disponer del perdón de Dios; de colocarse en el lugar de Dios al exigir que los hombres le siguiesen con

entrega total; de acercar los hombres a Dios, su Padre, borrando en ellos las discriminaciones, fundadas en el viejo orden religioso del mundo: todas estas pretensiones

le hicieron sospechoso de impostura y blasfemia.

El Padre entregó a la muerte a su Hijo, Jesús, por nuestros pecados (ver Rom 4,25).

La

fe cristiana reconoce en el hecho de la muerte de Cristo el comienzo del giro decisivo de las

relaciones de Dios y el hombre: el tiempo del perdón. Más allá del drama humano de la

condena de Jesús, «Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, sin pedirle cuenta de sus pecados» (2 Cor 5,19).

Jesús murió también por su fidelidad al mensaje del Reino de Dios que proclamó durante su vida. Llevado, por último, de su amor a todos los hombres, Jesús dio libremente

la vida por sus hermanos y amigos: nadie se la quitó a la fuerza (ver Jn 10,1-18). Por su

muerte de cruz, Jesús es el Salvador de todos los hombres, con quienes se solidarizó en la

muerte, cargando con la maldición del pecado (ver Jn 4,42; Rom 8,2-3; Gál 3,13; 2 Cor 5,21).

Página 52/107

Dios Padre resucitó a Jesús

173. La resurrección de Jesús aconteció en el silencio de Dios: nadie más que Dios fue

«espectador» de ese acontecimiento.

Este suceso real ha entrado en nuestra historia. La tumba vacía y las apariciones del Resucitado a los testigos que Dios había elegido (ver Hch 10,41), conjuntamente con el

cambio radical de los Apóstoles, son huellas que la historia no puede ignorar.

Los Apóstoles, iluminados por el Espíritu, dieron testimonio de que, por el poder de Dios, el Crucificado había sido liberado de los lazos de la muerte y del sepulcro. En la mañana de Pentecostés, Pedro, primer testigo de la resurrección (ver Lc 24,12; Jn 20,3-10),

proclamó ante los pueblos esa Buena Noticia: «Al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías... Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu

Santo» (Hch 2,36.38).

La afirmación de la resurrección de Jesús de entre los muertos es el fundamento de nuestra fe: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo

mismo» (1 Cor 15,14). Jesús es el primero de los resucitados, el Nuevo Adán, vigor, fuerza

tenaz, origen, norma y meta del mundo nuevo de la resurrección que aguardamos.

174. También en esta materia se ha experimentado un fuerte cambio: la teología y la catequesis de las últimas décadas han insistido en la exposición de las causas históricas del

proceso y muerte de Jesús. Creemos que esta aportación es ineludible para una genuina

transmisión de la fe cristiana. Porque el inculcar la historicidad de estos hechos asegura que

el Hijo de Dios ha entrado de veras en nuestra historia de violencia y de injusticia: Dios lo

entregó de veras a un mundo como el nuestro. A través de estos hechos y sufrimientos de

Jesús (*acta el passa Christi*), nos hacemos más conscientes de que los poderes humanos,

autosuficientes, son hostiles al Reino de Dios, que es también la causa del hombre.

Comprendemos así la naturaleza del Reino de Dios anunciado por Jesús, al percibir su oposición a los presupuestos ideológicos sobre Dios, lo religioso y la misma existencia humana de quienes condenaron a Jesús. Y, además, ese recuerdo del Jesús histórico nos

muestra mejor la solidaridad por la que Él optó en favor de los hombres discriminados y

miserables.

175. No obstante, el destacar estos aspectos ha llevado consigo, a veces, a dejar en la penumbra la dimensión originariamente teológica de la muerte de Cristo por nuestros pecados. Es preciso afirmar que Jesús no es sólo un ejemplo de vida para los hombres. Su

muerte no es sólo la suprema manifestación de su solidaridad con los hombres pecadores y

marginados de la sociedad civil y religiosa. Pues Dios mismo, el Padre justo, santo y misericordioso, ha condenado el pecado en la muerte de Cristo Jesús y, en ella, nos ha

ofrecido el perdón y la salvación.

176. En la renovación contemporánea de la catequesis, se ha logrado una decisiva recuperación del tema de la resurrección de Jesús que ha vuelto a ocupar el lugar central de

la presentación del mensaje cristiano. La resurrección de Cristo ya no es sólo el milagro

extraordinario que prueba plenamente la verdad del cristianismo. Es esta recuperación teológica y catequética uno de los grandes bienes aportados por el Concilio Vaticano II que

jamás podrán perder la predicación, la enseñanza y la piedad cristianas. Nos guardaremos

de expresar, sin embargo, la resurrección de Jesús como una pura experiencia subjetiva de

los Apóstoles que ha de ser reproducida por el creyente; o como la simple irrupción del Espíritu del Cristo vivo —sin referencia a su corporeidad glorificada— en la

aprehensión

Página 53/107

colectiva del Colegio Apostólico y de la comunidad, o como un puro símbolo de la nueva

vida en el amor cristiano, o como señal de que la causa de Jesús sigue viva.

El Dios y Padre de Jesucristo

177. Jesús, a través de su vida humana, nos ha revelado al Padre y, a la vez, al revelar

al Padre, se ha mostrado Él como su Hijo único. Jesús ha asociado al cristiano a su condición filial, dándole la gracia de poder llamar a Dios «Abbá, Padre», como lo hizo Jesús

(ver Rom 8,15; Gál 4,6; Mc 14,36).

El mensaje de la paternidad de Dios abre ante el cristiano las posibilidades de:

— vivir ante Dios en actitud de infancia espiritual: «Os aseguro que el que no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Mc 10,15);

— superar la angustia ante el futuro incierto, apoyado en el cuidado de Dios: «no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio» (Mt 6,34);

— realizar una auténtica fraternidad universal y, con ello, tratar de hacer real una humanidad en la que Dios pueda ser invocado de verdad, y no sólo de palabra, como Padre de todos: «todos vosotros sois hermanos... uno solo es vuestro Padre, el del cielo» (Mt 23,8-9);

— asumir, con Dios Padre, un respeto y atención hacia la vida, especialmente por la vida del hombre —aun aquella que nos es hostil, la de nuestros enemigos (ver Mt 5,44; Lc 6,27.35)—, sin verla nunca como un peligro del que haya que defenderse, sino como una bendición de Dios.

178. Los rasgos más «originales» del Dios con quien Jesús se relaciona como el Hijo y con quien es «una sola cosa» (Jn 10,30), se abren paso a través de la conducta del Hijo del

hombre: detrás de su presencia y de su hacer descubrimos quién y cómo es Dios. Ver a

Jesús es ver al Padre (ver Jn 14,9). Jesús, con sus gestos y palabras, con toda su vida, con

su muerte y resurrección y con el envío del Espíritu de verdad (ver DV 4), nos ha hecho

próximo al Dios oculto y nos ha hecho transparente su intimidad:

□ La conducta de Jesús con los pecadores nos descubre que Dios es el «amor fontal» (ver AG 2), «rico en misericordia» (Ef 2,4), acogedor del hombre indigno de Él: el Dios de Jesús se nos revela bíblicamente, mediante categorías antropomórficas, reuniendo en sí caracteres paternos (masculinos) y maternos (femeninos), que quieren ser la expresión de un amor fiel y entrañable (ver D in M, nota 52).

□ Las actitudes de «no violencia» de Jesús nos conducen hasta un Dios cuyo poder no se complace en la dominación y opresión del «otro». La omnipotencia de Dios se muestra consolidando la debilidad del que confía en Él como en su roca y baluarte (ver Sal 18,3). El Dios fuerte se manifiesta venciendo el mal a fuerza de bien (ver Rom 12,17.21).

□ El acercamiento de Jesús a los marginados y excluidos de la sociedad es la transparencia del Padre que no sólo no hace acepción de personas, sino que muestra su justicia «amando más a los débiles», a los que nada poseen que los haga estimables a los ojos de los que «se valen por sí mismos».

Página 54/107

□ La entrega de Jesús en obediencia al Padre, en cuyas manos pone su suerte final, porque Dios puede salvarlo de la muerte (ver Hb 5,7), manifiesta al Dios escondido (ver Is 45,15) que entrega a su Hijo a la oscura realidad de la muerte de cruz para otorgarnos en Él la Vida. Al aceptar voluntariamente la muerte, Jesús no es sólo el prototipo de la actitud creyente, sino la oblación, agradable al Padre, que manifiesta la santidad y, al mismo tiempo, la justicia salvadora de Dios.

□ El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo es el único Creador y Salvador, es «el

Padre, Señor del cielo y de la tierra» (ver Mt 11,25), el que puede salvar cuando al hombre se le cierran todos los caminos y se pregunta: «¿Quién se podrá salvar?» (Mc 10, 26-27). Dios, principio y fin de todo lo existente (ver Ap 1,8), no cede su gloria a los ídolos (ver Is 42,8). La conversión al Dios vivo exige no llamar nunca más a la obra de nuestras manos «dioses nuestros» (ver Os 14,3) y cumplir el primero de todos los mandamientos: «amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc 12,29; ver Dt 6,4-5). Amar a Dios sobre todas las cosas supone confesar que el Dios revelado por Jesús no tiene rival, reclama al hombre entero y, por consiguiente, la renuncia de éste a la injusticia, a la violencia, a la absolutización «farisaica» de la Ley, a la frivolidad necia, a las «ideologías» autosuficientes, a la religiosidad vacía y puramente ritual...

179. Tratar seria y adecuadamente el tema de Dios es algo fundamental en nuestra catequesis. No es auténticamente cristiana una catequesis que comunique sólo palabras

sobre Dios como sobre «algo» que sólo está en el horizonte de la vida humana. Tanto en la

predicación como en la catequesis, Dios debe aparecer siempre como Dios, en el centro de

la existencia humana: como el sujeto que, con su juicio y su amor, interviene decisivamente

en ella. La educación en la fe de los creyentes exige, por su misma naturaleza, que se les

transmita fielmente lo que Dios nos ha dicho de Sí mismo, sobre todo al hablarnos en su

Hijo (ver Rom 1,20-23; Hb 1,1). En los últimos años, se han dado, a veces, catequesis aparentemente «cristocéntricas», pero que no lo eran en realidad, porque, al reducir a Jesús

a una personalidad religiosa genial, no han profesado que Cristo es la vía que conduce al

necesario «teocentrismo» cristiano: Jesús de Nazaret es el trámite ineludible para llegar al

misterio de Dios vivo: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El hombre que se nos revela en Jesús

180. Jesús, el Hombre Nuevo, nos revela en sí mismo, lo que es el hombre: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado» (GS

22).

El hombre, al que Jesús se acerca es el hombre centrado y encerrado en sí mismo, incapaz de justificar su origen, su existencia y su destino a partir de sus propias fuerzas. Es

el hombre herido en su integridad desde sus orígenes que yace a la orilla del camino (ver

parábola del Buen Samaritano: Lc 10,29-37), la oveja errante sin pastor (ver Mc 6,34), el

ciego que mendiga al borde del itinerario de Jesús (ver curación de Bartimeo: Mc 10,46-52).

Jesús ofrece a este hombre la misericordia y el perdón del Padre, lo «erige», lo alza sobre

sus pies, lo introduce en el ritmo de su propio caminar, lo reintegra, lo «re-crea» en su integridad perdida (ver GS 13.22).

El cristiano se sabe recreado en Jesús y llamado, por la gracia salvadora, a actualizar la

verdadera libertad, cuyos frutos son las obras de la fe; «para esa libertad nos libertó Cristo»

(Gál 5,1). La libertad cristiana hace que el hombre salga de sí mismo, se abra a la

esperanza y reconozca que no hay en él parcela alguna que le pertenezca como propia: desconfiando de sus fuerzas, se entrega al amor acogedor de Dios, el Señor único, y **Página 55/107** reconoce que Dios es Dios, a quien todo lo creado ha de servir (ver Is 45,18.22-24). El hombre verdaderamente libre es el hombre convertido a Dios, que se esfuerza permanentemente por corresponder a su gracia. Al revelarnos lo que es el hombre, Jesús nos ha mostrado también el camino que hay que recorrer para alcanzar la plena realización humana. El cristiano lo acepta cuando confiesa su fe: «(Jesús) nos dio su mandamiento nuevo de que nos amáramos los unos a los otros como Él nos amó. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas evangélicas: a saber, ser pobres en espíritu y mansos, tolerar los dolores con paciencia, tener sed de justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, padecer persecución por la justicia» (PABLO VI, «Credo del Pueblo de Dios», 12). El camino de las Bienaventuranzas implica, para el creyente, vivir «las consecuencias sociales de las exigencias evangélicas» (CT 29). Este fundamento de la moral evangélica, fruto del don del Espíritu, supone una sabiduría nueva que lleva al creyente a hacer suyas las palabras del Salmista: «En el camino de tus mandamientos me recreo más que en todas las riquezas. Tu palabra es antorcha para mis pies y luz para mi sendero» (Sal 119,14.105). El cristiano, justificado y salvado en Jesús, por exigencia de su fe, vive la solidaridad fraterna en «la familia amada de Dios y de Cristo nuestro hermano» (GS 32), en el nuevo «pueblo mesiánico» que «tiene por destino la dignidad y la libertad de los hijos de Dios»; que tiene por «ley el mandato del amor», que «tiene como fin el Reino de Dios» (LG 9).

181. Toda presentación y comprensión de la fe cristiana, que no tenga en cuenta el estado del hombre caído y lo irremediable de este estado sin la intervención gratuita y amorosa de Dios, falsea la auténtica doctrina de fe acerca del hombre y, por tanto, contribuye a erosionar la identidad de nuestros cristianos. La catequesis, a veces, pone al hombre desnudo, exclusivamente ante los deberes y compromisos que ha de asumir respecto a Dios y a la causa del hombre —lo pone desnudo ante la Ley—, y desconoce la condición del hombre salvado que, objeto del amor de Dios (ver Rom 8,31s), posee ya las primicias del Espíritu. También se olvida que la salvación de Dios no es «una salvación puramente inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto, Dios» (EN 27). Por otra parte, una catequesis que olvidase proponer sin ambages las exigencias —hechas de renuncia y, al mismo tiempo, de gozo— de la «vida nueva» en Cristo, las exigencias morales

personales postuladas por el Evangelio y las actitudes cristianas ante la vida y el mundo

falsearía el auténtico mensaje de Jesús y las enseñanzas de la Iglesia (ver CT 29).

Jesús envía el Espíritu desde el Padre

182. Dios Padre, en el Antiguo Testamento, prometió su Espíritu para recrear toda la realidad humana y cósmica en los últimos tiempos.

Dios comienza la nueva creación resucitando, por su Espíritu, a su Hijo Jesús (ver Rom 8,11).

El Resucitado envía ese Espíritu de Dios para transformar a sus discípulos en hombres

nuevos y capacitarlos para vivir como hermanos en la comunidad de la Iglesia.

Página 56/107

El Espíritu Santo hace profundizar a los creyentes los hechos y palabras de Jesús, conduciéndolos a la plenitud de la verdad (ver Jn 14,26; 16,13). El Espíritu no es la fuente

de una revelación nueva.

Es cierto que «donde hay Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Cor 3,17).

Pero esta libertad está al servicio de la fe en Jesús, el Hijo de Dios, hecho hombre para

la salvación del mundo (ver 1 Jn 4,2-3) y al servicio de una conducta conforme al Evangelio.

Las señales del auténtico Espíritu de Jesús son los mismos criterios del Evangelio que Jesús predicó: el Espíritu hace fructificar en los creyentes, por la acción de sus dones, las

mismas actitudes de Jesús hacia el Padre y hacia los hombres y, en particular, el mismo

amor con que Cristo ama que, según lo describió San Pablo, es paciente, afable, no se mueve por envidia, no es egoísta, se goza con la verdad, disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites (ver 1 Cor 13,4-7; ver también Gál 5,22-23).

El don del Espíritu de Jesús nos hace hijos de Dios y nos hace llamar al Padre de Jesús, con confianza, «Padre» (ver Rom 8,15; Mt 6,8-13; Lc 11,1-4; Jn 20,17).

El Espíritu Santo, infundido por Dios en el centro de nuestro corazón, como Ley viva de

la Nueva Alianza, va conduciendo al cristiano como hijo de Dios, a lo largo de la vida, hasta

conformarlo con la imagen de Cristo resucitado.

En medio de las condiciones de este mundo, y bajo la obediencia —bajo el signo de la Cruz—, el cristiano es guiado por el Espíritu según un modo de ser que anticipa ya la libertad a los hijos de Dios y la gloria del mundo futuro (ver Rom 8, 18-21; 26-30).

183. Uno de los grandes logros del último Concilio lo ha constituido el subrayar el decisivo lugar del Espíritu Santo en la economía de la salvación. Todo esto se ha manifestado, después del Concilio, en la teología, en la predicación, en la catequesis, en la

liturgia (epiclesis) y en la vida cristiana. Podemos afirmar con Pablo VI que «vivimos en la

Iglesia un momento privilegiado del Espíritu. Por todas partes, se trata de conocerlo mejor,

tal como lo revela la Escritura. Uno se siente feliz de estar bajo su moción. Se hace asamblea en torno a Él. Queremos dejarnos conducir por Él» (EN 75). Muchos cristianos

han recuperado la conciencia de que, en ellos, ora el Espíritu Santo dándoles libertad interior, paz y gozo. Muchos también han recobrado un elemento fundamental de la fe

cristiana: que el Espíritu Santo es quien interioriza la Ley de Dios en nuestros corazones para poder cumplirla. También vemos con mayor claridad que la fuerza recreadora del Espíritu Santo nos orienta ya hacia las últimas realidades y, por ello, impide, tanto a la Iglesia como a nosotros, quedarnos instalados y estancados en las situaciones del momento. Pero, a veces, se oscurece la distinción del Espíritu Santo respecto al Padre y al Hijo en la unidad del Dios vivo. Se le entiende, en ocasiones, como una fuerza impersonal o como una cifra o símbolo de la peculiar forma de la vida cristiana. No faltan quienes comprenden y viven la acción del Espíritu demasiado desligada del camino de obediencia y de cruz de Cristo. En conexión con esto, se observa que algunos confunden la libertad del Espíritu con una especie de espontaneidad «instintiva», desvinculada de todo compromiso moral, de todo servicio y de toda objetividad (ver Gál 5,13-25).

Dios Padre congrega a su Iglesia en Jesucristo por el don del Espíritu

184. Dios, por el don de su Espíritu, convocó y congregó a quienes creen en Jesús y ponen en Él sus ojos como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, y los constituyó en Iglesia a fin de que fueran para todos y cada uno de los hombres señal, germen, fermento, anticipación de la íntima comunión con Dios y de la unidad y paz del género humano (ver LG 9).

Esta Iglesia, don del Espíritu, entra en la historia humana y, a la vez, trasciende los tiempos y las fronteras de los pueblos, orientada hacia la consumación del Reino. La Iglesia no es sino la transparencia o vertiente «tangible» de la comunión (koinonia) de los bienes misteriosos que brotan de la vida trinitaria. La Iglesia es, en efecto, «la muchedumbre reunida a partir de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (SAN CIPRIANO, *De oratione dominica*, 23). Los cristianos están en comunión unos con otros, porque primariamente están en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo (ver 1 Jn 1,3.7),

185. Esta Iglesia, nacida de Dios, anticipación de su Reino, vive en el mundo como comunidad histórica socialmente estructurada. Esta es la Iglesia única que confesamos en el

Símbolo como una, santa, católica y apostólica (ver LG 8).

«Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él, aunque puedan encontrarse fuera de su estructura muchos elementos de santificación y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, empujan hacia la unidad católica» (LG 8) (10).

Esta Iglesia Universal de Cristo se hace presente y actúa en las Iglesias particulares. 186. En la historia de esta Iglesia, ha habido un tiempo único, privilegiado y normativo: el tiempo de Cristo y el de la Iglesia apostólica. La Iglesia de Cristo se ha mantenido siempre

fiel a este tiempo constituyente: a la doctrina de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a la oración (ver Hch 2,42). Garantizan esta fidelidad de la Iglesia hasta el final de los tiempos la sucesión apostólica y la asistencia de Cristo y de su Espíritu. Pero cada comunidad cristiana particular se mantendrá fiel a su Señor en la medida en que se convierta constantemente al tiempo constituyente y a la Tradición viva que surgió de los Apóstoles.

187. Cristo, por el don de su Espíritu, constituye a la Iglesia, «pueblo mesiánico», en «una comunión de vida, de caridad y de verdad» y la asume como agente de la redención universal y la envía a todo el mundo como luz y sal de la tierra (ver LG 9). La Iglesia, asumida por Cristo, el Siervo (ver Lc 4,17-19.21; ver Is 61,1-2), aunque para el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no ha sido establecida para buscar la gloria de este mundo, sino para seguir las huellas de su Señor pobre y solidarizarse con los pobres.

188. La Iglesia, mientras peregrina, alberga en su propio seno a pecadores; es llamada por Dios sin cesar a la conversión y, en cuanto institución terrena y humana, necesita de una constante renovación (ver LG 8; UR 6): «mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen del mundo que pasa» (LG 48). Pero, a pesar de todos los pecados y deficiencias, la Iglesia es santa: es el espacio de amor y de gracia de Dios definitivamente abierto por la muerte y resurrección de Jesús y la efusión del Espíritu Santo: gracia de misericordia, mientras dura este tiempo. La Iglesia es fundamentalmente criatura del Espíritu de Dios que la ha predestinado, desde el principio del mundo, en Cristo para ser santa e inmaculada (ver Ef 5,27); tiene por cabeza a Cristo, el santo, inocente y sin mancha (ver Hb 7,26); tiene por condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo; su ley es el mandato del amor; tiene, por último, como fin, la extensión del Reino de Dios (ver LG 9).

Página 58/107

189. El Espíritu Santo es quien anima a los cristianos a buscar la plenitud de la vida cristiana y la perfección de la caridad, en la que consiste la santidad (ver LG 40). La comunión de los santos es lo más nuclear y fundamental de la Iglesia. Entre los santos, ocupa un lugar señalado Santa María Virgen, Madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor, la «llena de gracia», la cual guardó en su corazón fielmente las palabras de su Hijo y las llevó a la práctica de un modo singular (ver Lc 1,28; 2,19.51; 11,28). A María, la Virgen, dirige su mirada la Iglesia peregrina y a Ella eleva sus súplicas, porque en la Madre de Jesús se concentra y supera todo lo que, en la Iglesia, hay de

fidelidad a Dios. María es el modelo de todo creyente y en Ella se anticipa ya todo lo que la Iglesia está llamada a ser, cuando llegue a su plenitud en el Reino de Dios consumado.

190. El Espíritu Santo hace actualmente eficaces los signos visibles e históricos de la presencia y de la acción salvífica de Jesús resucitado en la Iglesia. Los sacramentos son actualizaciones, concreciones, del sacramento originario que es la Iglesia: visibilización histórica del don irrevocable de Dios en Cristo. La acción sacramental de Cristo, a través del ministerio de la Iglesia tiene su comienzo en el Bautismo y alcanza su momento culminante en la Eucaristía: la Iglesia celebra como acto central de su vida la Eucaristía, y la Eucaristía, a su vez, recrea constantemente a la Iglesia. Los cristianos son un único cuerpo, porque, al bendecir el cáliz de salvación, comulgan con la Sangre de Cristo y, al partir el pan, comulgan con el Cuerpo de Cristo (ver 1 Cor 10,16-17).

191. Al servicio de la comunión y de la misión de la Iglesia, el Espíritu Santo reparte como Él quiere carismas, servicios o ministerios y funciones entre los miembros del Pueblo de Dios. Estos dones son complementarios entre sí. De ellos, el más excelente es la caridad (ver 1 Cor 12,4-6.11; 13,13). Entre los servicios o ministerios tiene un valor señalado el ministerio apostólico, del cual es propio, entre otras cosas, el suscitar, el discernir, el potenciar y ordenar los diversos carismas y servicios a la comunión y misión de la Iglesia.

192. La Iglesia es el lugar donde está y obra el Espíritu. Ahora bien, el don escatológico del Espíritu trae consigo la remisión de los pecados (ver Jn 20,22-23). El Espíritu, por el ministerio apostólico, perdona los pecados que rompen la comunión con los hermanos o la debilitan.

193. Nacida de la misión de Jesucristo, la Iglesia es, a su vez, enviada por Él. La evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; su dicha y vocación propia; su identidad más profunda: ella existe para evangelizar. El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: Él es quien impulsa a la Iglesia y a cada uno de los creyentes a anunciar el Evangelio y quien, en lo hondo de las conciencias, hace aceptar y comprender la palabra de salvación (ver EN 14-15.75).

La Iglesia, además de anunciar la salvación escatológica en Jesucristo, colabora, especialmente a través de los cristianos laicos, con los demás hombres, en quienes por caminos ocultos actúa también el Espíritu. Juntamente con ellos, busca la liberación temporal de este mundo desde las motivaciones profundas de la justicia en la caridad y desde el objetivo final de la preparación de esta tierra para la llegada del Reino (ver GS 38-39.45),

194. La Iglesia, unida a Jesucristo por la acción del Espíritu, ofrece la alabanza, la adoración, la acción de gracias a Dios Padre. En la Eucaristía, los cristianos hacen la ofrenda espiritual de toda su existencia en el mundo a fin de que toda la realidad, un día, glorifique a Dios en su Hijo amado.

Página 59/107

195. A la luz de la anterior explicación, se observa hasta qué punto han cambiado las perspectivas en la exposición del misterio de la Iglesia a partir, sobre todo, de las dos Constituciones «Lumen gentium» y «Gaudium et spes» del Concilio Vaticano II.

Ninguna

acción catequética puede prescindir hoy de estas grandes directrices conciliares sobre la Iglesia.

196. Pero, también después del Concilio, se ha oscurecido en muchos la conciencia de

la conexión entre la Iglesia y el Reino de Dios. Se han difuminado los contornos del espacio

concreto en el que Dios nos ofrece la salvación de Jesucristo. Y, consiguientemente, se ha

debilitado en ellos el impulso misionero.

No faltan cristianos que distinguen entre un «modelo de las Iglesia» que proyectan, en cada caso, según valores evangélicos «anónimos», y la Iglesia como institución histórica,

criticada generalmente por ellos como sujeto de poder humano. Se llega hasta a hacer gravitar la Iglesia de Cristo en el grupo pequeño, no integrado como debiera en la Tradición

viva de la gran Iglesia. Los puros y simples vínculos psico-afectivos se confunden con la

comunidad en el Espíritu.

Por otra parte, ciertas formas comunitarias, autodenominadas «proféticas» o «carismáticas», han subrayado tanto la acción del Espíritu en sus respectivas comunidades

que han soslayado el papel del ministerio jerárquico y la regla de fe de la interpretación de la

Escritura.

La espontaneidad y la creatividad del grupo pretende sustituir a la Tradición normativa de la Iglesia y al ministerio apostólico que la custodia e interpreta auténticamente, en cada

caso. En conexión, muchas veces, con esta manera de comprender la comunidad cristiana,

se entiende también el ministerio eclesial como si fuese una delegación del pueblo y un

exponente que se limita a recoger la conciencia creyente común del grupo.

Siguen produciéndose entre nosotros resistencias a aceptar la Iglesia como comunión y

comunidad de servicios, ministerios y funciones, todos necesarios y complementarios entre

sí: algunos ven preferentemente la Iglesia como una institución que ofrece unos medios

objetivos de salvación. Hay quienes cultivan, nostálgicos, el anclaje en ciertas formas históricas del pasado sin convertirse constantemente a la normatividad apostólica ni abrirse,

a la vez, a las perspectivas siempre nuevas que lleva consigo la dimensión escatológica de

la Iglesia.

Bastantes cristianos han asumido superficial, ingenua y acríticamente algunos supuestos del mundo moderno incompatibles con el Evangelio y con la naturaleza de la Iglesia.

Se ha extendido, en estos últimos tiempos, una crítica disgregadora y amarga de la Iglesia y de su historia, que se hace desde unos supuestos valores evangélicos ideologizados, y no desde el don de Dios que ha entrado en nuestra historia, ni tampoco en sintonía con la dinámica instaurada por la gracia misericordiosa de Cristo: esta crítica se produce tanto en los anclados en el pasado como en los partidarios de modelos radicalmente nuevos de Iglesia.

Hay, por fin, quienes identifican pura y simplemente la vida según el Espíritu y la evangelización con la acción históricamente eficaz y relevante.

Página 60/107

La Iglesia peregrinante espera el retorno del Señor

197. La comunidad cristiana espera la consumación de este mundo, los cielos nuevos y la tierra nueva en que habita la justicia (ver 2 Pe 3,13), «cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen del corazón humano» (GS 39). En aquel día, el trigo será separado para siempre de la cizaña, sembrada por el Maligno (ver Mt 13,25.29); el mal será definitivamente derrotado y la Vida reinará sin fin. Aquel día, los que hayan sido fieles hasta el final, heredarán el Reino y se levantarán para la resurrección de la Vida (ver Jn 5,29), no tanto por méritos propios como por la misericordia de Dios.

Los elegidos se encontrarán con los frutos del amor que sembraron en su vida (ver 1 Cor 13,8.13) y, al aparecer entonces Cristo, vida nuestra (ver Col 3,4), podrán reconocer en el rostro de Jesús a los hermanos pobres y sencillos a quienes sirvieron por causa suya (ver Mt 25,31-46).

Aquel día, los que obraron el mal resucitarán para la condenación y la muerte eterna (ver Jn 5,29; Ap 20,14; LG 48).

En aquel día, «Dios lo será todo para todos» (1 Cor 15,28).

«¡Demos gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor 15,57).

198. Los cristianos que, aun en este tiempo, participan ya de los acontecimientos últimos («nos ha tocado vivir en la última de las edades»: 1 Cor 10,11), la muerte y resurrección de Jesús, y poseen ya las primicias del Espíritu, se empeñan, sin embargo, colaborando con todos los hombres de buena voluntad, en humanizar la naturaleza y en construir una sociedad más justa, más igualitaria y más pacífica. Al hacerlo así, creen que están cooperando, de algún modo, a la llegada de la plenitud del Reino de Dios, pues, aunque el Reino de Dios no sea el mero resultado del progreso humano, éste «en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana interesa en gran medida al Reino de Dios. Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestros esfuerzos, después de haberlos

propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el Reino eterno y universal» (GS 39). Toda la creación está como bañada por la luz de la encarnación y de la resurrección y la plenitud de la vida cristiana puede expresarse en el abrazo cósmico que en Cristo une el cielo y la tierra (ver JUAN PABLO II, «Homilía en el acto de homenaje a San Juan de la Cruz, celebrado en Segovia»: 4 noviembre 1982). «El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe, en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el Cuerpo y Sangre gloriosos en la cena de la comunión fraterna y la degustación anticipada del banquete celestial» (GS 38).

199. En las páginas anteriores, se han querido recordar algunos elementos de la confesión de fe cristiana que deben ser hoy para el creyente «un objeto de constante meditación y el auténtico tesoro de su espíritu: *cordis nostri meditatio..., thesaurus pectoris nostri*» (SAN AMBROSIO, *Explanatio Symboli*, I) en orden a asegurar en nuestros días la identidad de la fe cristiana. Los Símbolos de la fe, mediante su estructura trinitaria, **Página 61/107**

introducen en la intimidad del Dios uno y trino, origen y fin de la vida del cristiano y de la existencia de todo hombre.

200. Estos elementos no están desconectados entre sí: todos ellos se concentran en el misterio de Cristo y a este misterio central han de reconducirse siempre. Esta es una honda convicción de la gran Tradición de la Iglesia que ha recordado también la Iglesia de nuestro tiempo. Pablo VI, por ejemplo, aludiendo al progreso en la comprensión explícita de la fe, ha evocado la expresión de San Agustín: «No existe otro misterio, sino Cristo» (Epístula 187, 11,34).

La catequesis, en efecto, ha de procurar, por encima de todo, transmitir lo más sustancial de la fe: el Misterio Pascual de Cristo que abre el acceso al Misterio del Dios vivo.

Este es el núcleo central de la fe que todo cristiano —ilustrado o sencillo— ha de confesar.

En torno a este centro, la teología y la catequesis ordenan jerarquizadamente todos los

demás elementos que integran la profesión plena de la fe (ver UR II; «Directorio Ecuménico:

II Parte», Cap. II, n. 5; Declaración «Mysterium Ecclesiae», n. 4; DCG 40-42). Esta jerarquía,

que fue siempre reconocida por la Iglesia al establecer los Símbolos o compendios de las

verdades de fe, «no significa que algunas verdades pertenezcan a la fe menos que otras,

sino que algunas verdades se sustentan en otras, que son más principales, y por ellas son

iluminadas» (DCG 43. Ver también «Directorio Ecuménico»: II Parte, Cap. II, n. 5; Declaración «Mysterium Ecclesiae», n. 4). La fe cristiana —insistimos— radica últimamente en el Misterio vivo de Dios tal como se nos ha comunicado en el Misterio de Cristo (ver CT 5.7). La profundización en este núcleo central de la Revelación «supera las facultades expresivas de todas las épocas y de todas las culturas» (PABLO VI, Exhortación apostólica «Paterna cum benevolentia», 8 diciembre 1974: AAS 1975, 20) y siempre puede ser propuesto de modo cada vez más rico. Sin embargo, por muy explícitamente que se confiese la fe cristiana, nunca se dirá más de ella que lo que se dice, condensadamente, en los Símbolos de la fe más elementales (11). 201. Es cierto que las distintas circunstancias en que se encuentran los diversos creyentes y sus propios ritmos personales en la captación del misterio cristiano conducen a descubrir nuevas «perspectivas» en el Misterio de Cristo, a subrayar «diversos acentos» del mismo y a «profesarlo gradualmente» (ver PABLO VI, Exh. apost. «Paterna cum benevolentia», *loc. cit.*). Por eso, es sumamente importante que la catequesis, al transmitir el misterio íntegro de nuestra salvación en Cristo, no olvide las circunstancias concretas (edad, grado de cultura, etc.) de los catequizandos y, por consiguiente, sus posibilidades en orden a la confesión explícita de la fe de la Iglesia. Se ha de tener siempre muy presente la doctrina tradicional sobre la «fe implícita» o «fe respectiva» de los cristianos más sencillos. Estos, aun siendo incapaces de exponer ampliamente, en fórmulas articuladas en muchos elementos, el mensaje de Cristo, son, sin embargo, capaces de adherirse al Misterio revelado en Cristo (*fides quae*), a través de expresiones elementales, con mayor intensidad que los sabios y prudentes de este mundo (ver Mt 11,25-26). «La predicación de la verdad luce en todas partes e ilumina a todos los hombres que quieren acceder a su conocimiento... Así ocurre, que ni quienes presiden la Iglesia, por muy superiores que sean en expresarse verbalmente, dirán algo distinto de esto (lo que la fe —*fides quae*— transmite)... ni el que tiene poca facilidad de expresión, empobrecerá por ello lo que ha recibido por tradición. La fe es una y la misma para todos: ni la amplía el que sabe decir muchas cosas de ella, ni la empequeñece el que dice pocas cosas» (SAN IRENEO, *Adversus haereses*, Lib. 1,10,3).
Página 62/107

4. LA CONFESIÓN DE FE Y LA COMUNIDAD CRISTIANA, DON DE DIOS

202. La fe el cristiano la recibe de Dios en la Iglesia. Y, por otra parte, la comunidad de creyentes es un don de Dios. Lo mismo que la identidad del discípulo de Jesús es una nueva existencia que no procede de la carne ni de la sangre, sino de Dios (ver Jn 1,13), la identidad de la Iglesia es la de una «nueva humanidad», cuyo principio radica también en el

amor de Dios. La comunidad no se funda sobre decisiones personales humanas y, por ello, lo más nuclear de este nuevo Pueblo, en su despliegue histórico, no está al arbitrio de los hombres. La Iglesia, por ser «gracia» de Dios, no puede reestructurar o redimensionar una vez y otra aquellos elementos que derivan de la voluntad del Señor. En la comunidad de Cristo es donde los cristianos han de recibir y confesar la fe de la Iglesia, como hermanos que participan en un destino común. En ella, al recibir el Símbolo de la fe de la Iglesia, los creyentes no sólo se congregan hoy entre sí, dentro del cauce de una tradición común, sino que realmente se unen a los cristianos de todos los tiempos y se vinculan a sus orígenes, es decir, a la predicación apostólica y al mismo Cristo. En la comunión de la fe de la Iglesia, los creyentes son proyectados, asimismo, hacia el futuro último en el que se cumplirán definitivamente las promesas de Dios y se desvelará el misterio último de la fe.

Es la Iglesia el «lugar» desde el que la fe es comprendida e «interpretada» en toda su verdad, realidad y significación. En el seno de la comunidad eclesial, los Símbolos o Credos dejan de ser meras fórmulas y se convierten en expresiones de la verdad y realidad salvadora de Dios y, consiguientemente, son fuente de vida para la existencia del creyente, de la comunidad fraterna y para el quehacer del cristiano que trata de prestar su colaboración a la construcción del mundo.

203. La celebración de la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia: la Eucaristía «hace la Iglesia». El «lugar» eclesial donde la profesión de fe —estrechamente vinculada al

Bautismo y al catecumenado bautismal— alcanza su expresión más alta es en la celebración de la Eucaristía.

La profesión de fe identifica al cristiano. Pero sólo es posible captar la verdad, la realidad y la significación de la profesión de fe en y desde la Eucaristía que celebra la comunidad cristiana. La profesión de fe ha de hacerse en el contexto:

- de la alabanza a la gloria de Dios;
- de la acción de gracias por la iniciativa gratuita del Padre en la creación y salvación del hombre y del mundo;
- de la comunicación entre los hermanos en y por el Espíritu Santo;
- de la entrega al servicio de los hombres bajo la obediencia a Dios y el signo de la Cruz;
- del empeño misionero que impulsa a los creyentes a anunciar la Buena Nueva y a solidarizarse con todos los hombres en la edificación de la ciudad terrena;
- de la actitud expectante ante la venida futura de Nuestro Señor Jesucristo.

204. La Iglesia, en la que se celebra la Eucaristía, no es un ghetto ni tiene talante de «sinagoga» cerrada. Ella ofrece la profesión de su fe a todos los hombres, como base para

un «diálogo de salvación» con el mundo (ver PABLO VI, «Ecclesiam suam», Parte III). La

Iglesia mueve a los creyentes para que, fuera de las murallas, en el camino que se abre a

las naciones (ver Hb 13,12), en medio de un mundo que se autodefine como «secularizado», ayuden a sus hermanos —también a los que se llaman a sí mismos «agnósticos» y «ateos»— a descubrir, entre las dificultades, los signos del amor de Dios y,

sobre todo, a revelarles con su testimonio de vida el genuino rostro de Dios (ver GS 19;

Liturgia del Viernes Santo, «Oración universal», VIH).

V. EL PROCESO CATEQUÉTICO

«La originalidad irreductible de la identidad cristiana tiene como corolario y condición una pedagogía no menos original de la fe» (CT 58).

205. Después de haber analizado el lugar de la catequesis dentro del proceso total de la evangelización, su carácter propio y su meta, que es la confesión de fe, deseamos tratar

brevemente de su pedagogía.

Más concretamente, queremos hacer ver cómo la pedagogía catequética ha de inspirarse en la propia pedagogía divina, empleada en la Revelación. Consideramos importante, también, analizar los elementos integrantes del acto catequético y su forma de

relacionarse entre sí. Finalmente, indicaremos la originalidad de cada uno de los diferentes

procesos de catequización.

1. LA PEDAGOGÍA CATEQUÉTICA SE INSPIRA EN LA PEDAGOGÍA DIVINA

206. Dios, al revelarse a los hombres, ha utilizado una pedagogía que constituye el modelo de referencia para la catequesis: «Dios mismo, a lo largo de toda la historia sagrada

y principalmente en el Evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe seguir siendo el

modelo de la pedagogía de la fe» (CT 58).

Algunos de los rasgos de esa pedagogía divina, inspiradores del estilo o talante propios

de la catequesis, son los siguientes:

a) **El carácter gratuito y sorprendente de la iniciativa divina sitúa a la acción catequética bajo el signo de una pedagogía del don**

207. Toda la acción catequética está al servicio de la acción de Dios en cada catecúmeno y en el grupo catecumenal como tal. La catequesis se verá, así, imbuida de la

discreción de saberse sólo mediadora entre Dios y el catequizando. El catequista sabe que

la mejor catequesis no proporciona —por sí misma— directamente la fe, ya que ésta es un

don de Dios al que responde libremente, el hombre. Los catequistas deben recordar que son

dispensadores de la Revelación divina; dispensadores, por tanto, de la complacencia y amor

eterno de Dios a los hombres. Por ello, han de orar y esforzarse para que los catecúmenos

acepten no sólo la palabra de la verdad revelada, sino también ese amor del que nace la

Revelación y que en ella se expresa y realiza (ver Homilía de Juan Pablo II en Granada: 5

noviembre 1982). Este dato va a afectar decisivamente a todo proceso de catequización:

Un clima de oración

208. Mediante la creación de un clima propicio de oración se fomentará a modo muy particular la escucha a las invitaciones y llamadas de Dios. La catequesis ha de desarrollar

con cuidado el «oído» del catecúmeno para hacerle sensible a la acción de Dios en él. Es

bueno que frecuentemente, en el silencio de un clima religioso, el cristiano sepa formular esta pregunta fundamental: «¡Señor!, ¿qué quieres que haga?, ¿qué me pides en este momento de mi vida?».

Página 64/107

Vivenciar los dones de Dios

209. La catequesis tratará también de que el catecúmeno vivencie, una y otra vez, el don de la fe que ha recibido, el descubrimiento del Evangelio, el nuevo nacimiento en el

bautismo, la gracia de la comunidad concreta en la que vive... La actualización de estas

vivencias se traducirá espontáneamente en plegaria de acción de gracias.

En este mismo sentido, es muy enriquecedor para una comunidad catecumenal agradecer a Dios —dentro del clima de una celebración— por los «carismas» personales o

las diferentes «sensibilidades» religiosas que ha suscitado en el propio grupo. Es un medio

importante para incrementar la fraternidad cristiana.

La alegría del camino encontrado

210. La pedagogía del don concierne, también, a la educación de la conciencia moral según el Evangelio. Sería un error —por desgracia, muy frecuente entre nosotros— presentar lo que nos pide el Evangelio como una exigencia exclusivamente, sin haber experimentado la gracia de un camino encontrado. Sólo desde la vivencia de haber descubierto un tesoro se nos pueden plantear a los cristianos todas las exigencias morales

evangélicas. La intensidad de la respuesta moral del catecúmeno dependerá de la intensidad del sentimiento de haber encontrado en el Evangelio algo nuevo e importante

para su vida.

La experiencia del don del perdón

211. En este mismo contexto de la educación de la conciencia moral, la catequesis mostrará que la gracia es más fuerte que el pecado, que Dios es más grande que nuestra

conciencia (ver 1 Jn 3,20). La pedagogía del don debe abordar, así, el delicado tema del

tratamiento de la culpabilidad en la catequesis. Creemos que uno de los sentimientos más

profundos del hombre actual —sentimiento agudizado por la crisis cultural— es el de «no ser

lo que uno debería». Si un proceso catequético consigue que el catecúmeno vivencie el

perdón gratuito e incondicional de Dios como algo más fuerte que ese sordo sentimiento de

culpa, está cerca de hacerte experimentar lo que es la gracia. En rigor, el sentido del pecado

sólo es posible a aquel que ha descubierto la cercanía de Dios.

Sorprender la novedad de Dios

212. Si la acción de Dios es siempre sorprendente, la pedagogía catequética ha de saber sensibilizar a esa novedad, muchas veces desconcertante. Hemos de mostrar al catecúmeno que los caminos de Dios piden frecuentemente enfrentarse con lo imprevisto de

la vida, es decir, con todo aquello que irrumpe en la existencia rompiendo los esquemas

previstos.

En el mismo desarrollo de un proceso catequético, aunque estemos tratando un tema

conocido o un texto evangélico muchas veces comentado, hemos de educar la actitud de escuchar a Dios sin prejuicios, sin creer saber de antemano lo que nos va a decir. Dios no se repite nunca, siempre sorprende: «ahora te hago saber cosas nuevas, secretas, no sabidas..., de las que hasta ahora nada oíste, para que no puedas decir: "Esto ya me lo sabía yo"» (Is 48,6-7).

□ Por tanto, la primera característica del talante de toda pedagogía catequética — inspirada en la pedagogía divina— es esa referencia constante a la acción del Espíritu, Maestro interior que actúa «en la intimidad de la conciencia y del corazón» (CT 22).

Página 65/107

b) El carácter histórico de la Revelación divina sitúa a la catequesis bajo el signo de una pedagogía que asume la historicidad del hombre

213. El estilo de nuestra catequesis, inspirada en la pedagogía divina, ha de tener muy en cuenta la condescendencia (12) que Dios ha mostrado al revelarse a los hombres. «Sin

mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura nos muestra la admirable condescendencia de Dios, para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta

su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita» (DV 13).

El término «condescendencia» se refiere, además de a otros rasgos, a la adaptación de

Dios a la condición histórica del hombre. Dios asume esa historicidad al comunicar su vida a

los hombres.

Respeto al ritmo de cada catecúmeno

214. En consecuencia, la pedagogía catequética es respetuosa con el personal proceso

de fe de cada catecúmeno, con su ritmo propio, con su particular itinerario. Ya el hecho de

concebir la fe en términos de proceso es muy importante, pues subraya el hecho de que la

adhesión del catecúmeno a Cristo tiene lugar en forma progresiva. A partir de una conversión inicial, se van convirtiendo los diversos estratos de la personalidad del creyente

—las diferentes «zonas» de su ser— a través de un proceso de conversión permanente.

Ese caminar de la fe tiene sus momentos de resistencia —personales en cada uno— que el

catequista ha de saber respetar con tacto y comprensión.

Este respeto al ritmo de cada catecúmeno concierne no sólo a la adhesión de fe (*fides qua*), sino también al conocimiento de la fe (*fides quae*) en el que la «percepción paulatina»

(DCG 24) del mensaje cristiano ha de acomodarse a la capacidad del sujeto, así como al

compromiso de la fe, en el que Dios no pide a todos las mismas cosas ni al mismo tiempo.

En este sentido, una catequesis o unos materiales catequéticos que no adecuasen, por

ejemplo, el conocimiento de la fe a las posibilidades del niño, o las formas de compromiso a

la situación de un adolescente, o que —sin respetar la gradualidad del conocimiento—

iniciase prematuramente a un adulto en una problemática teológica más propia de un momento posterior, estaría conculcando este principio catequético. Este respeto al ritmo concierne también a aquellos sectores sociales (deficientes, marginados...) cuyo camino hacia la fe tiene características especiales. Este mismo sentido de proceso concierne al grupo catecumenal como tal, al que hay que concebir como una comunidad «*in fieri*» más que como ya totalmente consumada. Aquí también debemos respetar los ritmos de crecimiento y, en consecuencia, saber graduar determinadas exigencias comunitarias del Evangelio (como puede ser la comunicación cristiana de bienes) dentro de unas etapas de crecimiento.

La sencillez en la catequesis

215. Otro de los rasgos de la condescendencia divina es que Dios habla desde lo ordinario, y si, a veces, interviene extraordinariamente es para suscitar la sorpresa y el asombro de quienes no descubren «el milagro» de lo cotidiano (13). Si la «gloria» de Dios deslumbra a los pastores de Belén es para conducirlos hasta un inerte niño recién nacido, envuelto en pañales (ver Lc 2,8ss). Dios se revela al hombre con sencillez. No usa —en su pedagogía— de las sabias o artificiosas complicaciones de los saberes de este mundo, ni actúa como aquellos que pretenden «decir u oír la última novedad» (Hch 17,21).

Página 66/107

La pedagogía catequética, fiel a esa pedagogía divina, ha de ser —a su vez— sencilla. Los padres de familia, los catequistas de base..., aunque no sean expertos en teología ni en catequética pueden ser magníficos transmisores de la fe cristiana. Estas «Orientaciones» podrían parecer a muchos cristianos muy complicadas y hacerles pensar que catequizar no es tarea suya. Lo que pasa es que la acción catequética se realiza —corresponsablemente— desde diversas instancias: los obispos, los teólogos y catequetas, los formadores de catequistas, los catequistas ordinarios... Estas «Orientaciones» se destinan especialmente a esas personas que tienen, en el campo catequético, las más amplias responsabilidades. A ellos les toca preparar instrumentos adecuados que nos ayuden a catequizar con sencillez.

La creatividad

216. La condescendencia divina llega hasta a hacer del hombre un colaborador activo de los propios hechos de la historia de la salvación. Los símbolos de esas colaboraciones humanas en la intervención divina pueden verse representados en «Canaán» (ver Libros de los Jueces), en la instauración de la monarquía israelita (ver Libros de Samuel y de los Reyes), en la restauración posterior al exilio babilónico (ver Libros de Esdras y Nehemías), en el sacrificio de Jesús —punto de partida de una nueva era— (ver Evangelios), en la instauración del nuevo Pueblo de Dios (ver Hechos de los Apóstoles), en la preparación de «los nuevos cielos y la nueva tierra» (ver Apocalipsis). La pedagogía catequética, siguiendo esta pedagogía divina, suscitará —a su vez— la actividad y creatividad de los catecúmenos: «Es claro que la dimensión activa de la catequesis está en plena conformidad con la economía de la revelación y de la salvación.

Una pedagogía que favorece una respuesta activa de los catequizandos es conforme al estado ordinario de la vida cristiana, en la cual los fieles responden activamente al don de Dios por medio de la oración, de la participación de los sacramentos y de la sagrada Liturgia, por el compromiso eclesial y social y por el ejercicio de la caridad» (DCG 75). A esta actividad, propia del acto de fe, hay que añadir la creatividad propia del mismo proceso catequético (sobre todo con jóvenes y adultos) y que se orientará — fundamentalmente— hacia la búsqueda de un lenguaje más adaptado de la fe (ver DCG 75 c) y hacia esa «investigación común que consiste en explorar las relaciones y vínculos que se dan entre el contenido del mensaje cristiano —que siempre es norma de fe y de acción— y las experiencias del grupo» (DCG 76).

c) El carácter trascendente del misterio de Dios y de la salvación confiere a la pedagogía catequética el carácter de ser una pedagogía de signos

Es importante que la catequesis manifieste que a Dios no le podemos ver cara a cara, que no le podemos «objetivar»: sólo es posible acceder a Él por mediaciones, indirectamente.

Un lenguaje significativo

217. De ahí que la catequesis ha de dar toda su importancia al lenguaje simbólico, es decir, al lenguaje de los signos. Una de las mayores dificultades en la transmisión del Evangelio al hombre de hoy estriba en que —muchas veces— faltan unos presupuestos compartidos entre la fe y la cultura actual. Para muchos jóvenes y adultos de hoy, no versados en la especificidad del lenguaje religioso, nuestra forma de hablar de Dios y de la salvación no tiene sentido y les resulta algo extraño a sus categorías de lenguaje. Es como si, al referirnos a cuestiones que interesan profundamente al hombre, habláramos en otra

Página 67/107

lengua, desconocida para él. Es preciso, por tanto, que nuestros materiales catequéticos, respetando la transcendencia del misterio cristiano, hablen un lenguaje que conecte — de modo significativo— con aquellas experiencias humanas profundas a partir de las cuales el hombre se pregunta por la transcendencia.

El método inductivo

218. La pedagogía de los signos utilizará, con provecho, el método inductivo, ya que éste «ofrece grandes ventajas» y «es conforme con la economía de la Revelación» (DCG 72). Consiste «en la presentación de los hechos (acontecimientos bíblicos, actos litúrgicos, la vida de la Iglesia y la vida cotidiana), considerándolos y examinándolos atentamente a fin de descubrir en ellos el significado que pueden tener en el misterio cristiano» (DCG 72).

La dinámica del método inductivo nos lleva, por tanto, del hecho al misterio, de lo visible a lo invisible, del signo a lo trascendente. Es decir, se corresponde «con la característica

propia del conocimiento de fe, que es conocimiento por medio de signos» (DCG 72).
219. Según esto, la inducción da mucha importancia a lo concreto, a lo histórico, pero lo hace para penetrar mejor en el misterio. Utilizando este método, la catequesis ayudará al catecúmeno:
— a conocer lo más profundamente posible al Jesús histórico, las circunstancias concretas de su vida y de su muerte, para descubrir tras Él al Cristo, el Hijo de Dios;
— a conocer a la Iglesia histórica, concreta, en su historia de ayer y de hoy, en sus instituciones, con sus grandezas y sus defectos, para descubrir tras ella el misterio de la Iglesia, el signo de salvación que Dios ha dado al mundo;
— a leer los signos y símbolos litúrgicos-sacramentales para descubrir la presencia viva y actual del Señor resucitado en medio de la comunidad;
— a bucear en su experiencia humana, en sus más hondas y radicales experiencias, para descubrir cómo tienen su consistencia en el misterio de Cristo, que se une a todo hombre;
— a dejarse interpelar por el testimonio de tantos cristianos que viven con hondura su fe, para descubrir en ellos la acción del Espíritu;
— a leer e interpretar los signos de los tiempos para descubrir tras ellos «la presencia y los planes de Dios» (GS 11).

Mediante esta pedagogía de los signos, la catequesis —a lo largo de todo el proceso catequético— trata de que el catecúmeno vea las cosas con una mirada nueva, con unos ojos nuevos: con la luz de la fe. Al transmitirle el mensaje del Evangelio le abre, al mismo tiempo, a una interpretación nueva de su propia vida y de la historia.

220. El carácter gratuito, histórico y trascendente de la pedagogía divina proporciona, así, a la catequesis el carácter propio de ser una pedagogía del don, de la historicidad y del signo.

2. EL ACTO CATEQUÉTICO

221. En el acto catequético se integran varios elementos o factores que se reclaman mutuamente y que, por tanto, no se pueden disociar entre sí. Aunque no se actualicen todos al mismo tiempo, ni siempre de acuerdo a un orden fijo, todos ellos deben concurrir en el acto catequético.

Página 68/107

Nos referimos a la experiencia —humana y cristiana— del catecúmeno, a la Palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición, a la expresión de la fe, en sus diversas formas: confesión de fe, celebración y compromiso.

Dentro de la flexibilidad con que estos elementos pueden conjugarse a lo largo de un proceso de catequización, queremos indicar brevemente algunas cuestiones, de especial importancia, referentes a los mismos:

a) La experiencia

222. Entre el Evangelio y la experiencia humana hay un lazo indisoluble, ya que aquél se refiere al sentido último de la existencia para iluminarla, juzgarla y transfigurarla (ver CT 22).

El Evangelio es como una semilla depositada en un campo. La semilla es la Palabra de Dios; el campo es el mundo, la vida, el corazón del hombre. En todo proceso catequético la Palabra de Dios fecunda la existencia humana, y de esa fecundación brota la confesión de fe, enraizada en la memoria, inteligencia, voluntad y corazón del catecúmeno. En la profesión de fe confesamos que nuestra vida tiene ya pleno sentido en referencia a Jesús, el Señor.

La experiencia en el acto catequético

223. La experiencia humana entra en el proceso catequético por derecho propio. Si hoy la Iglesia insiste en el papel que juega la experiencia en la educación de la fe, no es por concesión a una corriente de la pedagogía general en los tiempos actuales. La misma naturaleza de la fe cristiana y de su trayectoria de maduración postula que se atienda debidamente a la experiencia en el acto catequético. Diciéndolo de otro modo, se puede afirmar que una «catequesis de la experiencia» es algo más que una mera modalidad transitoria de la pedagogía catequética, es algo más que una metodología: es algo inherente a la transmisión del Evangelio para que éste pueda ser recibido como mensaje de salvación. El hombre, desde su ser más profundo, es radicalmente capaz de dialogar con Dios, de ser alcanzado por Dios que le habla y de responder de manera real a su Palabra interpelante; lo cual supone que el hombre es radicalmente capaz de acoger responsablemente la salvación gratuita que Dios le ofrece para resolver en plenitud sus más hondos y decisivos problemas. En realidad, nos hallamos aquí ante uno de los principios teológicos subyacentes a toda la temática de la experiencia en la catequesis. Las experiencias de mayor importancia del hombre —tanto personales como sociales— (ver DCG 74), cuando son profundizadas, le ponen al descubierto al catecúmeno los interrogantes más acuciantes de su existencia. Ahora bien, si el catecúmeno es capaz de entender la Palabra viva de Dios como respuesta salvadora a esas preguntas entonces es que se da, radicalmente, una correlación vital entre Dios, que se comunica, y el hombre, que está a la escucha. Donde se hace posible la comunicación entre Dios y el catecúmeno es en la condición que tiene el hombre de «imagen de Dios» (*imago Dei*), de la que brotan las supremas preguntas que cuestionan al hombre y que constituyen el substrato de sus fundamentales experiencias. Si se admite con seriedad que el hombre es imagen de Dios y sacamos de ahí todas las consecuencias, no hay ninguna bipolaridad o dualismo irreconciliable entre experiencia y mensaje cristiano: todo lo contrario, el Evangelio está destinado a penetrar en el terreno de la experiencia humana para fecundarlo y hacer que brote de él la fe.

Esto supuesto, tratemos de responder ahora a alguno de los interrogantes más frecuentes que se nos plantean, en la acción catequética, respecto a este tema de la experiencia:

Experiencias que privilegiar

224. ¿Qué experiencias ha de privilegiar un proceso catequético? Aquellas experiencias que son nucleares para un hombre que vive una edad y situación determinadas.

Hablando, por ejemplo, de la adolescencia, la exhortación «Catechesi tradendae» se referirá a los «grandes temas» de esa edad: el descubrimiento de sí mismo, el sentimiento

del amor, el deseo de estar juntos, la alegría del descubrimiento de la vida... (ver CT 38). Y

añade: «La revelación de Jesucristo como amigo, como guía y como modelo admirable y,

sin embargo, imitable; la revelación de su mensaje que da respuesta a las cuestiones fundamentales; la revelación del plan de amor de Cristo Salvador como encarnación del

único amor verdadero y de la única posibilidad de unir a los hombres, todo eso podrá constituir la base de una auténtica educación en la fe» (CT 38).

A través de este ejemplo, podemos deducir que todo proceso catequético que pretenda

una educación integral de la fe ha de saber conjugar lo nuclear del Evangelio con las experiencias nucleares de los catecúmenos. Hemos de saber superar, por tanto, la falsa

dicotomía «catequesis vivencial o catequesis doctrinal» mediante un proceso de catequización que integre el Evangelio y la experiencia: «No hay que oponer una catequesis

que arranque de la vida a una catequesis tradicional, doctrinal y sistemática. La auténtica

catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación... Pero esta

Revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del

Evangelio» (CT 22).

Superar la yuxtaposición «experiencia-mensaje»

225. ¿Cómo superar la yuxtaposición «experiencia-mensaje» en la catequesis?

Refiriendo la experiencia humana del catecúmeno a las experiencias humanas paradigmáticas —individuales y sociales— ya asumidas por la Revelación histórica de Dios

y expresadas en la Sagrada Escritura.

Hemos de reconocer que, a veces, se da esa yuxtaposición un tanto artificial entre la experiencia humana y la iluminación evangélica en el acto catequético. Esto ocurre cuando

al analizar tal o cual experiencia del catecúmeno, y recurrir luego al Evangelio para que la

ilumine, reducimos la función de éste a iluminar sólo la zona o dato de experiencia que le

presentamos, dispensando al Evangelio del propio e imprescindible papel de ensanchar esa

experiencia, de hacerla más honda, de abrirla a nuevos horizontes.

Llevando esta dinámica hasta el extremo podríamos elaborar una programación catequética a base de unas preguntas que nosotros formularíamos al Evangelio, pero dispensando a éste de evocar en nosotros aquellas experiencias humanas —que también

vive el catecúmeno— y que son las experiencias que realmente nos abren a la fe cristiana.

Hay, en efecto, materiales catequéticos que no plantean las experiencias humanas a las que realmente responde el Evangelio.

Creemos que la manera de superar esta yuxtaposición artificial es relacionar o referir la experiencia concreta del catecúmeno tal como él la vivencia, con las experiencias bíblicas fundamentales —individuales y sociales—, de las que el mismo catecúmeno participa ya en

Página 70/107

algún grado y ayudarle a dejarse interpelar por ellas para recabar una más honda comprensión de sí mismo desde la Palabra de Dios.

En muchas realizaciones catequéticas recientes se dan, lamentablemente, tendencias que vienen de una superficial comprensión —de una y otra parte— de lo que es la realidad

de la experiencia para la inteligencia y vida de fe.

Visión evangélica del hombre

226. ¿Visión global o fragmentaria de la experiencia humana? Es esencial que, al final de un proceso catequético, el catecúmeno adquiera «una visión evangélica del hombre» (EN

35) que sea global, no fragmentaria.

Hablamos ahora de superar no ya la yuxtaposición «experiencia-mensaje», sino la fragmentariedad de la visión cristiana del hombre que la catequesis ha de proporcionar.

Ninguna de las dimensiones o actitudes fundamentales del auténtico discípulo de Jesús debe quedar oculta.

En este punto, el siguiente principio conciliar es decisivo para la catequesis; «Cristo, en

la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre

al propio hombre» (GS 22). Dicho de otra forma, al final de un proceso de catequización, al

mismo tiempo que el catecúmeno se ha ido adentrando en el misterio de Dios, adquiere «la

concepción del hombre» (EN 33) que propone el Evangelio y se inicia en una lectura de los

acontecimientos y de las situaciones humanas desde el sentido cristiano de la historia.

Reducir la catequesis a la iluminación de experiencias humanas aisladas y fragmentarias

sería recortar el Evangelio y, en el fondo, dispensarnos de la interpelación que éste dirige a

la totalidad de nuestra existencia.

La experiencia cristiana y eclesial

227. ¿Qué papel desempeña la experiencia directamente religiosa del catecúmeno? Es fundamental que la catequesis asuma la experiencia cristiana y eclesial del catecúmeno, sin

reducirse a sus experiencias humanas.

En nuestro contexto socio-cultural, ordinariamente, el catecúmeno tiene una experiencia

e idea de Dios determinadas, unas actitudes concretas respecto a la Iglesia. Tiene una experiencia de oración y de compromiso cristiano concretos. Tiene —y esto es muy

impórtame— un pasado, una biografía religiosa hecha de acontecimientos y decisiones que le acercaron o le alejaron del Evangelio o de la vida eclesial. Para él, la Persona de Jesús supone algo determinado, tiene ante ella una postura ya tomada. Toda esta experiencia cristiana y eclesial ha de ser contrastada con el Evangelio a lo largo del proceso de catequización: los genuinos valores religiosos han de ser potenciados, los prejuicios han de ser disueltos, las crisis pasadas no resueltas han de ser analizadas. Dicho de otro modo, la catequesis asume, purifica y potencia la experiencia religiosa concreta del catecúmeno.

b) **La Palabra de Dios**

228. La Palabra de Dios ilumina todo el acto catequético y es el elemento que da conexión a todos los demás. La catequesis, en efecto, es ese proceso en el que el grupo catecumenal entra en contacto con el Evangelio que la Iglesia le entrega, para dejarse interpelar por él, para conocerlo en profundidad y para vivirlo orientando desde él la existencia.

Página 71/107

De ahí que sea esencial para la catequesis el abrir, ante el corazón del catecúmeno, la Sagrada Escritura y enseñarle a interpretar su mensaje: «El primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo. En esta línea, la catequesis es una auténtica introducción a la "lectio divina", es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura hecha "según el Espíritu", que habita en la Iglesia» (MPD 9).

La catequesis es, en otras palabras, enseñar a leer la Escritura con el corazón de la Iglesia: la catequesis «ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y actitudes bíblicas y evangélicas a través de un contacto asiduo con los textos mismos... y será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia» (CT 27).

Supuesto esto, una serie de interrogantes surgen —aquí también— al tratar de analizar el empleo de la Sagrada Escritura en el acto catequético:

La selección de textos bíblicos

229. ¿La selección de textos bíblicos ha de estar determinada por la experiencia humana que el Evangelio trata de iluminar?

Esta es una pregunta realmente importante para la catequesis española, dado el enfoque de muchos materiales catequéticos que circulan entre nosotros. Unos materiales

concebidos para un plan de catequesis de talante catecumenal y, por tanto, con la finalidad de proporcionar una presentación íntegra del mensaje cristiano —no hablamos aquí de los que tienen una finalidad más ocasional— han de saber presentar un conjunto tal de textos

bíblicos que haga posible una síntesis de fe coherente.

En otras palabras, hay que hacer compatible la atención metodológica a la experiencia («partir de la vida» en un tema) con la necesidad de tener una «visión coherente» del

Evangelio: «Es inútil querer abandonar el estudio serio y sistemático del mensaje de Cristo, en nombre de una atención metodológica a la experiencia vital. Nadie puede llegar a la verdad íntegra solamente desde una simple experiencia privada, es decir, sin una conveniente exposición del misterio de Cristo» (CT 22).

La catequesis presentará, por tanto, al catecúmeno —de acuerdo con su edad y situación— aquellos textos bíblicos fundamentales que le ayuden a nuclear su fe.

La clave de lectura de la Sagrada Escritura

230. ¿Qué relación existe entre la iniciación a la Sagrada Escritura y la entrega del Símbolo y del Padre nuestro, elementos todos ellos esenciales en toda catequesis de inspiración catecumenal?

La relación viene pedida por la finalidad de la catequesis, la confesión de fe: «La catequesis tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe (...). A lo

largo de su preparación, los catecúmenos reciben el Evangelio (Sagrada Escritura) y su

expresión eclesial, que es el Símbolo de la fe» (MPD 8).

Para una auténtica introducción en la Sagrada Escritura, la Iglesia entrega al catecúmeno una clave de lectura: el Símbolo, el Padre Nuestro y una normativa de conducta

que recoge lo esencial del estilo de vida del Evangelio, como son el «mandamiento del amor» y las «Bienaventuranzas» (que son la referencia moral concreta señalada por Pablo

VI en el «Credo del Pueblo de Dios») (14).

Página 72/107

La importancia de esta clave de lectura consiste en que tanto el Símbolo, como el Padre

Nuestro, como el Mandamiento del amor, junto a las Bienaventuranzas, son lo esencial de la

Sagrada Escritura: son la «regla de la fe», el modelo de toda oración cristiana y las actitudes

básicas que configuran la vida evangélica. Son el corazón de la Escritura y el criterio de su

interpretación.

231. En el Símbolo de la fe se contienen el misterio de Dios y los hechos salvíficos esenciales. Al introducir al catecúmeno en las diferentes perícopas del Antiguo y Nuevo

Testamento, el Símbolo le ayuda a situar esas perícopas en referencia al misterio de Cristo,

a hacer una lectura cristiana del Antiguo Testamento y a jerarquizar la lectura bíblica en

torno a la salvación de Dios en Cristo.

El Padre nuestro, por su parte, le permite adentrarse en la lectura de los salmos y — más

en general— en el amplio campo de la oración bíblica desde el modelo paradigmático de toda

oración cristiana que es la oración del Señor. Desde la óptica del Padre Nuestro, la plegaria

de los salmos se convierte en oración cristiana; desde las actitudes básicas que lo configuran, la autenticidad de la iniciación catecumenal en la oración y celebración

queda

asegurada.

El Mandamiento del amor y las Bienaventuranzas que —en último término— encarnan las actitudes interiores de Jesús mismo, ayudarán al catecúmeno a situar y relacionar las

numerosas perícopas bíblicas de contenido moral, dándoles una coherencia y un punto de referencia desde el que desarrollar ese «cambio progresivo de sentimientos y costumbres»

(AG 13), implicado en todo proceso catecumenal y que, en último término, es fruto del Espíritu (ver Gá 5,13-26).

232. Entre la Sagrada Escritura y esta clave de lectura que la Iglesia entrega al catecúmeno, la relación circula en el doble sentido:

— desde el Símbolo, el Padre Nuestro y las Bienaventuranzas podemos seleccionar aquellas perícopas bíblicas que mejor contribuyan a nutrir la síntesis de fe. Desde ahí detectaremos enseguida cuándo nuestra lectura de la Escritura es parcial e incompleta. El conjunto de «documentos de la fe» propuestos por la catequesis será así más armónico;

— desde la Sagrada Escritura, tanto el Símbolo, el Padre Nuestro, como las Bienaventuranzas se irán cargando de contenido, el esqueleto se irá llenando de carne, cada artículo, cada petición, cada bienaventuranza se verá enriquecida por figuras bíblicas, parábolas evangélicas, salmos, acontecimientos..., que —de uno u otro modo— desarrollan aquel núcleo esencial.

Esta misma clave de lectura contribuye también a hacer una selección catequética adecuada de los textos del Magisterio, dentro de la abundante riqueza de los mismos, en

función siempre de la mejor comprensión de la Sagrada Escritura y de las necesidades más

características del creyente y de la comunidad, hoy.

Los catecismos en el acto catequético

233. Aquí radica la importancia del catecismo y del papel que le corresponde desarrollar dentro de la dinámica del acto catequético. La Iglesia, a través de sus Obispos,

recoge en el catecismo —de manera oficial— aquellos «documentos de la fe» que considera

fundamentales para unos destinatarios en una situación y tiempo determinados.

Página 73/107

Los catecismos son los «libros de la fe» que recogen el anuncio cristiano y la experiencia de fe vivida por la Iglesia, la cual traduce esta riqueza a fin de que sea legible y

significativa para los que caminan hacia la maduración cristiana. Al proponer a los creyentes

esta riqueza de manera autorizada y auténtica, los obispos ofrecen a sus comunidades un

conjunto que constituye «regla de fe» y orientación básica de la catequesis.

El catecismo, por supuesto, no agota todos los elementos que deben concurrir al acto catequético, pero es elemento de fundamental referencia. Es obvio que, si la

«catequesis no

consiste únicamente en enseñar la doctrina, sino en iniciar a toda la vida cristiana»

(CT 33),

la pedagogía catequética no puede reducirse a explicar el catecismo al niño y a que éste se

limite a aprenderlo. Es en la dinámica de una pedagogía de la fe, concebida como formación

cristiana integral, donde el catecismo —sobre todo en el nivel de niños y adolescentes—

desempeña una función esencial.

c) La expresión de la fe

234. La Palabra de Dios —semilla depositada en el campo de la experiencia humana—

hace madurar la fe en el corazón del catecúmeno. Esta fe, que penetra y transforma la totalidad de la personalidad del creyente, se expresa mediante la profesión o proclamación

de la misma, la celebración y el compromiso cristianos, que son el corolario constante que

acompaña de manera ininterrumpida todo el proceso de catequización:

— mediante la profesión de fe, proclamada en la comunidad, el catecúmeno devuelve —progresivamente interiorizado— el Símbolo que le fue entregado;

— mediante la celebración, el catecúmeno refiere constantemente a Dios, verdadero artífice de su crecimiento, la maduración progresiva de su fe cristiana al compartirla en la comunidad fraterna;

— mediante el compromiso, el catecúmeno transforma progresivamente su vida y da testimonio ante el mundo de ese hombre nuevo en que se va convirtiendo.

235. Tal vez a la luz de lo expuesto se perciba mejor la densidad del acto catequético, al que concebimos como una interrelación de elementos, en constante comunicación interna

entre ellos:

— la experiencia humana,

— la Sagrada Escritura y el Símbolo,

— la expresión de la fe; profesión, celebración y testimonio.

A lo largo de un proceso catequético, importa menos el orden concreto que se establezca en la programación de los temas, así como también la pedagogía de cada uno

de ellos, que puede partir de la experiencia, de la Escritura, del Símbolo, de la celebración o

del testimonio. Lo importante es que el acto catequético dinamice los tres planos a los que

nos hemos referido y que, a lo largo de todo el proceso de catequización, vaya madurando

la fe del catecúmeno en la línea de una confesión cada vez más madura de la misma, más

arraigada en la Escritura y más significativa para su vida.

3. EL PROCESO CATEQUÉTICO Y LAS DISTINTAS ETAPAS VITALES

236. Entendemos por proceso catequético ese periodo intensivo de formación cristiana integral y fundamental, desarrollada a lo largo de un tiempo determinado, es decir, marcado

por un principio y un final.

Página 74/107

Durante siglos de nuestra cultura —en los que la fe cristiana era algo connatural— ha bastado situar el proceso catequético en la infancia. El alimento normal que ofrecía la comunidad cristiana, bastaba —después— para mantener viva la fe del cristiano. Esta realidad ya no es la nuestra. En las actuales circunstancias se debe ofrecer a los creyentes

la posibilidad de seguir un proceso catequético en cualquiera de las grandes etapas de la

vida.

a) El proceso catequético de adultos

237. Queremos comenzar por los adultos, porque la catequesis de adultos es el proceso paradigmático en el que los demás deben inspirarse: «La catequesis de adultos, al

ir dirigida a hombres capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan» (DCG 20).

Habrà podido observarse que las presentes «Orientaciones pastorales», fieles a este

principio catequético, han sido concebidas desde este modelo de la catequesis de adultos.

La exhortación «Catechesi tradendae», recogiendo una de las preocupaciones más constantes de los Padres del Sínodo de 1977, impuesta con vigor y con urgencia por la experiencia que se está dando en el mundo entero, trata con profundidad este «problema central» de la catequesis de adultos: La catequesis de adultos «es la forma principal de la catequesis, porque está dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada» (CT 43).

Este carácter paradigmático de la catequesis de adultos —aparte de las razones aludidas— adquiere hoy entre nosotros un relieve especial, dado que la situación sociocultural de cambio en que vivimos hace más necesario que nunca el que los niños y jóvenes, para poder afirmarse en su fe, puedan referirse a los adultos, a comunidades cristianas vivas que den testimonio de la misma.

238. En las diócesis españolas la catequesis de adultos ha adquirido —desde hace algunos años— una importancia considerable. En buena medida ha sido superada aquella etapa en la que hablar de catequesis era sinónimo de referirse a los niños. Con el propósito de mantener y potenciar este esfuerzo de catequización de adultos, queremos señalar las siguientes pistas de futuro:

Procesos orgánicos de catequesis de adultos

239. La catequesis de adultos quedará más identificada y conseguirá mejor sus objetivos si sabemos concebirla como un periodo intensivo —que empieza y termina— y suficientemente prolongado de formación cristiana integral y fundamental. Esto supone acentuar el carácter temporal y orgánico del proceso de catequización. En otras palabras, habría que caminar hacia proyectos catequéticos más organizados y sistematizados —de una seriedad no menor que la que utilizamos con los niños y los jóvenes—, superando una catequesis de adultos un tanto diluida y poco estructurada. Esto implica dotar al proceso catequético de unos objetivos, programación e instrumentos más precisos.

Dos modalidades básicas

240. Dado que el carácter propio de la catequesis trata de fundamentar la fe, ello nos obliga a atender —en nuestro contexto— estas dos necesidades:

Página 75/107

- el de la fundamentación básica de la fe, dirigida a aquellos adultos que, «estando bautizados, carecen, sin embargo, de la debida iniciación cristiana» (DCG 19) y su situación es cuasi-catecumenal (ver CT 44);
- el de la consolidación de esos fundamentos, dirigida a aquellos cristianos que, en las circunstancias actuales, necesitan afianzar la adhesión, el conocimiento o el compromiso de la fe.

Ambas tareas de catequización son urgentes.

Catequesis de adultos dirigida a los sencillos

241. Hemos de procurar que nuestro esfuerzo catequizador evite caer en un cierto «elitismo» y, por el contrario, trate de dirigirse a los sencillos, a esos que nunca participan en nada.

Esta acción —«en la que debemos implicar a muchos catequistas seculares— exige una planificación muy cuidada y unos instrumentos simples, pero sólidos y bien concebidos.

No confundamos la catequización de los sencillos con una catequesis inorgánica. «Esta formación orgánica y ordenada no puede quedar reducida a una simple serie de conferencias y charlas» (DCG 96).

El grupo comunitario reducido

242. El clima normal de la catequesis de adultos —como el que corresponde a la de niños y jóvenes— será el pequeño grupo, en el que se podrá educar mejor el espíritu comunitario, inherente a la fe cristiana: «Dentro del ámbito de pequeños grupos de fieles, la

catequesis ayudará a los adultos a vivir plenamente la caridad cristiana; la cual, como signo

de una cierta experiencia común, hace que unos y otros se ayuden en la fe» (DCG 93).

Dado el carácter transitorio de la catequesis, es preciso idear fórmulas —normalmente en el marco de las parroquias— para que las exigencias de una vida cristiana comunitaria,

suscitadas en la catequesis, tengan una continuidad adecuada.

243. Es obvio que esta tarea de catequización orgánica de adultos no se opone ni dificulta la necesaria catequesis ocasional (sobre todo la pre-sacramental), ni la catequización de talante misionero, no necesariamente tan estructurada. Tampoco dispensa

a una Iglesia diocesana de las iniciativas necesarias para desarrollar la enseñanza teológica

dirigida a los seculares.

Si al Obispo diocesano compete el discernir y moderar los procesos catequéticos desarrollados en la Iglesia particular, este oficio pastoral se acentúa obviamente en la catequesis que acabamos de calificar de paradigmática, al servicio de los adultos. Y esto,

primordialmente, por razón de principios pastorales, sin excluir que este deber se hace más

acuciante en coyunturas en que proliferan iniciativas privadas —en ocasiones ambiguas y

contradictorias— que no favorecen la unidad en la edificación de la Iglesia.

b) El proceso catequético de niños y jóvenes

244. La iniciación cristiana de los niños, adolescentes y jóvenes hunde sus raíces en el sacramento del Bautismo. El niño recibe en él el don gratuito de la fe como un germen que

necesita ser desarrollado y cultivado.

Página 76/107

Concebimos esta gran etapa formativa cristiana como un único proceso permanente de

educación de la fe, en el que intervienen —en mutua interacción y complementariedad—

varias acciones educativas; la educación cristiana en la familia, los periodos intensivos de

catequesis —propriadamente dicha— en la comunidad, la enseñanza religiosa escolar, la

homilía dominical, la formación recibida en los movimientos, comunidades, grupos...
Cada

una de estas acciones educativas tiene su propia especificidad e importancia. Es su conjunción coherente la que proporcionará una adecuada educación de la fe.

Sin pretender un comentario exhaustivo de los diferentes aspectos de este proceso —cuya concepción pastoral, por otra parte, está bastante elaborada por los catequistas y

aceptada en la mayoría de nuestras diócesis—, sí queremos, sin embargo, subrayar algunas cuestiones de especial relevancia:

El despertar religioso en la familia

245. La primera concierne al despertar religioso en el seno de la familia.

Consideramos

que esta primera iniciación cristiana es básica y fundamental. «El niño pequeño recibe de

sus padres y del ambiente familiar los primeros rudimentos de la catequesis, que acaso no

serán sino una sencilla revelación de Dios, Padre celeste, bueno y providente, al cual aprende a dirigir su corazón» (CT 36). Esta iniciación cristiana familiar reviste los sencillos

caracteres de un despertar religioso que los padres ofrecen a sus hijos, envuelto en las

relaciones afectivas familiares.

Este despertar religioso, al que el niño bautizado tiene derecho, por desgracia no siempre se da hoy en el seno de la familia, con grave detrimento para la construcción de la

personalidad creyente. Esta ruptura de la tradición educativo-cristiana —hasta hace poco

mantenida, de modo general en el seno de las familias— exige una vigorosa acción de la

Iglesia en los tiempos actuales, tanto a través de la catequesis de los padres y padrinos

previa al Bautismo de los niños, como de la catequesis parroquial, que debe ayudar a los

padres en esta tarea suya, y no debe suponerla ya realizada cuando el niño acude por primera vez a la catequesis parroquial a los seis o siete años.

Con el necesario tacto y delicadeza, es preciso que la catequesis de la comunidad cristiana no trate por igual a los niños que carecen de ese despenar religioso, a los que debe

prestárseles una especial y esmerada atención (ver CT 42).

La catequesis de los niños

246. Entre nosotros, los niños constituyen un vasto e importantísimo sector de catequizandos, sobre todo, en un país en el que los padres piden la educación en la fe de

sus hijos (ver Homilía de Juan Pablo II en Granada: 5 noviembre 1982).

La catequesis de los niños trata de «introducir al niño, de manera orgánica, en la vida de la Iglesia, incluida también una preparación inmediata a la celebración de los sacramentos» (CT 37).

Se trata, por tanto, de una:

«Catequesis didáctica, pero encaminada a dar testimonio de la fe;

Catequesis inicial, mas no fragmentaria, puesto que deberá revelar, si bien de manera

elemental, todos los principales misterios de la fe y su repercusión en la vida moral y religiosa del niño;

Página 77/107

□ Catequesis que da sentido a los sacramentos, pero a la vez recibe de los sacramentos vividos una dimensión vital que le impide quedarse en meramente doctrinal, y comunica al niño la alegría de ser testimonio de Cristo en su ambiente de vida» (CT 37).
Los niños son los primeros en conocer muchas cosas de la Revelación que se ocultan a los mayores: son predilectos de Jesús, que alabó al Padre porque hizo a los pequeños partícipes de verdades y vivencias que se esconden a los sabios (ver Mt 11,25; 18,3; 19,14).
Es deseo de la Iglesia, por tanto, que se extienda, cada vez más, el criterio de que la catequesis de la infancia no se propone prevalentemente como meta la mera iniciación de los niños en la vida sacramental, sino el promover en ellos un itinerario personal de vida cristiana, dentro del cual se insertan los Sacramentos como momentos fuertes del crecimiento en la fe. Es decir, los Sacramentos que el bautizado recibe en la etapa de su infancia no deben ser considerados como metas aisladas o conclusivas del itinerario catequético propio de ese período vital, sino como momentos de expresión de la maduración cristiana que poco a poco se va alcanzando.

Los períodos de catequesis orgánica

247. Es importante determinar los momentos más adecuados —dentro de esta gran etapa vital que va desde la niñez a los umbrales de la vida adulta— para una catequesis orgánica, dentro del proceso permanente de educación en la fe. La psicología evolutiva, en efecto, nos dice que hay períodos más adecuados para educar la adhesión de fe —una catequesis de talante misionero— y otros en los que la educación del conocimiento y compromiso de la fe están exigiendo una catequesis más sistemática. Como criterio general, creemos que es imprescindible la organización de una pastoral general para niños y jóvenes. En ciertas etapas, por ejemplo, entre los siete y doce años, o en esa otra etapa en que el cristiano se prepara para la Confirmación, esa acción pastoral es primordialmente una catequesis propiamente dicha. En otros momentos, la dimensión catequizadora es, sobre todo, o unas ofertas formativas en períodos determinados o tiempos fuertes, o unas catequesis ocasionales, dentro de las actividades formativas del grupo o de la asociación o comunidad en la que el niño o adolescente cristiano está integrado.

La catequesis de jóvenes

248. Es esperanzador el resurgir generalizado de la catequesis juvenil en torno al sacramento de la Confirmación. Es de desear aquí también que la preparación para recibir este sacramento se sitúe en el contexto más amplio de una catequesis orgánica. Por otra parte, la creación de comunidades cristianas juveniles —las más de las veces en el marco parroquial y con algún tipo de vinculación a las comunidades cristianas adultas— son, sin

duda, un magnífico cauce de renovación eclesial.

En líneas generales, la catequesis de jóvenes podrá caracterizarse por estos rasgos:

- «Ha de tener en cuenta las expectativas de los jóvenes y de respetar sinceramente —tratando de darles una respuesta cristiana— sus problemas, dudas y dificultades.
- Ha de implicar a los jóvenes, en la medida en que son capaces de ello, en los problemas de la promoción humana y cristiana, exponiendo «sin simplismos y esquematismos ilusorios el sentido cristiano del trabajo, del bien común, de la justicia y de la caridad..., de la promoción de la dignidad humana, del desarrollo y de la liberación tal como los presentan documentos recientes de la Iglesia» (CT 39).

Página 78/107

- Ha de proponer el mensaje cristiano en confrontación con los humanismos modernos

de modo que los catecúmenos sean capaces de dialogar con otras formas de pensar y con otros estilos de vida que son frecuentes entre los jóvenes de nuestro tiempo.

Las comunidades cristianas, al desarrollar la catequesis de jóvenes, han de darles posibilidades de actuar como protagonistas —también en las celebraciones litúrgicas (15)—

y encargarles responsabilidades para que no se sientan sujetos pasivos ni permanezcan en

una continua situación infantil.

La catequesis de jóvenes ha de tender a la creación de comunidades cristianas juveniles, en las que la presencia de jóvenes matrimonios militantes puede ayudarles a enfrentarse con su propio futuro, y, además, ha de fomentar que los propios jóvenes sean

catequistas de otros jóvenes.

Educación especial de la fe

249. En el campo especial de la catequesis de niños y de jóvenes requiere una particular atención la educación en la fe de los minusválidos (deficientes mentales, sensoriales, autistas, etc.). Ellos tienen derecho a conocer y vivir el misterio de Cristo.

La

catequesis de los minusválidos presenta dificultades especiales y, por ello, exige una específica preparación en los catequistas. Estos, partiendo de la realidad concreta y vital de

esos catequizandos, les irán ayudando a asumirla desde la fe. No deben olvidar la capacidad que estas personas suelen tener para la captación del lenguaje «simbólico» o de

los signos. En este sentido, la educación especial de la fe deberá apoyarse en las experiencias humanas que los minusválidos viven con especial intensidad: más que a través

de razonamientos o de deducciones lógicas, ellos se orientan a las realidades que los trascienden a través de la afectividad.

Por otra parte, es importante integrar a los minusválidos en la comunidad cristiana, ayudándoles a evolucionar religiosamente a partir de su apertura al afecto de los demás,

que les han de reconocer, de modo efectivo el «sitio» que tienen en la comunidad fraterna

de los discípulos de Jesús, para la que constituyen un misterioso tesoro con la aportación de

lo que realmente son. Su vida limitada merece el respeto, la estima y la plena aceptación de

toda la comunidad de creyentes.

Catequesis y enseñanza religiosa escolar

250. Es importante, en esta etapa, la relación entre la enseñanza religiosa escolar y la catequesis. En este punto han de tenerse en cuenta las clarificadoras palabras de Juan

Pablo II: «El principio de fondo que debe guiar el empeño en este delicado sector de la pastoral es el de la distinción entre la enseñanza de la religión y la catequesis que, por otra

parte, son complementarias... La enseñanza religiosa impartida en las escuelas, y la catequesis propiamente dicha, desarrollada en el ámbito de la parroquia, aunque distintas

entre sí, no deben considerarse como separadas... La enseñanza de la religión puede considerarse tanto como calificada premisa para la catequesis, como también una reflexión

ulterior sobre los contenidos de la catequesis ya adquiridos» (Alocución a los sacerdotes de Roma, 5 marzo 1981).

A este criterio se remite el documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica «El laico católico, testigo de la fe en la escuela» (Roma, 1982), al decir: «...La enseñanza de la religión católica, distinta y al mismo tiempo complementaria de la catequesis propiamente dicha, debería ser impartida en cualquier escuela».

Anteriormente,

también nosotros nos esforzamos por clarificar esta distinción y su positivo alcance en la

Página 79/107

misma línea de las intervenciones de la Santa Sede citadas (ver «La enseñanza religiosa

escolar. Orientaciones pastorales», Declaración de la Comisión Episcopal de Enseñanza, 11

junio 1970, nn. 59ss).

Sobre la base de la distinción y complementariedad expresada en estos documentos oficiales, en la práctica deben tenerse en cuenta las diferentes variables que se presentan

para proceder con un sano realismo pastoral y no aplicar los principios de manera simplista

e indiscriminada. Hay que tener en cuenta, en efecto:

— Si los alumnos son pequeños o mayores, ya que —como apuntamos en el citado documento (ver n. 125)— la distinción entre enseñanza religiosa escolar y catequesis se va haciendo más acusada a medida que la edad del niño va madurando. Esta distinción se hará más neta en los objetivos, metodología y desarrollo concretos de ambas acciones que, incluso, en los instrumentos mediante los cuales se proponen al niño los «documentos de la fe».

— Si se trata de una escuela estatal o de la Iglesia, ya que la enseñanza religiosa escolar en este último caso no deberá hacerse sin las referencias necesarias a su intencionalidad institucional y a su contexto educativo peculiar (ver *loc. cit.*, Prefacio).

— Si los alumnos son creyentes o no creyentes, ya que este dato cualifica de modo distinto la enseñanza religiosa escolar (ver *loc. cit.* n. 70).

— Finalmente, si los alumnos están siendo catequizados —de hecho— en la comunidad

cristiana, o si no reciben catequesis en ningún sitio, ya que este dato afecta a la complementariedad —cuando se da la catequización— o a la insoslayable suplencia, cuando se carece de aquélla.

La necesaria atención a estas variables se hará siempre sin perjuicio de los objetivos específicos de la enseñanza religiosa escolar.

c) **El proceso catequético en la tercera edad**

251. Es preciso abordar la realización de una catequesis que apenas existe, pero que responde a necesidades que nos acucian. En efecto, al abrirse esa tercera —y definitiva—

fase de la vida humana, la Iglesia debería ofrecer la posibilidad de que los cristianos de

avanzada edad ahondasen en los cimientos de su fe para poder vivir con la mayor plenitud cristiana posible este período —muchas veces largo todavía— de la vida. Hay que tener en cuenta que, para no pocos, esta catequesis constituye tal vez la fundamentación cristiana, personal y consciente que no tuvieron o el encuentro primero con el Dios vivo que, sin saberlo, siempre buscaron. No es la catequesis de esta edad una preparación para la muerte, sino la preparación para una vida útil y digna, al servicio del bien común de la sociedad, incluso participando en la lucha por la justicia. En esta época, en efecto, se suele experimentar en propia carne la frágil justicia social de nuestro mundo, con sus frutos de soledad y marginación para el anciano.

El proceso catequético en la tercera edad debe tener una originalidad propia que entre todos hemos de descubrir y desarrollar y habrá de tender como meta final a que estos catecúmenos se integren en las comunidades cristianas adultas para que la sabiduría cristiana acumulada en tantos años haga más fecunda la vida de La Iglesia.

Página 80/107

252. Estos diferentes procesos de catequización deben ser ofrecidos por la Iglesia diocesana en un proyecto global coherente: «Es importante que la catequesis de los niños y de los jóvenes, la catequesis permanente y la catequesis de adultos no sean compartimentos estancos e incommunicados. Más importante aún es que no haya ruptura entre ellas. Al contrario, es menester propiciar su mutua complementariedad: los adultos tienen mucho que dar a los jóvenes y a los niños, pero también pueden recibir mucho de ellos para el crecimiento de su vida cristiana» (CT 45).

VI. CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

253. La actividad catequética, que tiene como objetivo principal iniciar y fundamentar en la fe de la comunidad creyente e insertar en esa misma comunidad a quien ha dado su adhesión a Jesucristo, no puede, por ello, separarse, en modo alguno, de la vida de la Iglesia. En esta Iglesia y, más precisamente en las distintas comunidades en las que se concreta, encuentra la catequesis su origen, su lugar propio y su meta. Todo proceso catequético, en cualquier edad y situación, debe suponer para quien lo hace una verdadera experiencia de Iglesia. El catecúmeno, en unión fraterna con los demás creyentes, va adentrándose de forma progresiva en lo que la Iglesia cree, vive, celebra y anuncia. En la catequesis la misma Iglesia se va presentando a sí misma como realidad sacramental de salvación.

Se ha manifestado recientemente en la Iglesia una corriente de renovación comunitaria que afecta a todo tipo de comunidad cristiana inmediata: parroquia, familia, pequeñas comunidades, etc. Consideramos muy positivo, sustancialmente, dicho fenómeno, ya que este sentido y experiencia de vida comunitaria es el sustrato más adecuado para que pueda desarrollarse con todo vigor la acción catequética.

Vemos necesario detenernos ahora a reflexionar sobre la importancia que tiene para la

catequesis su dimensión eclesial y comunitaria.

1. LA COMUNIDAD CRISTIANA, REALIZACIÓN DE LA IGLESIA

254. La vida de la Iglesia se apoya en dos realidades íntimamente vinculadas entre sí: en el plano de la gracia, la «comunidad», y en el plano de la realidad sensible e histórica, la

«comunidad». La comunión, en efecto, se refiere a los bienes misteriosos e invisibles que surgen de la vida trinitaria de Dios, que nos han sido dados por el Señor Resucitado y, a través de la presencia del Espíritu Santo, unen a todos los creyentes. Mientras que la comunidad es la realidad histórica y visible de la Iglesia, hecha de palabras, de signos, de estructuras, de iniciativas prácticas, de relaciones personales que brotan de la comunión, manifiestan sus riquezas y revelan su vitalidad en todos los sectores de la existencia humana.

La gracia de la comunión, manifestándose en la comunidad, asume las concretas situaciones humanas, interpela la libertad de los creyentes, armoniza y purifica las más valiosas energías del hombre, secunda los progresos de la vida social e interpreta las aspiraciones profundas de toda época y de toda cultura.

255. Al hablar aquí de comunidad entendemos, por lo pronto, la comunidad eclesial inmediata, donde el creyente concreto nace y se educa en la fe. No la podemos considerar

aislada ni de la Iglesia universal ni de la iglesia local diocesana que constituyen las **Página 81/107**

auténticas comunidades de referencia. La comunidad eclesial inmediata catequiza en cuanto

está integrada y en comunión con dichas comunidades.

256. La gran Iglesia de Cristo, que participa del don de la comunión, se concreta y hace

visible en las distintas Iglesias locales. Estas, a su vez, se hacen presentes en comunidades

cristianas más pequeñas y cercanas, en las que son posibles las relaciones interpersonales,

y que son vivas, responsables y misioneras. En el lenguaje teológico pastoral de la Iglesia

se puede afirmar que la comunión de vida y amor que brota de Jesucristo, se da en un doble

movimiento que conducido por el Espíritu, va de la Iglesia universal, es decir, de la comunión de Iglesias locales extendidas por todo el universo, a cada Iglesia local y a sus

comunidades, y viceversa, de las comunidades a la Iglesia local y de aquí a la universal. Por

eso el cristiano, sintiéndose miembro de una comunidad creyente, se comprenderá a sí

mismo unido a la Iglesia local y en ella a la comunión de Iglesias. Esto hará posible el encontrarse vinculado en cada circunstancia a todos los hermanos que profesan el mismo

credo y que viven la misma vida.

2. RASGOS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA INMEDIATA

257. Dentro del resurgir esperanzador de lo comunitario en nuestra Iglesia hoy, la floración de comunidades eclesiales inmediatas resulta un instrumento adecuado de formación y penetración capilar del Evangelio en la sociedad. Estas comunidades serán,

normalmente, el sustrato más apto para que en el mundo actual pueda desarrollarse con todo vigor la acción catequética.

Esto será posible en la medida en que estas comunidades se mantengan fieles a la identidad eclesial de las comunidades referenciales y estén penetradas de los rasgos que

configuran esa identidad. El pensamiento teológico nos da unos claros criterios para el discernimiento, dentro de las comunidades eclesiales inmediatas, de esa identidad comunitaria eclesial, que podemos concretar en los siguientes:

258. 1. Comunidad cristocéntrica, que implica la clara conciencia de una vinculación personal con Cristo y Dios Padre, en unión con el Espíritu (*Unus Deus*). La conciencia verdaderamente teocéntrica, trinitaria y cristológica debe mantenerse y fomentarse en la

comunidad. La comunidad no puede diluirse en una vaga inspiración de conductas humanas, aunque ha de ofrecer, fundándose en la novedad evangélica, un nuevo proyecto

de vida, un nuevo sentido de la existencia humana que se conduce en Cristo, por el Espíritu

al Padre. Pero lo que se ha de intentar directa y fundamentalmente es la creación, bajo la

acción del Espíritu, de la comunidad de los que creen en Jesucristo, el Hijo de Dios. Se trata

de implantar comunidades que hagan presente ya en el mundo, aunque de modo no pleno,

el Reino de Dios.

259. 2. Comunidad congregada por la Palabra de Dios, lo que supone el reconocimiento de esta Palabra como manifestación del designio y plan de salvación para

los hombres (*Una fides*). Una comunidad auténticamente eclesial, en consecuencia, se define por estar en una actitud constante de escucha de la Palabra de Dios que le conduce

a una permanente disposición de revisión, de cambio, de aceptación de respuesta fiel a la

voluntad de Dios manifestada en esa Palabra. Esta escucha de la Palabra ha de hacerse

siempre «perseverando en la doctrina de los Apóstoles» (Hch 2,42), actualizada constantemente por el ministerio magisterial y pastoral de sus sucesores, los Obispos.

260. 3. Comunidad orante centrada en la Eucaristía. Toda comunidad eclesial celebra su fe, sobre todo en los sacramentos (*Unum baptisma*). Es, asimismo, una comunidad orante: la iluminación de la Palabra de Dios suscita la plegaria comunitaria e individual que

Página 82/107

tiene su culmen en la Eucaristía, hacia la que toda plegaria y celebración se ordena como

centro y cima.

261. 4. Comunidad suscitadora de la comunión eclesial. Una comunidad manifiesta la comunión en la fraternidad que expresa la caridad. Toda comunidad eclesial ha de ser forzosamente una comunidad de caridad o amor fraterno, para significar y realizar el rasgo

característico que el mismo Jesús quiso para sus discípulos y seguidores: «En esto conocerán que sois discípulos míos; en que os amáis unos a otros» (Jn 13,35). En las comunidades cristianas esto se vive concretamente cuando sus miembros tratan de conocerse más y más, buscan la vida en común, compartiendo alegrías y penas, riquezas y

necesidades y se hacen servidores entre los hermanos. Este servicio toma distintas formas,

aunque tiende siempre de forma especial a los más necesitados.

262. 5. Comunidad misionera. Una comunidad auténticamente eclesial ha de ser necesariamente misionera: consciente y responsable de su misión ante el mundo.

Junto a

los rasgos de alegría, esperanza, generosidad, habría que señalar, como criterio de comunidad eclesial, la fecundidad de vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras. Además, la vida misma de sus miembros ha de ser testimonio que haga plantearse a quienes la contemplan interrogantes irresistibles sobre su manera de ser y la fuente de inspiración de sus conductas. «Este testimonio constituye de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz de la Buena Nueva» (EN 21).

263. 6. Comunidad de corresponsabilidad y ministerial, vertebrada y diversificada en servicios y ministerios. En ella cada uno de sus miembros, a su nivel y desde su situación,

contribuye a la edificación y crecimiento del Cuerpo entero en el amor. Comunidad que se

siente animada, estimulada y guiada por el ministerio de los presbíteros y de los Obispos.

264. 7. Comunidad consciente de sus límites y de la necesidad de complementariedad.

Toda comunidad cristiana inmediata debe reconocer sus limitaciones y la necesidad de

complementarse con otras comunidades. Por esto, debe aceptar las aportaciones de otras

comunidades y de la Iglesia local y universal como factores, a veces críticos, de propio enriquecimiento.

265. 8. Por último, otro rasgo, en este caso más acentuadamente antropológico es el de ser Comunidad de talla humana.

La concreción del sentido comunitario eclesial se realiza de manera muy adecuada en comunidades en las que el número de sus componentes hacen posible las relaciones interpersonales de sus miembros, pues en ellas:

los creyentes se sienten integrados en la Iglesia de una manera no anónima, sino conscientemente personal;

aprenden a compartir su propia fe con la de los otros hermanos, superando, en la comunión, los puntos de vista individuales;

la actitud personal de cada uno puede ser más activa y creativa;

ellas, en fin, por la escucha de la Palabra de Dios, por el compromiso cristiano de sus

miembros y por la celebración litúrgica, constituyen lugares de auténtica experiencia de vida eclesial.

Página 83/107

3. LA COMUNIDAD CRISTIANA, PUNTO DE PARTIDA Y CLIMA EN EL QUE EL CREYENTE SE INICIA Y MADURA EN LA FE

266. La misión de educar en la fe corresponde a la Iglesia local. Insertada en ella, la comunidad cristiana inmediata es el lugar del conocimiento y de la glorificación del Padre; es

el punto de partida ordinario y el clima nutricional en el que el creyente se inicia y madura en la fe.

De la comunidad creyente nace siempre el anuncio de la Buena Noticia del Reino que invita a los hombres a su acercamiento a Jesucristo, a la aceptación de su mensaje y a su

seguimiento en la vida. Y es la misma comunidad quien acoge continuamente a los que

desean conocer al Señor y adentrarse en la vida nueva; quien acompaña en su itinerario de fe a los que de niños han sido regenerados por el bautismo; quien ayuda a los adultos que sienten la necesidad de profundizar en su condición de cristianos. Ella es la que posee y es depositaria de los misterios de la fe y de la vida que transmite. Solamente las comunidades cristianas, desde su propia vida, serán capaces de que la acción catequética ponga en marcha un dinamismo comunitario que eduque en el sentido eclesial propio de la vida cristiana. Desde esta experiencia comunitaria todo proceso catequético, en cualquier edad o condición, hará posible la educación del cristiano para su inserción plena en la comunidad de Jesucristo, que es misión propia de la catequesis (ver Sínodo 1977, MPD 10). Esta inserción se inicia al irse incorporando el creyente a la comunidad cristiana concreta en la que nace y crece la fe. Como ya hemos visto, el iniciarse en la vida comunitaria es algo característico de una catequesis de inspiración catecumenal como la que propugnamos a lo largo de toda esta reflexión.

4. LA CATEQUESIS SE REALIZA A TRAVÉS DE DIVERSOS ÁMBITOS COMUNITARIOS

267. Después de haber señalado que la comunidad cristiana inmediata es el lugar propio de la catequesis, deseamos considerar ahora algunos cauces comunitarios de carácter inmediato que se manifiestan como ámbitos privilegiados de catequización, al menos para atender a algunas dimensiones propias de la catequesis.

a) La parroquia

268. «La comunidad parroquial debe seguir siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado» (CT 67).

La parroquia es, sin duda alguna, lugar privilegiado donde se realiza la comunidad cristiana. Está llamada a ser una casa de familia, fraternal y acogedora, donde los bautizados y confirmados se hacen conscientes de ser pueblo de Dios (ver CT 67). En ella

el pan de la Palabra, el pan de la Eucaristía y el envío misionero al mundo son significativos.

Es el lugar normal donde los cristianos establecen contactos con la Iglesia local y con la

comunidad de todas las Iglesias: allí se descubre la comunidad diocesana y universal, ampliándose el horizonte de la visión cristiana en la vida, en el mundo. La parroquia, en

cuanto comunidad cristiana local, es el ámbito ordinario del nacimiento y crecimiento de la fe.

269. Históricamente nació la parroquia como lugar más adecuado para mantener la cohesión fraterna del grupo eclesial en que sus miembros se sienten próximos entre sí.

Durante siglos ha cumplido fielmente esta misión en la sociedad preindustrial y en el ámbito

rural. En los tiempos presentes «ha sido como sacudida por el fenómeno de la urbanización...», pero sigue siendo una referencia importante para el pueblo cristiano, incluso

Página 84/107

para los no practicantes» (CT 67). Su vigencia actual y para el futuro supone una transformación y renovación a fondo de aquellas parroquias que, por diversas

circunstancias, han perdido o no tienen el sentido y talante comunitario. Con verdadera esperanza hay que dedicar fuertes energías para esta revitalización de la pastoral parroquial

que le lleve a una verdadera estructura de comunión.

La preocupación por sentirse comunidad responsable de la educación de la fe de los creyentes será una verdadera causa de renovación de la parroquia. Es ella quien ordinariamente ha de crear las condiciones favorables para una catequesis auténtica y vital.

En nombre de la diócesis, es el principal foco de animación y coordinación de las actividades catequéticas.

270. En la parroquia, y a través de la catequesis parroquial, adultos, jóvenes y niños han de encontrar a la comunidad de personas que profesan su fe. Allí deben entrar en contacto personal con los signos litúrgicos y con los signos de caridad fraterna de la Iglesia.

En la parroquia deben hallar adecuadamente la oportunidad de manifestar su unión en la fe

y en la Eucaristía mediante obras de servicio mutuo y mediante el diálogo fraterno. En ella

descubrirán la pluralidad y riqueza del Pueblo de Dios diversificado en ministerios, carismas

y vocaciones plurales, en acciones eclesiales, en comunidades, grupos y movimientos. Por todo ello, será función propia de la catequesis parroquial: iniciar en la vida litúrgica, integrar en las celebraciones, manifestar la unión de todos en la fe y en la Eucaristía mediante las obras de caridad, de servicio de unos a otros, y el esfuerzo por realizar una

verdadera comunidad eclesial y plural. La catequesis parroquial ayudará al descubrimiento

de una Iglesia ministerial y al sentido de la militancia cristiana. El impulso evangelizador de

la parroquia no puede olvidar la educación de la fe y la catequización de la muchedumbre de

los cristianos, bien sean éstos practicantes habituales u ocasionales. A todos ellos se dirigirá

una catequesis menos explícita y sistemática que se desarrolla, ordinariamente, por cauces

ocasionales. Entre estos cauces destacan las catequesis preparatorias para la recepción de

los sacramentos (matrimonio, bautismos de los hijos...), los tiempos fuertes del año litúrgico,

la homilía dominical. En todos ellos habrá que pretender hacer una presentación intensiva

de lo central del anuncio cristiano (Sínodo 1977, prop. 27).

Tarea primordial en la responsabilidad catequizadora de la comunidad parroquial será estimular a los distintos agentes pastorales a percibir la ineludible importancia de la acción

catequética, animándoles a sus propias responsabilidades y preparando dignamente a los

catequistas.

271. Es importante que en el pueblo cristiano se hagan serios esfuerzos por la renovación y revitalización de la comunidad parroquial. Ella está llamada, también hoy, a

cumplir una misión en el mundo actual, siendo comunidad local donde se siga escuchando

la Palabra de Dios, celebrando la Eucaristía, impulsando la comunión de los creyentes,

enviando a sus miembros al mundo para que por su inserción en él y el anuncio del mensaje se adelante la edificación del Reino de Dios.

b) La familia

272. La familia debe ser considerada como un cauce catequético de importancia primordial, «en cierto modo insustituible» (CT 68). Así ha sido reconocido y subrayado por la tradición de la Iglesia, especialmente por el Vaticano II (ver GE 3; LG 11; AA 11,30; GS 52).

A pesar de tendencias contrarias, en los últimos tiempos, la familia ha sido revalorizada como un lugar privilegiado de realización personal: es la primera comunidad donde los hombres se abren al conocimiento de la verdad, al amor y a las relaciones con los otros.

Página 85/107

La familia cristiana «debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y donde éste se irradia» (EN 71), ya que ella es como una célula de la gran Iglesia establecida por

Jesucristo. Participa, en efecto, de las acciones y de la vida de esa misma Iglesia profética y

catequizadora, orante y cultural, de comunión y de servicio, de compromiso de la fe en las

realidades temporales y constituye un ámbito fundamental para el germen, crecimiento y maduración de la fe.

La familia cristiana tiene una misión propia respecto a la educación de la fe de sus miembros, especialmente de los hijos. Ella es catequista por vocación y naturaleza.

Los

padres y el conjunto familiar son los primeros catequistas y la primera catequesis de los

hijos. Estos escuchan y aprenden el Evangelio, antes que nada, en las personas que integran la realidad familiar y encarnan los valores humanos y cristianos.

273. La catequesis familiar «precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis» (CT 68). Son objetivos de esta catequesis: el despertar religioso, la iniciación en

la oración personal y comunitaria, la educación de la conciencia moral, la iniciación en el

sentido del amor humano, del trabajo, de la convivencia y del compromiso en el mundo,

dentro de una perspectiva cristiana.

En su pedagogía asume «las características propias de la vida familiar, de amor, sencillez, concreción y testimonio cotidiano» (FC 53). Es, por ello, una catequesis más del

testimonio que de la enseñanza, más ocasional que sistemática, más permanente que estructurada en períodos.

La fe se transmite en todo el contexto familiar con ejemplos, palabras, oraciones realizadas en común y, principalmente, creando una atmósfera cristiana (ver Sínodo 1977,

prop. 26). De hecho, esta educación en la fe, «que debe comenzar desde la más tierna edad

de los niños, se realiza ya cuando los miembros de la familia se ayudan unos a otros a crecer en la fe por medio de su testimonio de vida cristiana, a menudo silencioso, más perseverante a lo largo de una existencia cotidiana vivida según el Evangelio. Será más

señalada cuando, al ritmo de los acontecimientos familiares..., se procura explicitar en

familia el contenido cristiano o religioso de esos acontecimientos» (CT 68).

274. Todo esto reclama cambiar de mentalidad respecto a las familias y a la educación de la fe en su seno. Los padres cristianos deben superar posibles complejos de inferioridad

en relación con la educación religiosa y cristiana de sus hijos y convencerse de que no necesitan especiales conocimientos teológicos, sino asumir sencilla y confiadamente los

dones sacramentales y de la gracia que derivan de su matrimonio. Se deben superar, asimismo, aquellas teorías que, por un concepto poco claro de la realidad, sugieren dejar

para más tarde la propuesta del Evangelio con sus opciones y compromisos correspondientes.

No se puede minusvalorar, por otro lado, la religiosidad familiar, que parte de la religiosidad popular, marcada a veces con elementos impuros. Esta religiosidad de la familia, incluidos los aspectos no tan positivos, atestiguan en su raíz una memoria evangélica conservada y consentida.

275. Esta educación peculiar de la fe, «ambiental», es importante; pero es necesario ir más allá; caminar hacia una catequesis explícita tanto en el seno familiar como en otros

ámbitos comunitarios de la Iglesia, con los que han de colaborar las familias. «La catequesis

familiar ha de armonizarse responsablemente con los otros servicios de evangelización y

catequesis presentes y operantes en la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial» (FC 53).

Página 86/107

La parroquia, verdaderamente, no podrá sustituir a la familia en su función educadora de la fe, ni ésta podrá dimitir de dicha función entregándola enteramente a la parroquia.

Cada una tiene su propio cometido. La parroquia proseguirá, completará y perfeccionará la

obra de las familias y ayudará a éstas a que puedan cumplir adecuadamente y cada día

mejor con la tarea que les es propia.

Lo mismo que acabamos de afirmar respecto a la relación familia-parroquia, podrá aplicarse, con las matizaciones correspondientes, a la relación entre familia y comunidad

escolar, cuando en ésta se procura una auténtica e integral educación en la fe.

Toda la riqueza de la educación de la fe no puede agotarse, sin embargo, en el ámbito de la familia. La catequesis familiar habrá que desarrollarla en solidaridad con los otros ámbitos educadores de la fe y en comunión con las orientaciones de la Conferencia Episcopal y de la respectiva Iglesia local.

276. Muchos padres cristianos están llamados a ser catequistas no sólo de sus hijos, sino también de otros a través de la catequesis parroquial. A este respecto reconocemos

como un hecho actual muy esperanzador el que, frecuentemente, adultos cristianos, sobre

todo madres de familia, desempeñen tareas de catequistas en sus comunidades parroquiales.

Urge preparar a los padres cristianos para que asuman y cumplan responsablemente su

oficio de primeros y permanentes catequistas de sus hijos. «Nunca se esforzarán bastante

los padres cristianos por prepararse a este ministerio de catequistas de sus propios hijos y

por ejercerlo con celo infatigable» (CT 68).

Hay que ayudar a que la comunidad familiar cristiana se renueve con la novedad del Evangelio, y se convierta más y más a ese Evangelio. La misma catequesis familiar puede

ser, en este sentido, un instrumento valiosísimo. «Los mismos padres aprovechen el esfuerzo que esto les impone, porque en un diálogo catequético de este tipo cada uno recibe y da» (CT 68). De esta manera, toda la comunidad familiar estará atenta a la Palabra

de Dios, se vinculará a la fraternidad de los discípulos de Jesús, siendo comunidad evangelizada y evangelizadora.

c) **Las comunidades eclesiales de base**

277. En muchas ocasiones el dinamismo comunitario que llena hoy nuestra Iglesia se concreta «un poco por todas partes» (EN 58), en el nacimiento de las llamadas «pequeñas

comunidades» o «comunidades de base».

Muy diversas son las formas de realización de éstas, pero a todas les une el deseo de concretar a la comunidad creyente en grupos poco numerosos de personas, en que todos

son conocidos, juntos tratan de vivir, en una dimensión más humana, la escucha actual de la

Palabra, la búsqueda de su sentido en las propias realidades humanas y ambientales, la

celebración desde la propia vida de los misterios cristianos, el compromiso con las situaciones vitales en las que sus miembros se encuentran insertos y el anuncio, las más de

las veces, testimonial, de la fe común. Estas comunidades llevan en su propia dinámica

elementos que las distinguen unas de otras y las definen peculiarmente.

Cuando una comunidad de este tipo responde a los rasgos o notas de comunidad cristiana inmediata descritas anteriormente, puede llamarse propiamente eclesial.

278. En el momento presente de nuestra Iglesia, encontramos en la realización y vida concreta de unas u otras de las comunidades eclesiales de base aspectos verdaderamente

Página 87/107

positivos (el mutuo y sincero conocimiento de las personas, su adhesión al grupo, el espíritu

de corresponsabilidad, creatividad, la respuesta vocacional, la osmosis con el mundo, el

espíritu profético el ser ámbito privilegiado de maduración cristiana y escuela de fortaleza y

fidelidad), pero no podemos olvidar algunos aspectos negativos que en mayor o menor grado también se dan a menudo en ellas (hipercrítica, narcisismo, espíritu de «gheto», privatización y reduccionismo, desconexión de la Iglesia diocesana y de su obispo, dirigismo

larvado, impaciencia e inconstancia) (ver COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL, «Servicio pastoral a las pequeñas comunidades cristianas», nn. 12-31).

De hecho, «estas comunidades pueden ser un valioso instrumento de formación cristiana y penetración capilar del Evangelio en la sociedad» (JUAN PABLO II, Mensaje a los

líderes de las Comunidades Eclesiales de Base del Brasil). Y lo será en la medida en que se

mantengan fieles a lo que les identifica como auténticamente eclesiales (ver EN 58 y Sínodo

de 1977, prop. 29).

279. A la catequesis puede servir de gran ayuda e incremento estas pequeñas

comunidades, encontrando en ellas no solamente un lugar adecuado para la educación de la fe de los que, habiendo sido evangelizados, se acercan a ellas, sino también como testimonio vivo de eclesialidad que acompaña a la acción catequética y como lugar de acogida para quienes, habiendo hecho un proceso catequético, se insertan en la Iglesia

como miembros de ella.

Un aspecto que, junto a la celebración y al compromiso, deben cuidar con esmero estas

comunidades es el itinerario de la fe de sus componentes. Es necesario que siempre se

transmita, limpia de ideologizaciones, autorizada y actualizadamente la fe común de la comunidad eclesial. Una aportación muy peculiar de estas pequeñas comunidades será la

de insertar la catequesis en la vida cotidiana.

280. La apertura y solidaridad con otras comunidades eclesiales y con el conjunto de la

Iglesia local, harán más eclesial la vida de estas pequeñas comunidades, que, de suyo, no

pueden bastarse a sí mismas. Insertadas y en comunión con las parroquias, colaborarán en

la necesaria renovación de éstas y ayudarán a que sean «comunidad de comunidades»

como las vio el Sínodo de 1977. También de esta forma, la pequeña comunidad llegará a

ofrecer a la Iglesia toda su potencialidad, al poder ofrecer a una comunidad más amplia la

riqueza de sus dones: «Conozco el empeño de vuestra comunidad en la obra meritoria de la

catequesis. En estos años las Conferencias Episcopales han intensificado sus esfuerzos en

este campo de excepcional importancia para la vida misma del Pueblo de Dios. Seguir los

métodos, las indicaciones, los itinerarios y los textos ofrecidos por los Episcopados, como

también ejercitar el ministerio de la catequesis en la comunión y en la disciplina eclesial, en

la relación con el ministerio fundamental del obispo y de los presbíteros a él asociados, será

una preciosa ayuda para vuestras catequesis a todos los niveles y redundará ciertamente en

grandes frutos espirituales entre los fieles» (JUAN PABLO II, *Encuentro con los presbíteros de*

las Comunidades Neocatecumenales, 7 de febrero de 1983).

d) **Asociaciones, grupos y movimientos apostólicos**

281. «(Las asociaciones, movimientos y agrupaciones de fieles alcanzarán tanto mejor sus objetivos propios y servirán tanto mejor a la Iglesia, cuanto más importante sea el espacio que dediquen en su organización interna y en su método de acción, a una seria

formación religiosa de sus miembros. Toda asociación de fieles en la Iglesia debe ser, por

definición, educadora de la fe» (CT 70).

Las diversas organizaciones de apostolado seglar, promovidas por la Iglesia, tienen como finalidad ayudar a los creyentes a desempeñar su misión laical en el mundo y en la

misma Iglesia. De alguna forma, son ámbitos verdaderamente comunitarios. En ellas, normalmente, al tiempo que se persiguen sus objetivos específicos, se ayuda a jóvenes y adultos a escuchar la Palabra de Dios, «ser constantes en la oración», ejercer el ministerio de la caridad, ser conscientes —como seglares— de su vocación como instauradores de lo temporal según los designios de Dios...

Para que esta acción apostólica secular sea verdadera vivencia de la fe eclesial, no podrán las mismas organizaciones prescindir de la dimensión catequética en sus planes de formación. Partiendo de la vida y de la misma dinámica del movimiento concreto tiene que irse, progresivamente, ayudando a los miembros a madurar en su fe e ir solidificando continuamente la propia síntesis de fe.

282. En el orden de los principios es deseable el que todo miembro de una organización apostólica hubiese llegado a una completa iniciación en la fe por medio de un proceso catequético. En la realidad, muchas veces no ocurre esto. Sin embargo, constatamos cómo el ejercicio de las acciones propias de esas agrupaciones conducen frecuentemente a sus miembros a un mayor compromiso de fe y a un descubrimiento de la necesidad que tienen de una profundización en el conocimiento y en la autenticidad de vida cristiana integral y comunitaria; esto es, a la toma de conciencia de un proceso catequético que tendrá su originalidad. Así, junto a la invitación que las distintas agrupaciones, asociaciones y movimientos deben hacer a sus miembros para que se realice ese proceso, habrá de aprovechar al mismo tiempo sus propios cauces formativos, sus elementos propios para una educación sistemática de la fe, o posibilitar que otras instituciones eclesiales creen cauces adecuados para su logro. Este proceso, inserto y vinculado al dinamismo educativo y evangelizador de la comunidad eclesial, debe estar unido y en conexión con la propia acción, la plegaria, la comunión y los demás elementos propios de la organización.

5. LA CATEQUESIS EN GRUPO, EXIGENCIA DE LA CATEQUESIS

283. Una catequesis en la comunidad y en clave de proceso catecumenal parece reclamar, como medio más adecuado para cumplir su cometido, el que se realice en grupo.

El grupo catequético y la catequesis en grupo, como expresión e iniciación en la comunidad, es una exigencia de la catequesis.

«La importancia del grupo crece cada vez más en catequesis:

- en la catequesis de niños el grupo tiene la función de favorecer su educación para la vida social;
- para los adolescentes y jóvenes, el grupo debe considerarse como una necesidad vital;
- tratándose de adultos, el grupo puede ser considerado hoy como la condición de una catequesis que se proponga fomentar el sentido de corresponsabilidad cristiana» (DCG 76).

284. Las razones de la opción por una catequesis en grupo tiene como fundamento que el grupo catequético puede y debe constituir «una magnífica experiencia de vida eclesial»

(DCG 76). La catequización en grupo desarrolla de manera privilegiada dimensiones esenciales de la fe:

— La dimensión comunitaria y el sentido de pertenencia a la Iglesia, ya que, gracias al grupo, la fe se comparte en común, se crea la experiencia en común de la fe de la Iglesia, se expresa, se posibilita para decirla a otros, para devolver como palabra propia la palabra de fe recibida. En el seno de un grupo uno se siente acogido, **Página 89/107**

aceptado y reconocido en su persona, se siente personalmente llamado e integrado. Se hace posible el desarrollo del amor fraterno.

— En el grupo catequético puede vivirse la experiencia de la riqueza insondable de la acción de Dios que actúa de forma múltiple en los distintos hombres y que conduce por caminos plurales las vidas de las diferentes personas.

— La catequización en grupo, además, responde a una exigencia antropológica, singularmente manifiesta en nuestra cultura actual, que debe ser asumida por la catequesis: hoy el hombre quiere dialogar, participar, no se contenta con la escucha pasiva.

285. Todo ello obliga a estar atentos a diversos riesgos:

— La pretensión de que todos los componentes del grupo piensen uniformemente. El legítimo pluralismo es compatible con la comunión en la fe, siempre que esté a salvo el común coincidente de la fe de la Iglesia.

— La tentación de evasión. Es necesario mantenerse en una verdadera apertura: a la sociedad, al mundo con sus realidades y problemas y apertura a la Iglesia con sus virtudes, sus deficiencias, sus lentitudes y compromisos.

— El hacer de la vida afectiva de cada uno y del grupo la norma de fe.

— Concebir la creatividad del grupo en su búsqueda de fe en una perspectiva puramente subjetiva.

— Reducir la catequesis a una dinámica de grupo.

— Relegar al catequista a ser un mero animador de grupo.

286. De la opción por el grupo en la catequesis, se derivan varias consecuencias prácticas:

— Se multiplica la necesidad de disponer de numerosos catequistas: encontrar, seleccionar y formar a estos catequistas tiene que ser tarea principal.

— Necesidad de emplear un estilo y una pedagogía verdaderamente activa.

— La importancia de crear vínculos de unidad de los grupos catequéticos con las comunidades eclesiales inmediatas que les acogen y sostienen durante el proceso catequético, con las parroquias y con las iglesias locales.

— El valor del grupo catequético como cauce de renovación eclesial, ya que en él, desde la dinámica de la acción catequética y del mismo grupo, se desarrollan otras acciones eclesiales junto a la educación de la fe: culto, compromiso de la caridad... No queremos dejar de insistir en la aportación que puede hacer a nuestra Iglesia esta clase de catequesis en pequeños grupos de niños, jóvenes y adultos, pero no puede agotarse aquí el esfuerzo catequético. Junto a esta principal forma de catequesis no se

puede olvidar la actividad catequizadora con la muchedumbre de cristianos. Para ellos debe

cuidarse con esmero toda forma de catequesis ocasional: predicación, charlas, preparación

a los sacramentos, medios de comunicación social de masas, etc. (ver CT 45).

6. LA COMUNIDAD: META DE LA CATEQUESIS

287. La finalidad de la catequesis es la educación de la fe del creyente con vistas a

iniciarle en la comunidad cristiana que construye el Reino de Dios en el mundo. Por ello, junto a la profesión de fe, a la celebración de los misterios y a la vivencia de los valores evangélicos, la comunidad es meta de la catequesis y en ella desemboca. Toda catequesis es para la comunidad y ha de estar al servicio de su construcción. La transitoriedad de la catequesis exige que se conduzca a la comunidad cristiana, inserta en la Iglesia local. Al final de un proceso catequético los cristianos han de desembocar ordinariamente en una comunidad cristiana inmediata e integrarse plenamente en ella. La comunidad irá manteniendo su vida de fe y en ella vivirán el don de la comunión con los hermanos y serán impulsados a una vida cotidiana que sea coherente con la fe que profesan y celebran. 288. No es tarea específica de la acción catequética el promocionar, crear y organizar la vida comunitaria de una Iglesia local. La diócesis, en quien se hace presente y actual la Iglesia universal, es la responsable, al mismo tiempo, de la animación de las distintas comunidades eclesiales y de la acción catequética. El papel de la catequesis, en este sentido, será iniciar en lo comunitario, encaminar hacia la comunidad e insertar en ella a quienes pasan por un proceso. Por ello, para que la catequesis preste totalmente su propio servicio a la Iglesia, es necesario la existencia en las diócesis de verdaderas comunidades cristianas, positivamente eclesiales, compuestas por hombres y mujeres que creen y confiesan sinceramente a Jesús. Sólo así la labor catequética podrá ejercerse adecuadamente. Pero ella misma aportará nuevas energías a las comunidades con la inserción de nuevos miembros que habrán aceptado plenamente a Jesucristo o renovado su adhesión.

VII. LA ACCIÓN CATEQUÉTICA EN LA IGLESIA PARTICULAR

289. Deseamos abordar un último aspecto que nos parece necesario para la renovación de la catequesis: el sentido diocesano que debe animarla.

Son varias las razones que nos mueven a ello:

— La referencia a la diócesis es algo insoslayable en la educación del sentido eclesial de la fe. Si la catequesis se realiza en el ámbito de una comunidad cristiana, ésta está «unida a la Iglesia local» (EN 58). Es una de las características de su eclesialidad. Este sentido eclesial no es algo abstracto, sino que pasa por la pertenencia a una Iglesia particular o diócesis. Y la catequesis debe educar, también, este sentido de pertenencia.

— La organización de la pastoral catequética tiene como punto de referencia la diócesis. Como todas las acciones pastorales, la catequesis es una acción eclesial vinculada al obispo. Los objetivos generales de la acción catequética, la articulación de la misma en sus diferentes modalidades y la coordinación de la catequesis con las otras acciones de la misión evangelizadora de la Iglesia se realizan con una perspectiva diocesana.

— Los caminos de la catequesis hacia el futuro han de abrirse desde las necesidades concretas de una Iglesia particular, lo cual exige una adecuación a la situación concreta de la diócesis, en relación con el grado de su identidad eclesial, con las prioridades evangelizadoras que debe potenciar, con las metas que, a corto y largo plazo, quiere conseguir.

1. LA IGLESIA PARTICULAR O DIÓCESIS

290. «La diócesis es una porción del pueblo de Dios, que se confía a un obispo para

que la apaciente con la cooperación de su presbiterio, de forma que, unida a su pastor y

Página 91/107

reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia

particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica» (CD 11).

291. No queremos hacer un comentario exhaustivo de esta descripción conciliar; baste para nuestro propósito algunas observaciones:

□ Una diócesis se define, ante todo, como «porción del pueblo de Dios» y no por el lugar

geográfico. El conjunto de cristianos que constituyen una diócesis están llamados a ser, para un territorio determinado —con sus gentes, cultura y problemática concreta—, signo del Reinado de Dios y sacramento eficaz de salvación, con responsabilidades misioneras más allá del territorio en que vive.

□ La diócesis es una Iglesia reunida en torno a un obispo, lo que indica que la figura de éste es, fundamentalmente, un ministerio de servicio (LG 18) para la unidad en la fe, en el culto, en el amor y en la acción misionera pastoral. La comunidad diocesana celebra la Eucaristía, donde se realiza la Iglesia, en comunión con su obispo.

292. Tareas de la catequesis son, por tanto:

— El ministerio de la «tradición del Evangelio», en una Iglesia particular.

— El servicio a la unidad de confesión de fe, en la que hemos sido bautizados dentro de esa Iglesia.

— La iniciación en la común-uniión (koinonía) de la Iglesia local, celebrada en la Eucaristía.

293. Desde estas tareas peculiarmente diocesanas adquieren nuevos acentos, otros cometidos básicos de la catequesis, como son:

— La educación en el sentido de pertenencia a la Iglesia universal (ver EN 61).

— La iniciación en la responsabilidad misionera, para el servicio de todos los pueblos (ver EN 14 y 24).

— La educación para la solidaridad con las necesidades humanas.

294. Lo mismo que la Iglesia universal, la Iglesia particular está en función de la evangelización: «Ella existe para evangelizar» (EN 14). Y este proceso evangelizador es

—para un territorio determinado— un proceso total, desarrollando todos los elementos que

lo integran (ver EN 24), nunca parcial. Esto funda la necesidad de organizar la acción evangelizadora de la diócesis desde una perspectiva de conjunto.

295. En la Iglesia particular han sido depositadas ya, como germen fecundo, las notas o

rasgos característicos que definen a la Iglesia y que están destinados a crear hasta conseguir, un día, su plenitud. La catequesis está llamada a desempeñar en este desarrollo

una tarea esencial: «La catequesis está íntimamente unida a toda la vida de la Iglesia... Su

crecimiento interior, su correspondencia con el designio de Dios depende esencialmente de

ella» (CT 13).

Interesa, por tanto, vivamente a la catequesis conocer el estado en que se encuentra la

unidad de fe de los cristianos de la Iglesia local (ver EN 77), el testimonio de santidad que

está ofreciendo (ver EN 21), su grado de presencia en todos los sectores, así como el momento de su crecimiento interior (ver EN 19 y CT 13), —de igual forma— la

intensidad de

la fidelidad de su acción evangelizadora a las constantes de la evangelización apostólica (ver EN 15). El crecimiento de la Iglesia particular es, en efecto, el cometido esencial de la acción catequética.

Página 92/107

2. LA ORGANIZACIÓN CATEQUÉTICA EN LA IGLESIA PARTICULAR

296. Afirmada la vital importancia que, para una diócesis, tiene la acción catequética, hemos de indicar —siquiera someramente— algunos aspectos que nos parecen necesarios

para su adecuada organización. El cuadro general de toda planificación catequética, así

como los diferentes vectores que deben inspirarla, están descritos en el Directorio General

de Catequesis, y son éstos:

- análisis de la situación,
- programa de acción,
- formación de catequistas,
- orientaciones para la catequesis e instrumentos de trabajo,
- promover estructuras adecuadas de catequización,
- coordinación de la catequesis en toda acción pastoral,
- promover la investigación (Ver DCG 98-134).

Sin pretender, con estas pautas, sustituir una planificación que compete establecer en el

nivel diocesano o interdiocesano, queremos sólo fijarnos en algunos puntos que puedan

contribuir a orientarla.

a) Análisis de la situación

297. La Iglesia particular, a la hora de organizar su acción catequética debe partir de un

análisis de la situación. Se trata, en nuestro caso, de partir de un conocimiento de la realidad, precisamente en relación con la catequesis. No hablamos ahora de un análisis de

la situación más amplio, necesario para planificar el conjunto de la acción eclesial.

Por otra parte, al señalar la necesidad de este análisis situacional, tampoco queremos dejar de advertir el riesgo —no irreal— de que un dirigente diocesano quede absorbido por

esta tarea (que es subyacente a la actividad estrictamente catequética) y no pase a aquellas

otras tareas más específicas de un programa de acción, como son la orientación de la opinión pública eclesial en favor de la catequesis, la formación de catequistas en la diócesis,

el facilitar instrumentos adecuados, etc. A este propósito es útil recordar la orientación del

Directorio: «Tal investigación en sí misma no es un fin, sino que debe iluminar una acción

más vigorosa y abrir caminos para su realización, bien incrementando obras e iniciativas de

comprobada eficacia, bien promoviendo otras. Se trata, pues, de prever y preparar lo que

necesariamente hay que hacer en el futuro» (DCG 102).

Formulada la cautela que acabamos de hacer, hay que subrayar, no obstante, la importancia de tal análisis, del cual es necesario determinar su objeto, es decir, los aspectos

de la realidad con los que es necesario contar a la hora de una correcta planificación

catequética. El DCG nos proporciona, para ello, una pista importante: «El objeto de esta investigación es múltiple, pues abarca: el examen de la acción pastoral; el análisis de la situación religiosa; las condiciones sociológicas, culturales y económicas, en tanto que estos datos de la vida colectiva pueden tener una gran influencia en el proceso de evangelización» (DCG 100).

«El examen de la acción pastoral»

298. A la catequesis le interesa sobremanera organizarse a partir del «examen de la acción pastoral», es decir, de la totalidad del proceso evangelizador tal como está realizándose en concreto en la diócesis.

Página 93/107

Entre otras cosas, se deberá conocer:

— El grado de conjunción de la evangelización diocesana, es decir, en qué medida se realiza con una perspectiva de conjunto y cómo está interiorizada —de hecho— esta necesidad en los agentes de la pastoral.

— Si es una evangelización equilibrada, o sea, si sus diferentes elementos (acción misionera, acción catequética, acción litúrgica, servicio de caridad, apostolado seglar...) están compensados, con vistas a un crecimiento orgánico de la Iglesia diocesana. Este aspecto se detectará mejor a partir de la distribución de los agentes.

— La intensidad de la coordinación interna entre las diferentes acciones pastorales, ya que —en el respeto a la peculiaridad de cada una— tienden todas a la prosecución de un mismo fin.

— La cualidad intrínseca de la acción evangelizadora, o sea, la profundidad con que las

constantes de la evangelización apostólica (anuncio del Reino, del amor gratuito del Padre, de la confesión del señorío de Jesús, del don del Espíritu, de la llamada a la conversión...) la están configurando.

— El grado de corresponsabilidad con que la evangelización se está llevando a cabo y,

en concreto, en qué medida los seglares, así como los religiosos y religiosas, van asumiendo una participación activa en la misión evangelizadora de la diócesis.

— La manera con que cada acción pastoral (predicación, misa dominical, catequesis...)

se ofrece de manera diversificada —no uniformada—, para poder atender diferentes niveles de fe de ambientes sociológicos, de circunstancias psicológicas (v.g. la subnormalidad...) u otros.

— Los resultados o «frutos» (DCG 99) que se están obteniendo —en la medida en que pueden detectarse—, en orden al crecimiento de la unidad de fe de la diócesis, de la vivencia comunitaria, de la penetración en los sectores más alejados, del signo testimonial que se están dando, del espíritu litúrgico, del sentido misionero...

299. Es obvio que este «examen de la acción pastoral» deberá estudiar con particular atención la acción catequética tal como, de hecho, se está realizando en la diócesis.

Aquí

también habrá de analizar su situación en la pastoral de conjunto, el equilibrio y articulación

entre las diferentes formas de catequización (con niños, adolescentes, jóvenes, adultos,

tercera edad), la coordinación de la catequesis con la educación cristiana en la familia, la

enseñanza religiosa escolar, la predicación, la enseñanza teológica..., la cualidad interna de

la acción catequética, los catequistas que la imparten y la formación que tienen, los

resultados que se obtienen.

No podemos menos de alabar el esfuerzo desarrollado en algunas diócesis para realizar este «examen de la acción pastoral». Su importancia estriba no sólo en la ayuda que presta a una mejor planificación catequética, sino en que, al hacerse con una gran participación de todos, es en sí mismo muy educativo, al mismo tiempo que suscita y renueva la vocación por la catequesis. «Toda la comunidad cristiana debe prestar su colaboración para el estudio de la situación a fin de que tome conciencia de los interrogantes y se disponga a actuar» (DCG 101).

Página 94/107

El «análisis socio-religioso»

300. El conocimiento de la realidad abarca, además, el «análisis de la situación religiosa» (DCG 100) en la Iglesia diocesana. Por lo que se refiere a este aspecto, secundamos la recomendación del DCG, cuando dice: «Por tratarse de un trabajo bastante difícil, es necesario evitar dos peligros, a saber: tener por ciertos elementos o indicios no suficientemente analizados o comprobados; exigir un estudio de tal perfección científica que resulte irrealizable» (DCG 101). Por nuestra parte, queremos insistir en el espíritu con que debe estudiarse la situación religiosa de una Iglesia particular. No se trata de emitir juicios sobre la interioridad de las conciencias, ni de dar —siquiera— la impresión de que pretendemos excluir de la Iglesia a los cristianos que viven prácticamente al margen de ella. Por el contrario, es más bien un profundo respeto al derecho que asiste a los cristianos (CT 14), en virtud del bautismo recibido, a ser educados convenientemente en la fe. En este espíritu, es decisivamente importante para la catequesis establecer una cierta tipología de los diferentes grados de vinculación a la Iglesia, descubriendo con lucidez aquellos niveles rudimentarios de fe, necesitados de una fundamentación en la misma. No olvidemos que esta fundamentación en la fe es la tarea peculiar de la catequesis. Es necesario, por otra parte, que el estudio de la situación religiosa en una diócesis analice con todo cuidado las diferentes formas de religiosidad popular (EN 48; CT 54), los grandes valores religiosos y humanos a ella inherentes, las raíces culturales que la configuran, así como las deformaciones que pueda tener, ya que «junto a elementos que se han de eliminar, hay otros que, bien utilizados, podrían servir muy bien para avanzar en el conocimiento del misterio de Cristo y de su mensaje» (CT 54).

El «análisis socio-cultural-económico»

301. El conocimiento de la realidad abarca, finalmente, un «análisis» de las condiciones sociológicas, culturales y económicas (DCG 100) en las que se desarrolla la misión evangelizadora de la Iglesia local. Aquí también, la necesidad de este estudio está en función de la fecundidad de la acción catequética. Por consiguiente, nos tenemos que preguntar por qué es tan importante

para la catequesis el conocimiento de la realidad socio-cultural.

La exhortación apostólica «Catechesi tradendae», tan sensible a este tema, nos proporciona importantes indicaciones a la hora de instrumentar la acción catequética con

una documentación seria sobre la realidad social. Entre otros, los aspectos a considerar

serán éstos:

— Cuáles son los campos concretos en el ámbito de la diócesis en los que los cristianos

pueden y deben comprometerse en la realidad social (Juan Pablo II pide que la catequesis impulse «hacia unos compromisos en la sociedad, vividos en el espíritu evangélico», CT 67).

— Cuáles son las situaciones conflictivas en las que, de hecho, se encuentra inmerso el

ciudadano y en las que el catecúmeno debe participar: «La catequesis tendrá cuidado de no omitir, sino iluminar como es debido, en su esfuerzo de educación en la fe, realidades como la acción del hombre por su liberación integral, la búsqueda de **Página 95/107**

una sociedad más solidaria y fraterna, las luchas por la justicia y la construcción de la paz» (CT 30).

— Cuáles son en cada situación los aspectos fundamentales de la enseñanza social de

la Iglesia que de forma adecuada debe encontrar su puesto en la formación catequética (ver CT 29). Los importantes análisis de situación efectuados por los documentos sociales del Magisterio deben ser asumidos por la catequesis.

— Cuáles son las claves fundamentales para discernir la cultura de nuestro siglo, las ideologías que —en algún grado— la determinan, así como las culturas concretas de nuestras regiones, para poder encarnarse en ellas e impregnarlas con la luz de la fe (ver CT 53).

— Cuál debe de ser la capacitación del catecúmeno «para vivir en un mundo que ampliamente ignora a Dios» y en el que puede ofrecer «un diálogo de salvación» (CT 57). Un conocimiento fundamental de la crítica de la religión, imperante en algunas ideologías, es obligado.

Es obvio que este análisis deberá hacerse con la ayuda de peritos (DCG 101; GS 44; AA 24). Se impone una estrecha colaboración entre los servicios diocesanos de catequesis

y las instituciones de estudio y apostolado social.

b) Programa de acción y orientaciones pastorales

302. «Una vez examinada cuidadosamente la situación, es necesario proceder a la publicación de un programa de acción... Este programa determina los objetivos, los medios de la acción pastoral catequética y las normas que la orientan, de suerte que respondan perfectamente a las necesidades locales, sin estar en desacuerdo con los objetivos y normas de la Iglesia universal» (DCG 103).

303. La experiencia de las diócesis nos dice que tal programa, cuando está bien hecho,

es de una gran utilidad, ya que, al marcar unos objetivos comunes a la acción catequética,

colabora a aunar esfuerzos y a trabajar en una perspectiva de conjunto. En cambio, cuando

no es realista, queda en letra muerta y, entonces, se duda de su utilidad.

La primera condición de tal programa debe ser, por tanto, su realismo. De ahí que ha de

recomendarse vivamente su sencillez, concisión y claridad, así como la jerarquización de las

tareas «según el orden de prioridad» (DCG 104).

304. Acompañando al «programa de acción» propiamente dicho, o en relación con él, la

Iglesia particular debe ofrecer a todo el pueblo de Dios, y muy especialmente a los catequistas, orientaciones pastorales sólidas y clarificadoras, sobre la importancia y necesidad de la catequesis en la vida de la Iglesia, sobre su naturaleza y su carácter propio,

sobre su contenido y método, sobre el catequista y su formación...

Confiamos que estas «Orientaciones» que hoy ofrecemos desde la Comisión Episcopal

de Enseñanza y Catequesis, dirigidas fundamentalmente a los responsables de la acción

pastoral y a los animadores de la formación de catequistas, puedan inspirar —en algún grado— la labor de orientación diocesana.

Este programa, como, asimismo, las oportunas orientaciones, si se ha visto la necesidad de establecerlo, conviene grandemente que sea estudiado, asumido y propuesto

bajo el respaldo oficial de la autoridad diocesana en cuanto tal, no a cargo sólo del organismo catequético.

Página 96/107

305. Es necesario que el programa distribuya y promueva responsabilidades, suscitando la participación de todos los fieles (DCG 107), bien directamente como catequistas o de otras formas. Un programa sobrio, bien presentado, puede ser profundamente educativo y responsabilizador. Para ello, es muy conveniente que la Iglesia

local elabore programas sectoriales para la catequesis de niños, adolescentes y jóvenes,

adultos y tercera edad, ya que de esta forma la responsabilidad estará mejor diversificada.

306. Finalmente, «es necesario que todas las actividades catequéticas estén dotadas de los oportunos medios económicos» (DCG 107). La prioridad de la catequesis en la misión

evangelizadora de la diócesis, si no queremos mantenerla en una mera proclamación formal, debe traducirse en una prioridad de recursos materiales y de personal idóneo y dedicado.

c) Formación de catequistas

307. La primera preocupación a la hora de organizar la acción catequética en la Iglesia local es, sin ninguna duda, el reclutamiento y la formación de los catequistas:

«Cualquier actividad pastoral que no cuente para su realización con personas verdaderamente formadas y preparadas, necesariamente carecerá de valor. Los mismos

instrumentos de trabajo no pueden ser eficaces si no son manejados por catequistas bien

formados. Por tanto, la adecuada formación de los catequistas debe preceder a la renovación de los textos y a una más sólida organización de la catequesis» (DCG 108).

Este tema nos parece de una importancia tan decisiva que la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis se ha propuesto publicar, en plazo inmediato, un documento —complementario de estas «Orientaciones pastorales»—, que trate, con la extensión que se merece, el problema de la formación de catequistas. Es la razón por la

cual a la figura del catequista y su formación sólo se le dedican aquí referencias sumarias o implícitas e indirectas.

d) Promoción de estructuras adecuadas

308. La adecuada organización de la acción catequética exige proveerla de estructuras

adecuadas:

«La organización de la catequesis, dentro del ámbito de cada Conferencia Episcopal, comprende ante todo estructuras diocesanas, regionales y nacionales. Los principales objetivos de estas estructuras son:

a) promover actividades catequéticas;

b) colaborar con otros organismos y obras apostólicas (v.g. con la Comisión Litúrgica, con las asociaciones de apostolado seglar, con la Comisión de Ecumenismo...), porque

todas estas actividades de la Iglesia participan, aunque de modo muy diverso, en el ministerio de la palabra» (DCG 125).

Entendemos que, en gran medida, esta estructuración general ya existe en nuestra Iglesia.

309. En el plano diocesano, la acción catequética está animada y canalizada por el Secretariado Diocesano de Catequesis: «Por el decreto "Provido sane" fue constituido el

Secretariado (*Officium*) Diocesano de Catequesis, cuya tarea es dirigir toda la organización

catequética. Debe formar parte de este Secretariado diocesano un grupo de personas dotadas de competencia específica. La amplitud y variedad de las cuestiones que tratar,

Página 97/107

postulan la distribución de responsabilidades entre varias personas verdaderamente especialistas» (DCG 126).

El esfuerzo desarrollado en este sentido por las diócesis ha sido grande, pero no tanto como el que se necesita para una verdadera promoción de la catequesis de niños y jóvenes,

adultos y de la tercera edad, por medio de personas a las que se les encomiende la responsabilidad con la indispensable dedicación. La prioridad teórica de la acción catequética en la Iglesia local no se ha traducido —en general— en una provisión de recursos y de personal. Por otra parte, si la catequesis de niños aparece, de hecho, como un

campo diocesano relativamente atendido, mientras la catequización para las otras edades

se muestra muy deficitaria, esto sería fruto no tanto de una oferta diocesana así concebida

cuanto de la inercia de respuesta a los servicios que se solicitan por parroquias y catequistas de base.

310. Desde hace varios años, de modo gradual, se han ido constituyendo entre nosotros grupos o equipos de trabajo interdiocesanos o regionales compuestos por quienes

tienen responsabilidades catequéticas en sus diócesis. Consideramos muy positivo el camino trazado y los pasos recorridos; habría, no obstante, que avanzar en este sentido en

otras partes, en armonía con el desarrollo de algunos otros sectores pastorales también

fundamentales, y siempre con una presencia efectiva de los propios Obispos.

«Conviene que varias diócesis unan su acción, aportando para el provecho común las experiencias y los proyectos, los cargos y los recursos, de modo que las diócesis mejor

dotadas ayuden a las demás y aparezca un programa de acción común, que llegue a toda la

región» (DCG 127).

e) **Coordinación de la catequesis con toda la acción evangelizadora**

311. Finalmente, la organización de la acción catequética en la Iglesia local pide su coordinación con las otras acciones pastorales: «Como cualquier acción que tenga

importancia en la Iglesia participa del ministerio de la palabra, y como la catequesis está siempre relacionada con toda la vida eclesial, de ahí se sigue que la acción catequética pide necesariamente una coordinación con la acción pastoral general. La finalidad de esta colaboración consiste en que la comunidad cristiana crezca y se desarrolle de una manera armoniosa y ordenada» (DCG 129). Esta coordinación resultará más fácil si la acción catequética sabe ceñirse a su peculiar función dentro de la evangelización, en la línea que hemos indicado en este documento. En este sentido, la catequesis es la primera interesada en que se potencien, en la diócesis, las

otras acciones pastorales, tanto las que la preparan, como las que emanan de ella. 312. Más en concreto, y para su propio buen funcionamiento, la catequesis podrá desempeñar su misión tanto mejor cuanto más efectiva sea en las diócesis:

— Una evangelización misionera organizada, sustentada fundamentalmente en el laicado, y apoyada en movimientos apostólicos y comunidades cristianas, presentes en los distintos ambientes. En ellos se hará presente la acción catequética para prestar, con las condiciones debidas, su imprescindible servicio.

— Una predicación cuidada, educadora de la religiosidad de nuestros pueblos, en la que la homilía no pierda su identidad específica, aunque haya de adquirir, en nuestras circunstancias, un talante profundamente misionero. Una estrecha coordinación entre el servicio catequético y litúrgico, en las diócesis, nos parece totalmente necesario.

Página 98/107

— Una enseñanza religiosa escolar rigurosa y esmerada que, fiel a la especificidad de su acción y llevada a cabo por un profesorado adecuadamente preparado, capacite a los alumnos para el cultivo de la dimensión religiosa de su personalidad, en armonía con la asimilación sistemática de la cultura que la escuela le ofrece. En este aspecto, la pastoral diocesana ha de organizar con especial cuidado la coordinación de dos acciones que, siendo distintas, son —al mismo tiempo— complementarias.

— Un servicio teológico que sepa unir la libertad en la investigación con la necesaria iluminación doctrinal de los problemas nucleares de nuestra pastoral y, en concreto, de nuestra acción catequética. Nos parece, igualmente, necesario que los cristianos que hayan seguido un proceso catequético, que se sitúa a un nivel fundamental, puedan —por cauces apropiados— recibir una enseñanza teológica adecuada, fiel a su propia peculiaridad.

313. Asimismo, la catequesis necesita en las diócesis de:

— Una pastoral familiar que capacite —entre otras cosas— a los padres cristianos para

desarrollar una adecuada educación cristiana en la familia. Sin ella, nuestro trabajo catequético con niños, adolescentes y jóvenes puede verse gravemente dificultado.

— Una pastoral de jóvenes imaginativa, creadora de la Iglesia del mañana, en la que, a

partir de los valores de la juventud, puedan surgir asociaciones y comunidades cristianas juveniles, dotadas de un talante apostólico y misionero. Sólo en el marco de esta pastoral es posible una catequesis de jóvenes con garantía.

— Una pastoral educativa que ayude a los educadores cristianos a desarrollar la peculiaridad de su misión evangelizadora, colaborando —dentro del respeto a la autonomía de las disciplinas profanas— a que el alumno pueda establecer un puente entre su fe y la cultura.

— Una pastoral de comunidades eclesiales de base que anime, coordine y promocióne

la rica realidad comunitaria que, a través de innumerables grupos, ha proliferado en nuestras diócesis. La catequesis necesita de estos cauces de continuidad para el desempeño de su función.

3. EL OBISPO Y LA CATEQUESIS

314. Es obvio que en la renovación de la pastoral catequética diocesana y en su adecuada coordinación con el resto de las acciones pastorales, los obispos hemos de poner

nuestro máximo empeño. Por eso, al finalizar nuestra reflexión, deseamos compartir con

vosotros estas palabras de Juan Pablo II, dirigidas a los obispos de todo el mundo, que

suponen para nosotros un serio compromiso con la catequesis: «En el campo de la catequesis tenéis vosotros, queridísimos Hermanos, una misión particular en vuestras iglesias: en ellas sois los primeros responsables de la catequesis, los catequistas por excelencia. Sé que el ministerio episcopal que tenéis encomendado es cada día más complejo y abrumador. Os requieren mil compromisos. Pues bien, que la solicitud por promover una catequesis activa y eficaz no ceda en nada a cualquier otra preocupación.

Esta solicitud debe llevaros a transmitir personalmente a vuestros fieles la doctrina de la

vida. Pero debe llevaros, igualmente, a haceros cargo en vuestras diócesis, en conformidad

con los planes de la Conferencia Episcopal a la que pertenecéis, de la alta dirección de la

catequesis, rodeándoos de colaboradores competentes y dignos de confianza. Vuestro cometido principal consistirá en suscitar y mantener en vuestras Iglesias una verdadera

Página 99/107

mística de la catequesis, pero una mística que se encarne en una organización adecuada y

eficaz, haciendo uso de las personas, de los medios e instrumentos, así como de los recursos necesarios» (CT 63).

CONCLUSIÓN

En 11 de junio de 1979, esta misma Comisión Episcopal publicaba unas

«Orientaciones

pastorales» dirigidas a un campo de acción ciertamente complementario del de la catequesis: el de la enseñanza religiosa escolar. Con tales orientaciones pretendíamos iluminar cuestiones debatidas hoy acerca de la legitimidad, el carácter propio y el contenido

de dicha enseñanza, ayudando a todos así a iniciar la nueva etapa que había que recorrer

en ese sector pastoral. Ya entonces advertíamos que llevar a cabo las directrices allí propuestas requeriría de todos un esfuerzo especial, con lo que implica de sacrificio, de

contraste permanente con la realidad y de constante disponibilidad. Interpretábamos la nueva situación de España y de la Iglesia como un llamamiento a salir de planteamientos

insuficientes, que nos compromete a participar en la búsqueda de la verdad, con gran ánimo, sin ambigüedades ni temores.

Aquellas advertencias finales podrían ser válidas también ahora para cerrar estas «Orientaciones pastorales sobre la catequesis en la comunidad cristiana». A pesar de la

amplitud de estas páginas, no hemos podido responder a todas las cuestiones actualmente

planteadas en conexión con la actividad catequética, aunque creemos que ciertamente

hemos acudido al encuentro de las exigencias de fondo particularmente agudas en nuestra Iglesia: redescubrir la naturaleza y la modalidad de ejercicio de una catequesis que, sin desconocer la rica experiencia del pasado, sea siempre fiel al proyecto de salvación que Dios ha revelado en Jesucristo y que va realizándose en esta realidad temporal nuestra en continua evolución.

Hemos redactado este documento impulsados por la convicción de que para asegurar la autenticidad de la pastoral catequética es especialmente necesario hoy el diálogo entre acción y reflexión: necesitamos situar la catequesis, tan rica en iniciativas en todas las diócesis de España, en un cierto plano en que la reflexión la enriquezca y acompañe constantemente.

Nosotros nos hemos movido con la misma voluntad de renovación que estuvo en el origen de la etapa abierta en la catequesis cuando, clausurado el Concilio Vaticano II, los pastores volvieron a sus Iglesias locales; nos ha animado una voluntad de fidelidad a la misión dentro de la concreta realidad española, deseando y esperando nuevas etapas de creatividad siempre en la fidelidad a los criterios que deben inspirar la acción eclesial. Creemos que el pensamiento y las directrices de los Sínodos universales de 1974 y 1977, con las consecuentes y autorizadas exhortaciones apostólicas «*Evangelii nuntiandi*» y «*Catechesi tradendae*», son verdaderas olas que hacen retornar hasta nosotros la auténtica inspiración del Concilio Vaticano II, después de las iniciativas, experiencias y tanteos de estos años, con su carga de aciertos y de cosas menos válidas.

Con estas Orientaciones queremos prestar un servicio a la catequesis española después de una etapa postconciliar llena de ilusión renovadora. El presente momento no tiene por qué ser menos dinámico y, sin perder brío y esperanza, puede revestirse de mayor profundidad y coherencia.

Corresponde ahora a cada comunidad eclesial tomar en consideración sus propias experiencias vivas de catequesis, el interrogarse sobre las opciones tomadas en estos años

Página 100/107

y sobre los logros alcanzados y las deficiencias observadas. Al realizar su propia reflexión, cada comunidad es invitada por nosotros, con estas «Orientaciones», a interpretar su acción catequética a la luz de los textos conciliares y de los documentos eclesiales básicos aquí indicados.

Unimos nuestra voz a la del Santo Padre, dirigida en Granada, el 5 de noviembre de 1982, a todos los catequistas y educadores cristianos: «Sea Cristo la recompensa por vuestras fatigas, cumplidas con desinterés y magnanimidad en todas las iglesias de España». También nosotros ponemos la catequesis de nuestras comunidades bajo el amparo de la Virgen María, la catequista de Jesús y la primera entre sus discípulos.

Elías Yanes Álvarez,

Arzobispo de Zaragoza y Presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis.

José Manuel Estepa Llaurens,

Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá y Presidente de la Subcomisión de Catequesis, y

Demetrio Mansilla Reoyo, Obispo de Ciudad Rodrigo;

Antonio Palenzuela Velázquez, Obispo de Segovia;

Jesús Pla Gandía, Obispo de Sigüenza-Guadalajara;

Jaime Camprodón Rovira, Obispo de Gerona;

Antonio María Rouco Varela, Obispo Auxiliar de Santiago de Compostela;

Ramón Búa Otero, Obispo de Tarazona; Vocales.

Madrid, 22 de febrero de 1983

NOTAS

(1) Pablo VI sitúa el anuncio de Jesucristo al mundo en el centro de la vida de la Iglesia: «La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio» (EN 22).

(2) Hemos expresado repetidas veces esta necesidad. Entre ellas en «Orientaciones pastorales del Episcopado sobre apostolado seglar» (XVII ASAMBLEA PLENARIA). Ver n. 9: «Preocupación misionera».

(3) «En la Iglesia de Jesucristo nadie debería sentirse dispensado de recibir la catequesis... y de saber formarse en la escuela de la Iglesia, la gran catequista y, a la vez, la gran catequizada» (CT 45).

(4) «*Strictiore sensu*», dice el texto original latino.

(5) Ver: SECRETARIADO DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES, «Entregó su vida

en rescate por todos». Fascículo editado con ocasión del Día del Seminario del año 1983.

(6) La numeración de 1ª a 10ª que aquí comienza expresa las *leyes catequéticas* antes mencionadas.

(7) Lo que se acaba de afirmar no se refiere necesariamente a la praxis actual relativa a la celebración de la Confirmación en la edad juvenil. Tan sólo se quiere llamar la atención sobre **Página 101/107**

las posibles desviaciones en la comprensión de los principios teológicos que estructuran la iniciación sacramental cristiana. Ver «Ritual de la iniciación cristiana de adultos. Observaciones generales. La iniciación cristiana».

(8) Nos hemos referido al Bautismo de adultos, porque es la forma paradigmática de la regeneración eclesial en Cristo. La interpretación del Bautismo de párvulos ha de hacerse en referencia al Bautismo de adultos. También en el Bautismo de niños, aunque con matices peculiares, interviene, de algún modo, lo personal. En efecto, la Iglesia hace cristianos a los niños, incapaces de fe personal, bautizándolos en la fe de la Iglesia (*in fide Ecclesiae*). Esto significa que la recepción de la gracia bautismal está vinculada a la fe de la Iglesia. Los niños bautizados irán desarrollando personalmente su fe en el seno de la Iglesia y bajo su cuidado. Ahora bien, en última instancia, el nuevo origen que surge del Bautismo podrá ser aceptado o rechazado, cuando el bautizado sea capaz de asumir opciones fundamentales propias. En todo esto hay un supuesto antropológico —que, a veces, resulta problemático para el mundo contemporáneo—, según el cual el niño se identifica con su entorno familiar como condición de su desarrollo personal (ver S. C. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, «Instrucción sobre el Bautismo de los niños», 20 octubre 1980).

(9) El Episcopado Español, teniendo en cuenta que la fórmula del Símbolo Apostólico corre grave

riesgo, de hecho, de ser olvidada por algunos cristianos y atendiendo, además, a la sencillez y claridad de este Símbolo de fe, en la XXXVI Asamblea de la Conferencia Episcopal Española (21-26 junio 1982) decidió solicitar de la Santa Sede, que en todas las misas *cum populo*,

pudiera usarse potestativamente el Símbolo Apostólico en lugar del Credo Niceno-Constantinopolitano. Con fecha 14 de enero de 1983, la S. C. para los Sacramentos y el Culto Divino accedió a esta petición, al mismo tiempo que ordenó la impresión de dicho Símbolo en el Misal oficial de la Iglesia en España.

(10) Una exposición sencilla —pero clara— de los principios católicos del ecumenismo puede encontrarse en la «Guía pastoral del ecumenismo», elaborada por el Secretariado de la

Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales (1982).

(11) Estos sumarios de la fe contienen de manera plena lo que Dios ha querido comunicarnos para

nuestra salvación: «así como la simiente de la mostaza, en un grano mínimo, encierra en sí muchos ramos, así también la fe expresada en pocas palabras, guarda en su seno la noticia del misterio misericordioso de la salvación que late tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento» (SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *De fide et Symbolo*: Cat. 5,12-13). La Iglesia siempre entendió que en los Símbolos de la fe —aun en los más breves— se contiene todo lo que hemos de creer para la eterna salvación (ver SAN AGUSTÍN, Sermón 212. *In traditione Symboli I*). A este propósito, es significativo e ilustrativo el siguiente testimonio de Rufino de Aquileya en su

comentario al Símbolo de los Apóstoles: «Atente a la Santa Iglesia que, de manera sustancialmente concorde y armoniosa, profesa: a Dios Padre omnipotente, y a su único Hijo Jesucristo Nuestro Señor, y al Espíritu Santo. Cree: que el Hijo de Dios, nacido de la Virgen, padeció por la salvación humana y resucitó de entre los muertos en la misma carne que murió. Espera que ÉL vendrá, al fin, como Juez universal. En la Iglesia se predica también la remisión de los pecados y la resurrección de la carne» (*Commentarium in Symbolum Apostolorum*: PL 21,377).

(12) La expresión «condescendencia» (en griego, «synkatábasis») fue empleada por S. Juan Crisóstomo (*In Genesim* 3,8, Hom. 17,1: PG 53,134). Recientemente fue desarrollada en la encíclica «Divino Afilante Spiritu», de Pío XII, sobre las Sagradas Escrituras (ver AAS 35, 1943, 309s) y por la constitución dogmática «Dei Verbum», 13.

(13) S. Agustín se expresaba así: «Dios hace sus milagros fuera de lo habitual. Y, sin embargo, es

mayor milagro que, cada día, nazcan tantos hombres que no existían, que el que unos pocos resuciten que ya existían» (*Sermo 147, de Tempore*).

(14) La Iglesia, en sus enseñanzas morales, ha mantenido siempre la «sustancia moral evangélica»

—que es irrenunciable— y la ha adaptado a las concretas circunstancias históricas y a las concepciones éticas imperantes en las diversas épocas. Al proponer a los cristianos su doctrina **Página 102/107**

sobre el «seguimiento de Jesús», la Iglesia ha empleado con flexibilidad diversos esquemas que, con frecuencia, son contemporáneos unos de otros: así, «los dos caminos» (*Didaché I*, 2.5), el «Decálogo» (catequesis «típica» de la pastoral medieval, del «Catecismo Romano» y de

los catecismos de la Edad Moderna); las «virtudes teologales y virtudes cardinales»; el «mandamiento del amor» y las «Bienaventuranzas» que, introducidos por Pablo VI en la *Solemnis professio fidei* («Credo del Pueblo de Dios»), supuso una verdadera innovación en la historia de las profesiones de fe al incluir, por primera vez, un apartado dedicado a la moral.

(15) Es importante atender el deseo de los jóvenes de participar en Eucaristías verdaderamente

fraternales. En este sentido, conviene tener presente la reflexión pastoral del Secretariado Nacional de Liturgia, publicada con la aprobación de la correspondiente Comisión Episcopal, bajo el título «La celebración de la Eucaristía con los jóvenes» (abril, 1982).

ANEXO:

VOCABULARIO

Indicamos aquí los términos más directamente relacionados con la catequesis, en el sentido que se les da en estas «Orientaciones». Los números citados se refieren al lugar

donde aparecen más desarrollados.

I. En torno a la ACCIÓN EVANGELIZADORA de la Iglesia, destacamos estos términos:

1. EVANGELIZACIÓN (nn. 24-29)

Se debe evitar toda definición reductora: «Ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el

riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla» (EN 17).

La evangelización es lo que define la misión total de la Iglesia, «su identidad más profunda» (EN 14), ya que «ella existe para evangelizar» (EN 14).

Se entiende, pues, por evangelización el proceso total mediante el cual la Iglesia, Pueblo de Dios, movida por el Espíritu:

- anuncia al mundo el Evangelio del Reino de Dios;
- da testimonio entre los hombres de la nueva manera de ser y de vivir que Él inaugura;
- educa en la fe a los que se convierten a Él;
- celebra en la comunidad de los que creen en Él —mediante los sacramentos—, la presencia del Señor Jesús y el don del Espíritu; e
- impregna y transforma con su fuerza todo el orden temporal.

La dinámica de este proceso total de evangelización aparece definida, de manera paradigmática, por tres fases o etapas sucesivas: acción misionera (con los no creyentes),

acción catecumenal (con los recién convertidos) y acción pastoral (con los fieles de la comunidad cristiana).

Página 103/107

2. **ACCIÓN MISIONERA** (nn. 40-43; 49-55)

Es la actividad por la que los cristianos, mediante el testimonio de su vida y el anuncio explícito hacen presente el Evangelio y lo dan a conocer a los no creyentes.

3. **PRIMER ANUNCIO** (nn. 40-43)

Es el anuncio explícito del Evangelio dirigido al no creyente, en orden a su conversión: «Aunque este primer anuncio va dirigido de modo específico a quienes nunca han escuchado la Buena Nueva de Jesús o a los niños, se está volviendo cada vez más necesario..., para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana» (EN 52).

4. **CONVERSIÓN** (nn. 41-42; 95)

Adhesión inicial y global al Evangelio del Reino, cuya realidad y novedad se descubre, y que implica la aceptación de Dios vivo, el sentirse arrancado del pecado, la voluntad de seguir a Jesús y el deseo de incorporarse a la comunidad cristiana.

Esta conversión inicial se consolida —poco a poco— mediante una conversión

continua, que dura toda la vida.

5. **ACCIÓN CATECUMENAL** (nn. 83-106)

Es la acción que la Iglesia realiza con los que dan su adhesión al Evangelio, a fin de capacitarles para su plena integración en la comunidad cristiana por el Bautismo. En un

sentido amplio, renueva y actualiza en el cristiano ya bautizado, el significado de su Bautismo.

La catequesis es, esencialmente, acción catecumenal.

6. **ACCIÓN PASTORAL** (n. 27)

A diferencia de la acción misionera y de la catecumenal, la acción pastoral es la que la Iglesia realiza con los fieles de la comunidad cristiana.

Comprende la acción litúrgica, el ministerio de la Palabra dirigido a la comunidad y la acción caritativa.

II. En torno a la ACCIÓN CATEQUIZADORA de la Iglesia destacamos estos términos:

7. **CATEQUESIS** (nn. 34; 44-47; 83-105)

Es la etapa (o período intensivo) del proceso evangelizador en la que se capacita básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino, al que

han dado su adhesión, y para participar activamente en la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio y difusión del Evangelio.

Página 104/107

Esta formación cristiana —integral y fundamental— tiene como meta la confesión de fe.

Esta descripción de la catequesis recoge, como se ve, su carácter temporal, de fundamentación de la fe y de educación integral de la misma, así como su finalidad comunitaria y misionera, su punto de partida, que es la conversión, y su meta, que es la confesión de fe:

- Su carácter temporal, al describirla como etapa o período intensivo («período», CT 20; «momento señalado en el proceso total de evangelización», CT 18).
- Su carácter de fundamentación de la fe, al decir que capacita básicamente a los cristianos («enseñanza elemental», CT 21; «iniciación», CT 14, 18, 21, 22, 33).
- Su carácter de educación integral de la fe, al indicar que capacita para entender, celebrar y vivir el Evangelio («iniciación cristiana integral», CT 21; «iniciar a toda la vida cristiana», CT 33).
- Su finalidad comunitaria, pues capacita para participar activamente en la comunidad cristiana («la comunidad eclesial... tiene la responsabilidad de acoger (a los catecúmenos) en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido», CT 24).
- Su relación con la liturgia, pues capacita para la celebración del Misterio que proclamamos.
- Su finalidad misionera, pues capacita para el anuncio del Evangelio («la catequesis está abierta al dinamismo misionero», CT 24).
- Su punto de partida es la conversión, pues se dirige a los que han dado su adhesión al Evangelio («distinta del anuncio primero del Evangelio que ha suscitado la conversión... (trata) de hacer madurar la fe inicial», CT 19).
- Su meta es la confesión de fe («la catequesis... conduce a la confesión de fe», MPD 8).

8. EDUCACIÓN DE LA FE (nn. 57-58)

Todo lo que hace la Iglesia contribuye, de alguna manera, a educar la fe de los cristianos. Sin embargo, la Iglesia intenta esta educación de la fe directamente por medio de

múltiples formas del ministerio de la Palabra: educación cristiana en la familia, catequesis de

la comunidad, homilía, enseñanza religiosa escolar, enseñanza de la teología...

La educación de la fe —a través de estas acciones— pretende hacer madurar la fe de los cristianos.

La catequesis es, por tanto, una forma peculiar de la educación de la fe, y no se debe confundir con la totalidad de dicha educación.

Página 105/107

9. CATEQUESIS SISTEMÁTICA (o catequesis integral y orgánica) (nn. 59-65)

Es la catequesis en su sentido más propio, ya que pretende una formación cristiana integral —orgánica y sistemática— de carácter fundamental. Se contrapone a catequesis ocasional.

Se llama sistemática porque sigue un programa articulado; integral, porque trata de educar todas las dimensiones de la fe; orgánica, porque procura una síntesis coherente de

todo el Evangelio, dando unidad a los diversos elementos del mensaje en torno al misterio

de Cristo («jerarquía de verdades»; «nexo diverso de las verdades con el fundamento de la

fe cristiana», UR II).

La catequesis sistemática es, así, «una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (CT 21).

10. CATEQUESIS OCASIONAL (nn. 66-67)

Es la que se realiza con ocasión de determinados acontecimientos de la vida personal,

familiar, social o eclesial. Se contrapone a catequesis sistemática (ver CT 21). En este sentido, las catequesis pre-sacramentales, dadas con motivo de la celebración de los sacramentos; o las catequesis ante determinados acontecimientos eclesiales (concilio, sínodo, nueva encíclica...) o sociales (paro, violencia, ley del divorcio o del aborto...) son claros ejemplos de su necesidad e importancia. La catequesis ocasional participa de la noción de catequesis, porque, aunque esté referida a un tema concreto, lo trata con cierta sistematicidad, desarrollando sus diferentes aspectos.

11. **CATEQUESIS MISIONERA** (nn. 48-50)

Es la que se dirige a aquellos cristianos bautizados que, aunque vinculados a la Iglesia mediante una cierta práctica religiosa, están necesitados de una conversión inicial (ver CT 19; DCG 18).

Se distingue de la catequesis en sentido propio, ya que ésta supone la conversión, así como del primer anuncio, en sentido estricto, pues éste se dirige a los que se sienten desvinculados de la Iglesia o han perdido la fe.

III. En torno a la *DINÁMICA CATEQUÉTICA* destacamos estos términos:

12. **ACTO CATEQUÉTICO** (nn. 221-235)

Llamamos acto catequético a la realización concreta de la acción catequizadora, en la que se actualizan —en mutua interacción— los elementos constitutivos de esa acción (experiencia —humana y cristiana—, Palabra de Dios, confesión de fe, celebración, compromiso...).

Esto no implica que actúen todos los elementos al mismo tiempo, ni siguiendo un orden

prefijado, pero sí han de estar presentes, por ejemplo, a lo largo de las diferentes sesiones

que desarrollan un tema.

Página 106/107

13. **PROCESO CATEQUÉTICO** (nn. 236-251)

Es ese período intensivo de formación cristiana integral y fundamental desarrollado a lo

largo de un tiempo determinado, es decir, marcado por un principio y un final.

Podemos hablar, por tanto, del «proceso catequético de niños», del «proceso catequético de jóvenes», del «proceso catequético de adultos».

No hay que confundir «proceso catequético» con el «proceso permanente de educación de la fe». Este, que se realiza por medio de múltiples acciones, acompaña al

cristiano durante toda la vida. El «proceso catequético», en cambio, es sólo un período intensivo —suficientemente prolongado— de catequesis orgánica y está situado en el interior de aquél.

14. **PROYECTO GLOBAL DE CATEQUESIS** (n. 252)

Es la oferta catequizadora global de una Iglesia particular. Integra, de manera articulada

y coherente, los diferentes procesos catequéticos ofrecidos por la diócesis.

15. **COMUNIDAD CRISTIANA** (nn. 253-265)

Hablando en general, es la realización histórica concreta de la «comunidad», que es un don del Espíritu. Se aplica tanto a la comunidad cristiana inmediata como a las comunidades

cristianas referenciales, que son la Iglesia particular y la Iglesia universal.

La comunidad cristiana inmediata es el espacio eclesial concreto donde el cristiano nace a la fe, se educa en ella y la vive.

Los rasgos de su identidad son éstos: es cristocéntrica, congregada por la Palabra de Dios, orante y centrada en la Eucaristía, suscitadora de comunión eclesial, misionera, corresponsable y ministerial, necesitada de complementariedad y de talla humana.

La comunidad cristiana inmediata está siempre ordenada —integrada y en comunión— a la Iglesia diocesana y a la Iglesia universal.

16. GRUPO CATEQUÉTICO (nn. 283-286)

Es el grupo de catecúmenos que realiza un proceso de catequización, que tiene su origen, lugar de referencia y su meta en la comunidad cristiana.

17. CATECUMENADO (nn. 83-105)

Es la institución de la Iglesia al servicio de la iniciación cristiana de los adultos recién convertidos que se preparan para recibir el Bautismo.

Esta institución existe en los países «de misión» y en aquellas Iglesias en las que el Bautismo de adultos es frecuente.

Página 107/107

Por eso, entre nosotros, preferimos hablar de «catequesis de inspiración catecumenal»

más que de «Catecumenado», en sentido estricto.

18. CONFESIÓN DE FE (nn. 164ss)

Confesar o profesar la fe cristiana es adherirse incondicionalmente a la Persona de Jesucristo, en quien el Padre nos ha comunicado su Espíritu y, además, manifestar — con

palabras y obras— esa adhesión sin reservas, dentro de la comunidad eclesial y en medio del mundo.

Mediante la confesión de fe, el cristiano hace suya la fe de la Iglesia, que ha recibido por medio del Bautismo y la catequesis.